



LA NOCHE ROJA

LEÓN ARSENAL

Lectulandia

Ercunda es un planeta con un rotación de casi cuarenta y ocho horas terrestres, el doble de la nuestro mundo. Sus habitantes, humanos, viven allí en ciclos alternos: uno diurno, caluroso y lleno de luz, y otro nocturno, entre frío y tinieblas. Son casi dos vidas diferentes y muchos de los habitantes de Ercunda incluso adoptan nombres y comportamientos distintos para cada ciclo. Es un mundo hostil, y Cigal Fastul se ocupa de atender a los extranjeros. Es por eso que Cosmos a Moa, agente terrestre que sigue la pista a un extraño asesino, recurre a él al pisar el planeta.

León Arsenal cultivó la ciencia ficción durante los años 90, antes de dedicarse a escribir novela histórica, género en el que se enmarca su producción más reciente (*El hombre de la plata*, *Las lanzas rotas*). Dentro del género de la cf, está considerado como el mejor cultivador de la space-opera en nuestro país. Sus relatos están llenos de mundos extraños, razas exóticas y personajes errabundos; circunstancias todas que se encuentran en abundancia en éste.

Lectulandia

León Arsenal

La noche roja

ePub r1.0

RdS 05.12.14

León Arsenal, 2003

Editor digital: RdS
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis amigos. Ellos saben quiénes son y yo espero saber quiénes son ellos

I

CONTONEÁNDOSE, con esa languidez tan suya, Bilgrum salió fuera. Desde la cama, Fastul observó indeciso cómo paseaba por el balcón, envuelta en el resplandor rojo de la luna Panac. La vio atusarse con gesto distraído el pelo, detenerse, apoyar los codos sobre el antepecho de piedra y quedarse mirando a la plaza, tan inmóvil como una hermosa estatua de cobre.

Cigal Fastul estudió pensativo su espalda desnuda y la melena oscura y alborotada, reconociendo en esa postura los signos de una melancolía muy extendida entre los viajeros estelares varados en Ercunda. Con un suspiro, se puso un cigarrillo en los labios. Aquel mundo remoto de paisajes moribundos, con sus extraños habitantes y sus ciudades ciclópeas, acababa mellando el ánimo de casi todos sus visitantes.

Sin saber muy bien qué hacer, salió también fuera. Ella le quitó la colilla de los dedos, para aplastarla contra el repecho del balcón, y la tiró luego a la calle mientras, con la otra mano, aventaba el humo. Daba comienzo el ciclo nocturno, la temperatura era todavía suave y apenas había gente en la calle. La inmensa luna roja de Ercunda, Panac, colgaba muy baja del cielo nocturno, silueteando las cúpulas y las azoteas de la ciudad.

Estuvieron mirando juntos la plaza casi vacía. Bilgrum había seguido con ojos ensoñados a una nave aérea, un aparato rechoncho que revoloteaba destellando entre los rascacielos de piedra, antes de fijarse en un grupo de hombres altos, armados con largos fusiles, que cruzaban con paso calmoso la explanada. Fastul los examinó también, tratando de distinguir al resplandor de las farolas la forma de sus monteras o los ideogramas estampados en las mangas y la espalda de sus mantos amarillos.

—Bocorces... ¡Pero no les señales con el dedo! —exclamó, contento de hallarse en un cuarto piso, entre las sombras de la fachada—. Podrían tomárselo a mal y liarse a tiros con nosotros.

—¿Por tan poca cosa? —Bilgrum sonrió pensativa—. ¿Se atreverían a disparar contra alguien de la embajada antarace?

Él se permitió una mueca de desdén.

—Ésos son capaces de cualquier cosa: los bocorces no tienen miedo de nada ni de nadie. Son unos salvajes, caníbales del desierto, y se dejan caer poco por aquí. Y, por cierto, ¿cómo podrían saber que eres de la embajada de Antar Acea si no llevas tu ropa de funcionaría? De hecho —y aquí mostró una expresión risueña—, no llevas ropa.

Ella premió esa salida con una sonrisa fugaz, antes de sumergirse de nuevo en el espectáculo de abajo. Había ya más público en la plaza y su número crecía poco a poco. Bilgrum dejaba ir los ojos sin pararse en nadie hasta que, de repente, se inclinó sobre el antepecho, ahora sí interesada. Fastul, que la observaba de reojo, miró a su vez, intrigado.

Allí abajo, entre el trajín de los indígenas, descubrió en seguida a un hombre delgado y de mediana estatura, vestido de oscuro y a la terrestre, con los ojos ocultos tras un visor negro.

—¿Le conoces? —indagó Bilgrum, notando que él también le había visto.

—Pues claro —rezongó, molesto por el tono casual de la pregunta—. Se supone que saber quiénes y qué son los exteriores de paso es parte de mi trabajo. Y tú, ¿sabes quién es?

—Bueno —ella se agitó, algo turbada por tanta aspereza—. Sí: es un terrano; está en los archivos de la embajada.

Volvieron a callar. El motivo de esa conversación deambulaba ocioso entre el gentío, las manos en los bolsillos y la cabeza yendo de un lado a otro, fisgando en los puestos ya abiertos, tal y como haría cualquier exterior que quisiera empaparse de la atmósfera exótica y decadente de la ciudad.

—Se llama Cosmos a Moa —puntualizó después Fastul— y es terrestre, no terrano.

—Terrano.

—Terrestre, seguro.

Volvió adentro para regresar al cabo de un momento con otro cigarrillo encendido. Dio una calada y la brasa le iluminó el rostro de rojo. Ella hizo un mohín de disgusto.

—¿Pero dónde habrás cogido ese vicio?

—En Sirge II. No habrás oído hablar de ese planeta, claro. Es una colonia muy reciente, uno de esos infiernos de pantano y calor —dejó escapar una humareda satisfecha—. Estuve trabajando una temporada allí; había bastantes técnicos terranos y ya sabes lo que fuma esa gente. Ellos me pegaron el hábito y no he conseguido librarme de él; tampoco creo que quiera.

Ella asintió sin mucho interés y él señaló al terrestre, aún visible entre la gente.

—Buena pieza debe ser —dijo, quizás para compensar su anterior rudeza—. Según nuestros archivos, fue, o aún es, agente de la Tierra, y ha estado metido en un buen montón de fregados.

Un chispazo de interés, perceptible aún entre las sombras, prendió en los ojos oscuros de Bilgrum. Pero no dijo nada y él añadió, con cierta mala intención:

—No creo contarte nada que no sepáis. Se ha presentado abiertamente en el planeta, con su propio nombre —la miró—. Seguro que tenéis una buena ficha suya y, si no, podéis consultar nuestros archivos —sonrió con sorna.

—Cualquiera de esos buenos amigos que tenéis entre los burócratas de Ercunda os...

—Oye —le cortó ella—. Ya te he dicho más de una vez que no me hace ninguna gracia este tipo de bromas.

Hubo un nuevo silencio en el que ella volvió a contemplar al terrestre para, acto seguido, desinteresarse en apariencia.

—Bueno —suspiró—. Se nos hace tarde.

—A mí no; yo, este nocturno, no trabajo.

—Caray; ojalá pudiera decir yo lo mismo —y se apartó del balcón.

Mientras ella se duchaba y arreglaba, Fastul hizo un desganado intento de ordenar algo la alcoba. Desistiendo enseguida, se tumbó de espaldas en la cama, a fumar con ojos entornados y pensar, por alguna razón, en Sirge II; en las junglas, el calor asfixiante, la humedad.

Cuando Bilgrum regresó al cabo, ya se había vestido. Guardaba montones de ropa en casa de Fastul y esa noche había elegido uno de sus vistosos uniformes antaraces de cuello duro, azul marino y dorado, rebosante de cordones, charreteras, condecoraciones. Del brazo llevaba un abrigo holgado, más discreto, y entre los dedos una mitra: un gorro alto y cilíndrico, también azul oscuro, con una insignia dorada en el frente.

Se había recogido el pelo y maquillado, y su humor parecía haberse aclarado un tanto. Al revés que el de Fastul, que se incorporó haciendo un esfuerzo para disimularlo, aunque Bilgrum no pudo por menos que darse cuenta. Ahora fue ella la que titubeó insegura y en seguida se acercó de nuevo al balcón, aunque esta vez no llegó a salir.

En el intervalo, la plaza se había llenado. Una multitud abigarrada bullía al resplandor blanco de las luces nocturnas y el bullicio subía como a oleadas. Atraída irremisiblemente, ella no pudo por menos que demorarse unos instantes allí, contemplando.

—¡Pero qué suerte tener un apartamento aquí, en la misma plaza...! —había una envidia sincera en su voz—. De verdad, quién pudiera...

—Tú podrías, si quisieras —Fastul dio otra calada—. No tienes más que mudarte aquí, conmigo.

—Ya sabes que mis hermanas y yo no podríamos dejarnos —agitó sonriente la cabeza, esquivando esa vieja discusión con una nueva ojeada a la plaza—. Ya no le veo.

—¿A quién, al terrestre ése? No te preocupes, que ya aparecerá. Me da que ése no es de los que pasan precisamente desapercibidos.

—Seguro. Bueno, de verdad, que no llego. —Hizo un gesto voluble y, tras dudar de nuevo, optó por no acercarse a él. Le lanzó un beso—. Me voy.

Él, sentado en la cama, el cigarrillo humeando entre los dedos, hizo un gesto de asentimiento y, con ojos entornados, la siguió de vista hasta que abandonó el cuarto.

Al día siguiente, durante el ciclo diurno, Cigal Fastul habría de toparse de nuevo con Cosmos a Moa.

Había, entre la ciudad y el espaciopuerto, un lugar sin nombre —al que la gente llamaba El Poblado, a secas—, frecuentado por exteriores en busca de diversión y por el que Fastul se dejaba caer rutinariamente, cada cierto tiempo. Aquel lugar no era más que una barriada pequeña y aislada; un puñado de garitos desparramados sin

orden ni concierto, contruidos con bloques de una piedra rojiza que se desmenuzaba con facilidad, dando a las fachadas un aire comido y tristón.

Llegó ya entrado el diurno, lo bastante como para encontrar los locales abiertos, aunque aún lejos de las horas de aforo máximo. Se entretuvo dando un pequeño paseo, de repente indeciso sobre cuál visitar primero. Hacía ya mucho calor y un viento asfixiante soplaba del sur, arrastrando torbellinos de polvo. No se movía nada entre los edificios y, de no ser por un puñado de naves posadas, el lugar entero hubiera parecido desierto, abandonado al sol y el aire ardiente.

Observó de pasada las naves, reconociendo algunas. Los vehículos privados escaseaban en la ciudad de Coliafán, donde la gente solía usar transportes públicos o, simplemente, ir andando. Tomó nota mental de todos ellos y, acto seguido, sofocado, optó por «El Diamante».

Se detuvo en aquel interior amplio y fresco, de una casi oscuridad punteada por luces suaves y cálidas. Agradecido, se quitó el visor y, esperando un instante para adaptarse a la penumbra, fue hacia la barra. Un par de chicas le ojearon y, reconociéndole, se retiraron, perdido cualquier interés.

Uno de los dos dueños de «El Diamante», un exterior llamado Sejú Scifarno, llegó al punto a servirle. Se trataba de un hombre muy grande y vehemente, que hizo honor a tal fama poniéndole de golpe una cerveza en la barra, salpicando de espuma al tiempo que dejaba escapar un torrente de imprecaciones.

—¡Cabrones! ¡Pero qué cacho cabrones! —hablaba como a explosiones, indignado—. ¿Pero es que aquí cualquiera puede llamarte de todo a la primera de cambio? ¿Qué es eso de que somos unos asesinos, que matamos clientes para enterrarlos en el desierto?

—Eh, vamos a ver. —Fastul alzó la palma de la mano, sin dejarse amedrentar—. ¿De qué estamos hablando, si puede saberse?

—De qué, de qué... —se enconó aún más el hombretón—. ¿Pues no andan los del espaciopuerto convenciendo a la gente para que no venga por aquí?

—Oye, que yo no tengo nada que ver con los del espaciopuerto...

—Como si no estuvierais todos en lo mismo —sentenció Scifarno, aunque adoptando un tono algo más normal—. ¿Pero qué culpa tenemos nosotros de que desaparezca un turista? ¿Es que creéis que nos gusta? A ver cuándo os dais cuenta de que somos los más perjudicados, que esas cosas no son nada buenas para el negocio.

—Ah, eso —Fastul le miró distraído, llevándose la cerveza a los labios.

Su interlocutor hacía mención a un incidente ocurrido días atrás. La existencia de todo aquel lugar se basaba en la oferta de alcohol, sexo, drogas, juego, y, como cualquier barrio de su clase, contaba con un buen historial de asuntos turbios: muertes, asesinatos, desapariciones. Personalmente, Cigal Fastul lo consideraba algo inevitable, parte del juego, y en general las autoridades planetarias tampoco le daban excesiva importancia; no, al menos, mientras las cosas se mantuvieran bajo un cierto control.

—Bueno, mira. —Hizo girar el vaso entre los dedos—. No es lo mismo un astronauta descarriado que el pasajero de una nave. La compañía estará apretando las tuercas a los del espaciopuerto, les habrá amenazado con no hacer escala en esta órbita y ellos a su vez...

—¡Mal rayo les parta a todos! ¿Por qué la toman con nosotros?

—Se cubren las espaldas, hombre; es algo natural —se encogió de hombros—. Tampoco te lo tomes así. La mala fama tiene dos filos: espanta a unos pero atrae a otros. Ya sabes lo que les gusta a los turistas presumir de haber estado en sitios peligrosos.

Su interlocutor clavó los ojos en él y, cambiando de humor, se puso a reír.

—Oye, no te falta razón.

Se apartó para servirse una cerveza y Fastul se giró a medias en el asiento. Había una bailarina actuando sobre uno de los escenarios, contoneándose muy lentamente bajo las luces amarillas y naranjas, cubierta con unas mínimas filigranas y grandes plumas de colores; buen exponente de ese viejo arte de cubrirlo todo sin ocultar nada.

La observó interesado. Danzaba haciendo ondear las plumas, se cimbreaba muy despacio al son de la música, sonreía a la oscuridad. Debía tratarse de un holograma, supuso al cabo de un momento. Ese número era demasiado bueno y ella ponía excesivo entusiasmo para los escasos clientes que se daban cita a esa hora en el local. Scifarno regresó entonces, bebida en mano.

—Es una proyección, ¿no?

—¿Por qué? ¿Acaso quieres algo con ella?

—No, es sólo curiosidad.

—Bueno, pues si se trata sólo de mirar, a todos los efectos, ella está ahí... ¿o no?

Fastul sonrió azarado, cogido un poco por sorpresa.

—¿Algún empleado nuevo? Exterior, claro.

—No.

—¿Bajas?

—No, no. Por lo que respecta a exteriores, aquí sigue todo igual.

Sobrevino una pausa. Scifarno apoyó los antebrazos en la barra.

—Acerca del pringado ese que desapareció... —el gigante seguía de vista las evoluciones de la bailarina—. Hace un rato que vino por aquí uno preguntando por él. Un exterior.

Se miraron. Fastul dejó entrever una mueca de disgusto.

—Vaya. ¿Cómo era el exterior ese?

—Ni alto ni bajo, vestido a la terrana... la verdad, me pareció bastante peligroso.

—¿Un matón?

—No, más bien de los reconcentrados; uno de esos que, de buenas a primeras, explotan. Le dije que preguntase en «La Joya». Después de todo, ahí fue donde vieron al tío ése por última vez.

—Pues entonces será mejor que me deje caer por ahí ahora mismo, no sea que se

me escape —apuró de golpe—. ¿Qué se debe?

—Nada, hombre. La casa invita.

Fastul se lo agradeció con un golpe de cabeza. Aquello era una ley no escrita, un uso planetario: él, como autoridad, ignoraba infracciones menores y, a cambio, admitía esa especie de soborno ínfimo, de forma que nadie quedaba obligado con nadie y todo marchaba mejor.

Había bastante de espectáculo circense en «La Joya del Desierto». Destinada a exteriores de paso, desplegaba en su beneficio toda una exhibición de etnología planetaria, tan aparatosa como falsa. Decoración recargada, vitrinas con supuestas antigüedades y restos arqueológicos, paredes llenas de mapas, máscaras, cuchillos de duelo, armas de energía, de dardos, de proyectiles. Y una carta que ofrecía platos especiados, bebidas de alta graduación, drogas de nombres impronunciables. Aparte, claro, de un plantel de mujeres de atuendos coloridos, presuntas nativas de exóticas tribus del desierto.

Muchos se burlaban de tanta parafernalia, pero ése no era el caso de Cigal Fastul. Él sabía apreciar ese derroche de imaginación, la inventiva desbocada de los dueños de «La Joya», capaces de forjar todo un mundo fantástico, reflejo o simple mixtificación de la Ercunda real.

A esas horas el local estaba casi tan vacío como «El Diamante», así que le costó muy poco localizar al hombre que andaba buscando. Y, dada la descripción que le había dado Scifarno, tampoco se sorprendió en exceso al descubrir que se trataba de Cosmos a Moa.

Le encontró en una mesa aparte, en la semioscuridad, charlando con un hombre que vestía también a la terrana; un sujeto alto y delgado, de barba blanca, modales pausados y manos de artista. Les acompañaban dos chicas de la casa, sorbiendo sus bebidas de pega y escuchándoles con interés, real o fingido, sin intervenir.

Fastul conocía también a este segundo personaje. Se trataba del doctor Tegre, un exterior residente desde hacía muchos años en el planeta. Cirujano plástico y buscavidas, asiduo de esos garitos, así como de otros semejantes en la ciudad, ya que su mayor fuente de ingresos consistía en atender y modificar el físico de las putas, sus principales clientes.

Quizás se fijó en ellos con demasiado descaro, ya que este último se le quedó mirando a su vez, antes de invitarle con un ademán a sentarse con ellos. Así lo hizo, dedicando una ojeada a las dos mujeres. Lo justo a la más alta, de ropas rojas y máscara azul; algo más a la otra, de pelo oscuro y tez morena, con ojos sugerentes, algo rasgados, y una argolla metálica en la nariz. El doctor hizo unas rápidas presentaciones, de corrido.

—Estábamos hablando de Ercunda —dijo luego, a modo de introducción—. Acaba de llegar y yo estoy tratando de explicarle por qué se piensa que es el periodo de rotación lo que hace a este planeta un lugar tan singular.

—Hay muchos planetas cuya rotación no se ajusta a las veinticuatro horas

terrestres —Cosmos a Moa apenas gesticulaba al hablar—. No veo que...

—Pero déjeme acabar, hombre. Eso es cierto. Pero es que en el caso de Ercunda la rotación es casi exactamente el doble de la patrón: exactamente, algo menos de cuarenta y nueve horas. Eso es lo que marca la diferencia.

El terrestre le miró intrigado. Fastul, que ya conocía esa y otras teorías, asintió educadamente. Las chicas les miraban sin despegar los labios.

—Los ritmos humanos dependen de los ciclos planetarios. Es algo lógico, adaptación, y el traslado a mundos de ciclos distintos causa más patologías, y más graves, de lo que la gente suele creer. Existe toda una rama de la medicina que... —Aquí, el doctor sonrió—. Bueno, no voy a disertar sobre lo mío.

Hizo tintinear los hielos de su copa, antes de dar apenas un sorbo.

—Aquí, los primeros humanos se encontraron con un periodo doble y se adaptaron a él de la forma más lógica, la más fácil. En Ercunda se vive un día doble, partido en dos: el diurno y el nocturno, con lapsos de sueño entre ambos.

—Ya. —Ahora fue a Moa el que echó mano a su vaso.

—Hay tremendas diferencias entre uno y otro, a todos los niveles. Un periodo de rotación tan largo hace que el diurno sea de lo más caluroso, un horno, mientras que el nocturno es frío. Dese cuenta que la gente se echa a dormir y, cuando despierta, lo hace casi en otro mundo, viste y tiene que llevar rutinas distintas... aquí, uno vive casi dos vidas que se van alternando.

—Ah, ya. De ahí esa gente de doble...

El doctor se echó a reír, el terrestre le miró con curiosidad.

—Perdóneme. Supongo que se refería a los bifaces —Tegre volvió a reírse—. ¿Sabe? Lo peor de las guías para turistas es que buscan lo llamativo, lo resultón, y, sin mentir, acaban falseándolo todo.

—¿Pero existen de veras esas personas?

—Pues claro que existen.

El otro le contempló de una manera que podía indicar desde fastidio a diversión. Llevando una mano al bolsillo, sacó una cajetilla de tabaco y ofreció alrededor. Ellos aceptaron un cigarrillo cada uno, mientras las mujeres declinaban la invitación.

—Me refiero a si son algo más que una rareza. —Con una mueca, agradeció el fuego que le brindaba Fastul.

—Hay unos cuantos. Llevan dos vidas, una diurna y otra nocturna; con el paso de ciclo, cambian totalmente de carácter, de ocupación, algunos hasta de nombre. Muchos, cuando viven una de las vidas, casi no tienen ni recuerdo de la otra... podríamos decir que son dos personas en una.

Lanzó una bocanada y observó flotar el humo en la semioscuridad, antes de seguir.

—Pero, entre la gente que usted llamaría normal y ellos hay toda clase de grados. Aquí casi todos cambian en mayor o menor medida, según el ciclo; hasta muchos exteriores lo hacen, si llegan a quedarse lo suficiente. Siguiendo aquello de las dos

personas en una, podríamos decir que éstos son una persona con dos facetas muy diferenciadas. Los bifaces, la verdad, no son más que el caso extremo de algo muy común. Ya lo verá.

Se interrumpió y, con los ojos puestos en el fondo de la sala, cabeceó significativamente, como en respuesta a algún saludo previo.

—Bueno —se disculpó con una sonrisa, incorporándose—. He de dejarles: tengo un cliente que atender. Gracias por la copa.

Se fue y hubo un pequeño silencio. En seguida, las dos mujeres hicieron amago de tramar conversación —después de todo, su trabajo consistía en entretener a los clientes—, pero Fastul se apresuró a dirigirse al terrestre.

—Me gustaría que hablásemos —le dijo.

—Bien —aceptó sin mayor extrañeza, así que Fastul supuso que el doctor ya le habría avisado de que trabajaba para el gobierno planetario.

—Pero no aquí —añadió entonces.

El terrestre volvió a asentir y, apurando, se puso en pie sin una sola mirada hacia sus dos acompañantes. Fastul, incomodado, les dedicó un guiño de despedida; un gesto que ellas agradecieron con sonrisas y cabeceos.

Ya fuera, Cosmos a Moa se detuvo a la sombra para calarse el visor, antes de encender con cierta pachorra otro cigarrillo.

—¿Le importaría dejarme en la ciudad?

—No tengo nave, lo siento: aquí casi todo el mundo usa transporte comunal. El aerobús del espaciopuerto pasa aproximadamente cada hora.

—Lo sé —echó un vistazo circular—. ¿Se puede ir andando?

Cigal Fastul le miró a su vez, calibrando sus ropas terranas —pantalón, chaleco, corbata, chaqueta— de corte sencillo y colores negro y oscuros.

—¿Lleva unidad termostática bajo el traje?

—Sí.

—Hay un buen paseo y no es demasiado recomendable; pero poder, sí que se puede.

—¿Me acompaña?

—Muy bien.

Se puso su hopalanda blanca: una prenda local, muy holgada y con un gran ideograma dorado en la espalda. Luego, con esa destreza que sólo da la práctica, se pasó uno de los pliegues por encima, cubriéndose la cabeza. El terrestre, que había seguido con curiosidad sus manejos, se encasquetó a su vez un sombrero de ala ancha, adornado con un manojo de largas plumas negras.

Fastul le indicó el camino; echaron a andar sin prisas y enseguida habían dejado atrás los garitos de piedra rojiza, adentrándose en los despoblados circundantes. Anduvieron un buen trecho en silencio, a través de llanos calcinados por el sol. Apenas había nubes en el cielo azul, el calor hacía temblar la atmósfera y a veces, muy a lo lejos, creían divisar una hilera de puntos que se desplazaban lentamente por

la llanura.

—Una caravana... o un espejismo, a saber —supuso con cierta indiferencia Fastul. Miró de nuevo hacia allí, antes de volver los ojos al terrestre—. Bueno, me han dicho que anda preguntando por ahí.

—Ajá.

—¿Puedo saber por qué?

Su interlocutor, que caminaba con las manos en los bolsillos, le echó una ojeada de través, perplejo.

—¿Cómo que por qué?

—¿?

—¿Me va a decir que no lo sabe?

—¿Saber? —ahora fue Fastul el que se giró, confuso—. ¿Qué es lo que tendría que saber?

—Bueno. —A Moa le ofreció un cigarrillo y, como el otro lo rechazara, se lo puso él entre los labios—. Yo estoy aquí por cuenta del gobierno de Tani Xuoc IV, con contrato para perseguir y detener a un criminal llamado Gruu Muna. Todo en regla, conforme a las leyes de la Federación.

—No lo sabía. ¿Pero qué tiene eso que ver con un visitante desaparecido?

—Hace bastante tiempo que la Seguridad de Tani Xuoc IV seguía la pista de Gruu Muna. Pero al final se nos escapó por los pelos y desde entonces he estado buscándole. Le he seguido por varios planetas y en el último volvió a escabullirse con nombre falso y un pasaje en la «Cotasater», una nave que...

—Sé cual es; ha hecho escala más de una vez en esta órbita. ¿Me va a decir que el famoso pasajero perdido de la «Cotasater» es en realidad un delincuente buscado, que aprovechó la ocasión para esfumarse?

—Sí.

—¿Está usted seguro?

—Casi.

—Pues es la primera noticia que tengo; nadie en la Oficina para Exteriores sabía nada al respecto. —Movié disgustado la cabeza—. ¿Será posible? Y nosotros removiendo cielo y tierra para encontrar a un exterior supuestamente asesinado.

—Lo siento, pero yo mismo envié informe a la Seguridad Planetaria cuando mi nave salió del salto. Actué según el protocolo ordinario de seguridad.

—La Seguridad Planetaria, ¿eh? Ya veo: me temo que aquí ha habido un malentendido.

—¿Un malentendido?

—¿Qué sabe usted de Ercunda?

—Poco —admitió el terrestre—. He venido de planeta en planeta, detrás de Muna, y no he tenido mucho tiempo... —dejó la frase en suspenso, encogiéndose de hombros.

—No sé si suele consultar las guías planetarias. Si lo hace, sabrá que Ercunda

tiene un gobierno al que la Federación clasifica como despótico. La «Seguridad Planetaria» de aquí tiene muy poco que ver con la de otros mundos; en realidad, es la policía política del régimen. —Dejó escapar una sonrisa indignada—. No es la primera vez, ni será la última, que el nombre de marras nos causa problemas de esta clase. Porque esa gente acumula la información como avaros, siempre ávidos de más y nunca dispuestos a soltar prenda.

—Ya. ¿Y no hay aquí nada parecido a una seguridad normal?

—Lo que más se le acerca son los Apaciguadores y es conveniente que estén al tanto. Miré: mándenos toda la información; yo mismo me ocuparé de que ellos la reciban sin falta —se brindó Fastul, contento de poder enmendar, aunque fuera simbólicamente, aquel equívoco.

—Es culpa mía —dijo el terrestre, quizás calando sus pensamientos—. Debí informarme mejor.

—Bah. Son cosas que pasan: ya sabe eso de que cada planeta es un mundo. Ercunda es de lo más particular y por eso, por cierto, se creó nuestra Oficina. Atendemos y asesoramos a los exteriores, sobre todo a los de paso. Así que ya sabe: si lo necesita, no dude en acudir a nosotros.

—Muy amable.

—En absoluto: para eso nos pagan.

A Moaladeó la cabeza, haciendo ondear las plumas negras de su sombrero.

—¿Realizan ustedes labores de índole policial?

—A veces, muy raramente.

—Lo digo por la pistola —amagó hacia el arma de proyectiles de Fastul, grande y pesada, que le pendía de la axila izquierda, ahora oculta bajo la hopalanda blanca.

—Casi todo el mundo va armado en Ercunda.

—Ya. Pero no he visto a muchos en la ciudad con la pistola así, al aire.

—Es por los nómadas: van armados hasta los dientes y no conciben que nadie puede hacer las cosas de otra forma. Para la gente del desierto, alguien desarmado es alguien inferior y, como tenemos que tratar a menudo con ellos, llevamos las armas bien visibles —se tentó bajo la axila— refuerzan a sus ojos nuestra autoridad, que tampoco es que sea demasiada. Ésa es la razón, aunque a algunos pueda parecerles una tontería.

Cosmos a Moa asintió casi imperceptiblemente. Tras ellos se alzó un rugir sostenido, como un trueno lejano. Se volvieron. Más allá del poblado, desde las pistas del espaciopuerto, despegaba ruidosamente una gran lanzadera de carga. Durante unos instantes, siguieron con los ojos el vuelo de esa nave que subía llameando a través del azul; luego el terrestre le dio la espalda, imitado algo más despacio por Cigal Fastul.

—Supongo —dijo este último— que no necesito preguntarle a usted si va armado.

Algo en el tono, más que en las palabras, hizo que aquél le mirara de soslayo.

—Tenemos una buena ficha de usted en la Oficina —le aclaró Fastul—; en ella consta que ha sido agente exterior para la Tierra y que quizás aún lo sea. Si se ha presentado aquí abiertamente y con su propio nombre es que no le importa, o quizás incluso desea, que se sepa; sus razones tendrá. Pero le advierto que se ande con cuidado —hizo un ademán para quitar hierro a la frase—. Es un consejo. A mí todo esto ni me va ni me viene, pero este planeta es un avispero político y en ciertos círculos el asesinato es la forma más cómoda y rápida de eliminar estorbos.

—Ya.

Hubo un intervalo de silencio. El terrestre, que caminaba con las manos en los bolsillos, pegó una patada a un terrón, al borde del sendero, deshaciéndolo en una lluvia de arena.

—Ahí está Coliafán —le indicó Fastul, señalando la ciudad como si hasta entonces no hubiera sido visible.

—Ajá —el otro movió con solemnidad la cabeza, aceptando ese cambio de conversación. Alzó la vista del camino a los rascacielos de piedra, las cúpulas, las plataformas elevadas, que temblaban a lo lejos, en la atmósfera recalentada. Luego dio de repente una sonora palmada, sobresaltando a Fastul, que le miró de reojo.

—Un insecto —se explicó el terrestre al cabo de un momento—. Un mosquito o algo así.

—¿Un mosquito? —le miró incrédulo—. ¿A estas horas y en este secarral?

—Eso me pareció, aunque quizás me haya equivocado.

Moa se había ruborizado muy ligeramente, o eso pensó su interlocutor, que, aunque le observó curioso, se abstuvo de insistir. En vez de eso, le mostró de nuevo la ciudad.

—Un sitio notable, en mitad del desierto. Hay mucho que ver en Coliafán, merece la pena conocerla.

—Supongo que sí.

—Se alimenta de pozos. El subsuelo es más rico en agua de lo que pudiera uno pensar.

—Sí. Tegre ya me comentó algo al respecto hace un rato.

—Ah, el doctor, sí. Ese hombre sabe mucho, de los más diversos temas. Un tipo simpático.

—¿Eso es lo que piensa de él? —El terrestre le echó una rápida ojeada—. ¿Que es un tipo simpático?

La mirada de Fastul se encontró con la del terrestre. Se calibraron por un instante, impasibles tras los visores oscuros.

—Bueno —acabó admitiendo con cierta vacilación—. Es educado y nunca me ha dado motivo de queja, al contrario... pero la verdad es que me pone un poco nervioso.

—A mí me parece un tipo más bien peligroso. —El terrestre hizo una pausa, antes de golpetearse con el índice a un lado de la nariz—. Olfato —añadió por toda

explicación.

Volvieron a observarse pensativos, sintiendo nacer esa afinidad que a veces salta entre desconocidos. La gente puede convivir durante años sin cruzar apenas una palabra fuera de lo preciso o, por el contrario, congeniar apenas conocerse, sin saber muy bien por qué. Son fenómenos a los que están hechos los viajeros y los desarraigados, aunque muchas veces no sean conscientes de ello.

—¿Quién sabe? Es el típico vagamundos y se busca la vida como puede. Pero, desde luego, hay algo en ese hombre...

Un ave de plumas blancas y rosadas pasó en vuelo rasante con las alas tendidas, a gran velocidad. A Moa alzó la cabeza para verla planear.

—Quizás pudiéramos tomar un día de éstos un trago —dijo de repente—. Si es que eso se estila en este planeta, fuera de los locales para exteriores.

—Sí que se estila —contestó Fastul, sorprendido—. Y por supuesto que sí, claro. Cualquier día de estos quedamos y nos tomamos un par de copas.

El terrestre asintió y, sacando una mano del bolsillo, se puso otro cigarrillo entre los labios. Luego, como recordando de golpe, ofreció a Fastul, que declinó con un gesto. Entonces se detuvo a encender, despacio, como con la cabeza en otra cosa. Miró en torno, luego adelante y, al mover la cabeza, el sol hizo destellar los cristales negros de su visor. Luego echó a andar de nuevo. Fastul metió las manos en las mangas de su hopalanda y, como de mutuo acuerdo, anduvieron hasta los arrabales de la ciudad prácticamente en silencio.

II

E SE MISMO NOCTURNO, Cigal Fastul recibió en su despacho la visita de D. Rae, un Apaciguador de alto rango; un personaje en el que casi todo podía calificarse como «muy». Muy alto y huesudo, muy feo, de piel muy morena, con el pelo muy blanco y los dientes muy grandes. Eran muchos los que le creían un vatispantem, uno de los inhumanos aborígenes de Ercunda, operado para aumentar su semejanza con los humanos, aunque Fastul era de los de la opinión contraria: que se trataba de un humano modificado para parecer un vatispantem y reforzar así su autoridad ante las gentes del planeta.

Llevaba puesto su voluminoso visor, del que nunca se despojaba en público, y en esa ocasión vestía una hopalanda muy holgada de color rojo, haciendo pensar a su interlocutor en ciertas imágenes de la Muerte, tal como se representaban en los templos terranos de la ciudad, aunque éstas solían empuñar guadañas y relojes de arena, y no fusiles de grueso calibre.

—Sin Tun Cae, exterior —anunció sin más, al tiempo que le alargaba una tarjeta —, nativo de Orbital Comosse... Fastul le interrumpió, tendiendo la mano para recoger el disco de plástico.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—Le encontré en el desierto, en Estación Acay. Me desafió, luchamos y le maté. Está todo ahí —y señaló a la tarjeta.

—¿Pero qué es lo que había hecho? —pensativo, la dio vueltas entre los dedos.

—Nada en este planeta, que yo sepa. —El apaciguador se encogió de hombros—. Pero había una orden de busca y captura federal contra él.

—¿Un busca y captura federal? Vaya; era hombre de suerte, ¿eh? —Fastul se permitió una sonrisa irónica. Millones de esas órdenes dormían en los archivos de las seguridades planetarias, sin que apenas uno entre miles de fugitivos pudiera ser identificado y preso en un mundo distinto al suyo, casi siempre por alguna conjunción extraordinaria de casualidades.

Aún con una medio sonrisa, echó mano de los cigarrillos.

—Por cierto, estaba a punto de mandar un expediente a los Apaciguadores. Parece que tenemos aquí a un criminal, un tal Gruu Muna, llegado bajo falsa identidad al planeta. Y también hay otro exterior que le persigue, un agente con licencia federal y todo en regla.

—Buena pieza ha de ser para que manden alguien a perseguirle. —El apaciguador, que seguía en pie, se apoyó intrigado en su fusil de nómada—. O ha hecho alguna bien gorda o se ha metido con alguien importante...

La pantalla de comunicaciones, en la pared del fondo, parpadeó antes de conectarse y mostrar a un hombre de ojos muy azules y facciones de halcón. Fastul le observó con prudencia, ya que se trataba de Stirce Tutoc, de la poderosa Seguridad Planetaria, la policía política; casi los únicos habilitados para entrar en pantalla sin

autorización previa del receptor.

—Fastul —le dijo con frialdad—. Usted... ¡Ieh!— D. Rae se volvió de mala cara—. Está usted interfiriendo en una operación de los Apaciguadores. Desconecte inmediatamente y espere.

El otro le ignoró sin más.

—... ha mantenido recientes contactos con...

Bufando, el apaciguador se echó el fusil a la cara. El primer tiro, con terrible estruendo, hizo saltar un trozo de cristal, justo entre los ojos de Tutoc; el segundo hizo oscilar la imagen, sembrándola de colores imposibles; con el tercer y el cuarto disparo, la pantalla quedó en negro.

—¡Por...! —Fastul se frotaba las orejas, ensordecido—. ¡Por lo menos podría usar algo menos ruidoso!

—¡Sí, hombre! Menudo papel iba a hacer la próxima vez que tuviera que disparar al aire, usando balas silenciadas.

La puerta se abrió de golpe y asomaron caras alarmadas. Ambos hicieron gestos tranquilizadores y los otros se retiraron.

—Ese idiota... ¿quién era?

—Stirce Tutoc, de la S.P. ¿No le conoce?

—No suelo tratarme mucho con esa gente. Vaya un tío grosero. —Rae exhibió los grandes dientes—. Como le coja, ya le enseñaré yo modales, ya.

—Que yo sepa, nadie le ha visto en persona. Dicen que no existe en realidad, que no es más que una emulación, diseñada así de antipática a posta.

—Vaya. —El apaciguador ladeó la cabeza—. Bueno, ¿qué era eso de ese tal...?

—¿Gruu Muna? Es un asesino. El busca y captura es por asesinato múltiple en Tani Xuoc IV Pero parece ser responsable de otras muchas muertes, en diversos planetas.

—¿Qué nos ha venido al planeta? ¿Uno de esos carniceros locos?

—No sé si hace de su afición oficio o al revés, unas veces mata por gusto y otras por dinero.

—Ya. ¿Y qué hay del otro?

—Se llama Cosmos a Moa y parece que trabaja para el gobierno de Tani Xuoc IV.

—¿Cómo que parece?

—Es terrestre —dio una bocanada, abstraído—. Nos consta que ha sido agente de la Tierra y... no sé, no sé.

—Pero no es cazador de recompensas.

—No. Trabaje para quien trabaje, ya está pagado: no busca más que ver neutralizado a Muna y, aparentemente, si otro lo hace, tanto le da.

—Mejor así: los cazarrecompensas suelen traer problemas. Todo lo demás, mientras no altere la paz, no me interesa lo más mínimo.

—Está en detalle aquí —resumió Fastul, brindándole a su vez un disco de plástico—. Ahora mismo iba a enviárselo a los Apaciguadores.

—Déme. —Cogiéndolo, el otro lo hizo desaparecer entre sus ropas rojas—. Ya me encargo yo.

Apenas se fue, Cigal Fastul dejó su despacho para dirigirse a uno de los contiguos. En el pasillo, Canja, su supervisor, le salió al paso.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —Era un ercundano igual de frío y serio en ambos ciclos, aunque en los nocturnos tendía a mostrarse hosco y taciturno, en tanto que los diurnos solía resultar simplemente lacónico.

—Estaba hablando con D. Rae y Tutoc, de la S.P. entró de golpe en contacto. Rae, ya sabe cómo es, se cabreó y reventó a tiros la pantalla.

Canja, vestido de riguroso negro y con el rostro cubierto por una máscara roja, no se inmutó. —Llame cuanto antes a la S.P.— A eso iba. —Use mi pantalla.— Y, sin más, se fue pasillo adelante.

* * *

Contactar con la S.P. podía ser tarea ardua; normalmente había que armarse de paciencia y esperar ante la pantalla, a veces un tiempo considerable, antes de que se dignasen a aceptar la llamada. Sin embargo, en esa ocasión, tras apenas unos instantes, Cigal Fastul volvió a verse frente a la imagen de Stirce Tutoc.

—Hubo un problema —quiso justificar cautelosamente—. Pero...

—Usted —le cortó Tutoc— ha mantenido recientes contactos con un exterior llamado Cosmos a Moa, un terrestre. ¿No es así? —Así es.

—Explíquenos la naturaleza de esos contactos. —La gente de la S.P. tenía la costumbre de hablar en plural al referirse a sí mismo, acentuando así la sensación de una corporación múltiple y poderosa en las sombras.

—Meramente profesional. A Moa trae un busca y captura, expedido en Tani Xuoc IV, contra un tal Gruu Muna. Supe que estaba indagando y malinterpreté tal hecho: al parecer, notificó a la Seguridad Planetaria su llegada, pero, por algún error, ustedes no nos lo han comunicado. —No había rastro de sorna en la voz de Fastul. Aquella gente gozaba de casi total impunidad y resultaba peligroso contradecirles siquiera. Sólo los miembros de algunos grupos, como los Apaciguadores, se atrevían a plantarles cara—. Muna vino a Ercunda disfrazado de visitante en escala y se esfumó. Debido a esa falta de información, hemos estado buscándole hasta hace nada, creyendo que había sufrido algún percance...

—Si a Moa está aquí por algún asunto criminal, ¿por qué se ha puesto en contacto con Gabuye Core, de la embajada de Antar Acea?

—Le abordó en plena calle, en público y, aunque Core no pareció alegrarse mucho, acabaron yéndose los dos a un lugar privado, donde estuvieron hablando un buen rato.

—No sé nada de todo eso.

—¿Existe algún tipo de relación previa entre usted y Cosmos a Moa?

—En absoluto.

Hubo una pausa. Stirce Tutoc fijó en él aquellos ojos tan azules suyos, sin parpadear.

—Se pondrá en contacto con a Moa a la mayor brevedad posible, se informará de sus motivos e intenciones y nos tendrá al tanto. Está autorizado para comunicarse con nosotros usando Prioridad A. Es todo.

Y la pantalla pasó de golpe al negro, dejando a Fastul con cualquier posible objeción en la boca. Suspirando, hizo una nueva llamada, esa vez a operadora. En esta ocasión apareció una mujer joven y guapa, muy arreglada; el peinado y las alhajas, que recordaban el estilo de algunas tribus de la estepa, le daban un toque de lo más exótico y sugerente. Viéndola, Fastul volvió a suspirar, ahora para sus adentros, lamentando de veras que se tratase de una proyección, un simple programa de comunicaciones, y no de alguien real.

—Quisiera contactar con un exterior llamado Cosmos a Moa, terrestre, con pasaporte de Tani Xuoc IV, recién llegado al planeta. Ignoro qué sistema de comunicaciones pueda usar, si es que usa alguno.

—Muy bien, señor —le sonrió la chica—. Ya estamos intentándolo. Espere, por favor.

La pantalla no llegó siquiera a pasar a compás de espera y al cabo de pocos instantes ella volvió a hablarle con voz melodiosa.

—El Sr. a Moa localizado. Pueden mantener una conversación sencilla a través mío.

—Ah, muy bien. Dígale que me gustaría verle lo antes posible.

—El Sr. a Moa dice que pueden reunirse cuando usted quiera. En el barrio terrano a ser posible, aunque puede ser en otra parte, y preferiría algún sitio fácil de encontrar. —El barrio terrano está bien. Podríamos vernos en El Trece Saltos, un bar en la confluencia de Floce Menor con Urres... en tres cuartos de hora, si le viene bien.— Dice que por su parte no hay inconveniente. Antes de salir, Fastul se detuvo un momento para comentarle todo aquello a su supervisor, Canja, quien, después de escucharle inmutable, se limitó a menear la cabeza. —Tiene razón— admitió—: ni su contrato ni las obligaciones de la Oficina dicen que deba hacer trabajo alguno para la S.P. Puede dimitir y salir inmediatamente del planeta; es usted exterior y está protegido por ciertas leyes que ni siquiera la S.P. puede violar así como así. Pero, en caso contrario, tendrá que hacer lo que Tutoc le ha dicho. Fastul asintió en silencio, malhumorado.

—Y ándese con pies de plomo —añadió el supervisor—. La situación política está revuelta, se habla de golpe y ya sabe lo difícil que puede ponerse cierta clase de gente. Manténgame informado.

Al abandonar las oficinas, anejas al Palacio, Fastul se arrebujó en su hopalanda ocre. Soplaban un viento áspero y frío, agitando las ropas de los viandantes, grandes nubes negras volaban por el cielo nocturno, encapotando a medias la inmensa

circunferencia roja de Panac, la luna de Ercunda, y a veces restallaba algún relámpago, con un chasquido atronador y un fogonazo que iluminaba de golpe las terrazas y las cúpulas de la ciudad.

Sintiendo revolotear las vueltas del manto a los golpes del viento, se encaminó a la parada de autobuses. No tuvo que esperar casi nada. El transporte comunal era más que excelente, ya que se trataba de uno de los caprichos de Teicocuya, el déspota gobernante, que mimaba cada línea y cada nave como si de juguetes irremplazables se tratasen.

Abordó un aerobús que pasaba por el barrio terrano. Una nave amplia y panzuda, a esa hora medio llena de gente variopinta, que recorría la ciudad de punta a punta, elevándose y volviendo a descender, saltando como una pulga entre las paradas.

En pocos minutos el aerobús le había dejado en los aledaños del barrio terrano, aunque a él no le incomodó en absoluto tal adelanto. Abrigándose de nuevo, echó a andar por las calles peatonales, entreteniéndose en observar las particularidades de la arquitectura terrana, así como, con algo más de disimulo, a los tipos humanos que se cruzaba.

No había terranos en su planeta natal y él no sólo no conoció nunca a ninguno allí, sino que apenas había oído hablar de ellos. Sólo más tarde, al abandonar el mundo que le viera nacer, entraría en contacto con ellos. Entonces, a lo largo de media docena de planetas hasta llegar a Ercunda, fue topándose una y otra vez con aquella cultura tan peculiar, diseminada por una parte de la galaxia humana.

Se jactaban de su ascendencia terrestre. Tenía idiomas, religiones, ropas propias, que derivaban de las existentes en tiempos remotos de la vieja Tierra y, según ellos, sus apellidos y linajes se remontaban a la época de la primera expansión espacial. Eran un grupo cerrado, bastante endogámico, cohesivo pese a su dispersión, que despertaba toda clase de sentimientos distintos en el resto de la humanidad, desde el respeto a la abierta hostilidad.

Fastul, por su parte, pese a ciertas reticencias y a ver con cierta sorna todo ese folclore con que se arropaban los terranos, no podía dejar de sentirse atraído por su riqueza cultural, por esa aura ambigua que parecía arroparles, por sus mitos absurdos.

Caminando al resplandor del alumbrado nocturno, llegó al punto en que la calle Floce se dividía en Floce Menor y Urres, hendida por un edificio alto y triangular de regusto neoclásico, lleno de columnatas y estatuas. Allí, donde esa bifurcación formaba chaflán, en la planta baja, estaba Los Trece Saltos, una de las tabernas con mayor solera de todo el barrio.

Y, pese a llegar con casi diez minutos de adelanto, Fastul se encontró con que Cosmos a Moa ya estaba allí, evidentemente desde hacía tiempo. Le descubrió apoyado en la barra, vestido de negro y oscuro, y con esa expresión suya, algo tensa, en el rostro, sorbiendo una cerveza mientras jugueteaba con su visor.

Fastul fue hasta él, quitándose a su vez el visor, y tras cierta vacilación mutua se estrecharon la mano. El terrestre apuró de un trago su cerveza, ya bien mediada.

—Me tomaría algo fuerte; algo de aquí, a ser posible. Me gusta probar.

—Muy bien. —Fastul pidió dos aguardientes locales, de alta graduación, antes de hacer un ademán en torno.

—¿Qué tal si nos sentamos?

El otro asintió. A esa hora del nocturno la taberna estaba casi vacía; Fastul le señaló una de las muchas mesas desocupadas y aquél volvió a cabecear. Sin embargo, en el último momento, cuando ya iban a sentarse, el terrestre pareció dudar, copa en mano.

—No, ¿por qué no vamos mejor a otra?... ésa, por ejemplo. —Le señaló una situada casi en la otra punta del local.

—No hay problema —aceptó desconcertado Fastul.

—Es que soy algo maniático. Espero que no le moleste —se disculpó a Moa, notándolo.

—No, no. No pasa nada. —Agitó una mano en el aire para descartar el tema.

Ya instalados, el terrestre cató el aguardiente, hizo una mueca de aprobación y, arrellanándose, volvió a pasear los ojos por la sala. Fastul, que ya la conocía de sobra, quiso orientarle con unas pocas palabras. Le mostró las particularidades del estilo, muy tradicional: las paredes de rocas irregulares y pequeñas; las columnas con forma de reloj de arena; la barra, los anaqueles, las mesas y sillas, y el artesonado, todo de madera negra, pesada y muy dura, profusamente tallada. También, más discretamente, le hizo fijarse en las tres diosas terranas de madera encerada, en su hornacina tras la barra.

—Hay muchas tabernas así en Coliafán, dentro y fuera del barrio terrano —resumió—. Pero ésta es todo un clásico.

El terrestre echó otro vistazo a los escasos presentes. El tabernero de cabeza afeitada, ancho y fuerte; unos cuantos terranos dispersos por tres o cuatro mesas; un ercundano acodado en un extremo de la barra.

—Hay poca gente ahora, pero tendría que ver esto después.

—Ya. ¿Y qué era eso tan urgente?

—¿Es cierto que se ha puesto en contacto con Gabuye Core, de la embajada antarace?

A Moa movió la cabeza, antes de llevarse el vaso a los labios. Luego lo alzó al trasluz, como queriendo examinar el líquido.

—Ya veo que anda muy al tanto de todo lo que ocurre aquí.

—No, no —medio se disculpó Fastul, violento—. No soy yo precisamente el que... ¡en! —dio un brinco, sobresaltado.

Tres hombres vestidos a la terrana, con capuchas rojas y visores negros sobre la cabeza, y pistolas en las manos, acababan de irrumpir impetuosamente en el local. Tras lo que pareció una fracción de duda, se volvieron hacia ellos. Estallaron algunos gritos de alarma. Fastul se echó a un lado, buscando su arma. La mesa volteó estrepitosamente. A Moa se había arrojado ya tras una columna y estaba disparando

su pistola, obligando a retroceder a dos de ellos y a protegerse al tercero, mientras respondían con sus propias armas.

Fastul disparó tres veces, se arrastró tras otra columna y volvió a disparar. Todos tiraban a bulto, las balas rebotaban en las paredes de piedra y, en aquel lugar cerrado, los estampidos sonaban atronadores. Dos de los atacantes se habían parapetado en la puerta, asomándose y desapareciendo según hacían fuego; el tercero estaba tras un león de metal dorado, cerca de la entrada, y disparaba con una pistola en cada mano.

En respuesta, el terrestre tiraba en rápida sucesión, alternando entre la puerta y el león dorado. Fastul hizo lo mismo antes de recular, buscando munición para su pistola descargada. Sorprendido, creyó oír más disparos fuera, como si allí también tuviese lugar un tiroteo. En ese instante se asomó el tabernero tras la barra, empuñando un fusil de cañón corto y calibre enorme. Los encapuchados apenas tuvieron tiempo de guarecerse. El marco entero de la puerta estalló con tremendo estruendo, entre una lluvia de polvo y astillas.

Uno de los de fuera le chilló algo al de dentro y éste, cubierto por sus compinches, salió disparando a dos manos, al tiempo que gritaba como un salvaje. Fastul se protegió tras la columna, pero el terrestre se arriesgó tratando de darle mientras el otro cruzaba la puerta. Sin embargo, ambos salieron ilesos del intercambio de balas.

Se hizo un silencio repentino allí dentro. Fuera, aún sonaban disparos. Se acercaron precipitadamente a la puerta, a tiempo de ver a cuatro encapuchados —el cuarto debía haberse quedado fuera, cubriendo las espaldas— que huían por una bocacalle de Urres, contestando al fuego que les hacía un desconocido desde otra de las esquinas.

Este último, tras asegurarse de que los pistoleros habían huido, se acercó haciendo un gesto amistoso. Se trataba de un hombre alto y notablemente apuesto, que por sus ropas podía pasar por ercundano, pero al que el acento delataba en seguida como antarace.

—Alguien se enteró de que iba a pasar esto y me pidió que viniese —se dirigió a Fastul—. Aunque parece que he llegado por los pelos, suponiendo que aquí se necesitase de verdad mi ayuda. Ese alguien también me pidió que le dijera que, en adelante, tenga más cuidado al tratar de ciertos asuntos y con ciertas personas: las comunicaciones ordinarias no son seguras.

—¿Quiere decir que interceptaron nuestra conversación? —Fastul hizo un gesto que iba del terrestre a sí mismo.

—Obviamente. —No dijo más y, por su actitud, quedó muy claro que no tenía nada que añadir.

—Bueno; dele las gracias de mi parte a ese alguien. Y gracias a usted, desde luego.

El terrestre, viendo la facilidad con que Fastul aceptaba explicaciones tan parcas, optó por no decir nada. Había gente asomada a algunas ventanas y, alrededor, se

agolpaban ya los curiosos, intercambiando comentarios. A Moa fue a la puerta e, inclinándose, enfocó su visor sobre una mancha oscura.

—Sangre, ¿no? —Fastul se acercó también—. Así que al menos uno de ellos está herido.

—Más bien tocado, diría yo. —El atarace se detuvo a su vez ante el marco destrozado de la puerta—. Buen tiro, jefe —le dijo al tabernero, con una ligera sonrisa.

El aludido, que también examinaba de mucho peor humor los daños, se encaró con Fastul y el terrestre.

—Bueno, ¿cómo vamos a arreglar todo esto?

—¿No tiene seguro el local? —preguntó el primero.

—Pues claro que lo tiene. Pero ¿y ustedes?

Los otros dos se apresuraron a asentir, tranquilizando a su interlocutor.

—Pues entonces que se arreglen entre las compañías —terció el antarace—. Lo único, las molestias.

—Bien. —El otro, desarrugando poco a poco el ceño, agitó la cabeza calva y se pasó de mano el fusil—. ¡Qué le vamos a hacer...! Son cosas que pasan. Venga, vamos a echar un trago.

Volviendo adentro, cogió una botella y varios vasitos de cristal. Algunos clientes habían desaparecido, ahuyentados por el tiroteo, y otros vuelto a sus sitios, mostrando las actitudes más diversas, de la excitación a la completa indiferencia. El tabernero, que en seguida se presentaría como Ceruán, escanció cuatro chupitos.

—Ah. —A Moa chasqueó los labios—. Es fuerte.

—Y tanto: éste no está a la venta en ninguna parte. —Miraba con mal reprimida curiosidad al terrestre—. ¿Y qué es usted, hombre? ¿Un precognitor?

—¿Quién? ¿Yo?

—Fueron a sentarse ahí, pero en el último instante usted lo impidió y se fueron a esa otra mesa. —Con el dedo iba señalando—. Y en seguida llegan esos tres y se van derechos al primer sitio...

—Es cierto —intervino Fastul—. Pero, de haber algún precognitor, ése sería alguno de ellos. Si no, ¿cómo iban a saber en qué mesa nos sentaríamos?

—No me lo explico. —El terrestre parecía confuso, a la vez que pensativo. Sacó tabaco y aceptó el fuego que le ofrecía Ceruán. Dejó escapar una lenta bocanada—. Sean quienes sean éstos, no me han impresionado lo más mínimo. Entrar de esa forma, pegando tiros...

—Quizás le impresionase algo más —rezongó el terrano— verlos presentarse en un local lleno de gente, como les he visto yo, disparando a diestro y siniestro.

—No me ha entendido. Quiero decir que es una forma de matar bastante ineficaz y arriesgada, si la víctima está armada y alerta. O se usan armas más pesadas o se hace de otra manera.

—Es el método tradicional —sonrió el antarace, hasta entonces un poco al

margen de la conversación—: capuchas rojas y pistolas en mano. Pero, personalmente, estoy de acuerdo con usted: es poco eficaz, además de ser de lo más sangriento.

—Acaba de llegar al planeta —creyó necesario aclarar Fastul a los otros, antes de dirigirse al terrestre—. Las muertes por encargo son bastante comunes aquí. La verdad es que los capuchas rojas son parte integrante de la vida en Ercunda.

—Ya. Y ellos trabajan para...

—Quienes les paguen. No son un grupo sino una clase social: matadores a sueldo; sin ideología, ni orientación, ni preferencias, ni nada de nada.

—Aquí está la policía. —Ceruán agitó la cabeza calva para saludar a dos hombres, uno de uniforme y otro vestido a la terrana, que acababan de entrar, evidentemente conocidos suyos. Yendo al otro lado de la barra, cambió unas frases con ellos y en seguida los otros, tras una ojeada a los desperfectos, se fueron.

—Policía de la ciudad —le indicó Fastul al terrestre.

—¿No intervienen en esta clase de asuntos?

—Si andan por medio los capuchas rojas, no.

—Venga, otra ronda. —Ceruán volvió para rellenar los vasos.

—Si esto pasa con cierta frecuencia —le dijo a Moa—, ¿por qué no instala un par de armas automáticas? —Escudriñó los rincones del local—. Ahí y ahí, por ejemplo.

—Hay clientes a los que no les gusta: les pone nerviosos.

—Tonterías.

—Puede. Pero yo no tengo ningún interés en que se vayan con sus tonterías a otra taberna. Además, tampoco vaya a pensar que esto pasa todos los días; en cinco años en este local, es la primera vez que me sucede a mí personalmente.

—Pues reaccionó muy bien.

—Antes de coger una participación en este negocio, trabajé bastante tiempo en Estación Acay, al borde del desierto profundo. —Sonrió, animado por el par de vasos y el recuerdo de tiempos más turbulentos—. Allí si que paran tíos bestias, pero bestias de verdad.

—Estación Acay —sonrió a su vez el antarace—. ¡Vaya un sitio...!

—Y que lo diga.

—Bueno. —Apurando, el otro se apartó de la barra—. He de irme. Gracias por el trago.

Fastul y a Moa se marcharon unos minutos después. El primero se envolvió en su hopalanda ocre, el segundo se abotonó la chaqueta, ajustando su unidad termostática. El cielo había despejado, pero aún silbaba la ventolera, a ráfagas. Panac, casi llena, asomaba detrás de los tejados de la ciudad, inundando las calles de penumbra rojiza. Caminaron callados un rato; Fastul con las manos en las mangas, el terrestre fijándose en la gente del barrio.

—Estos terranos —dijo de repente el último— no son como los demás.

—Siempre se distinguen en algo, según el planeta. Es lógico, ¿no?

—Aquí más: me dan la impresión de que son muy diferentes al resto.

—Es posible. —Fastul se quedó pensando—. Ercunda es muy diferente: marca.

—Ya me estoy dando cuenta. Así que aquí es normal que alguien salga en ayuda de otro al que no conoce porque un tercero así se lo pide. Y que el segundo acepte como si tal la cosa.

—Aquí las cosas son como son; eso, sin contar con que, ya de por sí, los antaraces son de lo más suyos. Y por cierto, hablando de antaraces...

—Gabuye Core, sí. ¿Qué pasa? ¿He violado alguna ley local?

Fastul se detuvo a sacar un cigarrillo. Tendió otro al terrestre e, incómodo, echó una ojeada al inmenso disco rojo de Panac, que ocupaba buena parte del firmamento nocturno.

—Vamos a ver —suspiró disgustado—. Esto a mí ni me va ni me viene. Pero los de la S.P. me han llamado hace un rato y me han dicho: ese terrestre se ha puesto en contacto con Core, de la embajada antarace, así que averigua qué se trae entre manos. No es tu trabajo y, si no quieres hacerlo, no lo hagas; pero ya sabes dónde está la puerta.

—Es verdad que he hablado con él. ¿Cuál es el problema de esa gente?

—Me dijiste que no sabes gran cosa de la situación en Ercunda.

—Poco. He venido persiguiendo a Muna a lo largo de tres planetas y éste es el cuarto. No he tenido tiempo de ponerme al tanto de nada.

Fastul asintió despacio y, tirando el cigarrillo a medio consumir, volvió a meter las manos en las mangas.

—La Federación cataloga a este mundo como «de corte despótico». Lo que quiere decir un sistema personalista, donde las leyes se subordinan, al fin y al cabo, al capricho de quien manda. Pocos impuestos, pocos servicios. El poder en manos de un círculo reducido que se lo reparte todo. Y también un gobierno débil, casi sin autoridad en muchas partes del planeta.

—Me hago cargo. ¿Y los antaraces?

—Ercunda está en la ruta estelar que une Antar Acea con el Nudo de Cahmu. Hay tres saltos, dos escalas, entre ellos: Antar Mun, que es suyo, y Ercunda. Los antaraces consideran esta ruta vital para sus intereses y este planeta medio es un protectorado suyo. Controlan casi en exclusiva su comercio espacial, mantienen grandes colonias en la superficie y, desde siempre, han pesado mucho en la política local.

—Que en estos momentos es algo difícil, ¿no?

—Pocos déspotas acaban pacíficamente; asesinato o ejecución, ése suele ser el destino final de la mayoría. Y sí, ahora las aguas están revueltas... y es público que Teicocuya, ahora en el poder, mantiene serias diferencias con una facción de los antaraces.

—¿Una facción?

—Hay muchas: para ellos esto es un pastel y suele haber fricciones por el reparto. Un grupo ambicioso, si sabe a quién apoyar aquí, puede sumar muchas bazas de cara

a las luchas de poder en Antar Acea.

Hizo una pausa.

—Los antaraces, que tienen una sociedad de lo más jerárquica y enrevesada, suelen agruparse en sociedades semisecretas de apoyo mutuo. El caso es que Gabuye Core, un funcionario de medio rango en la embajada, es un peso pesado de la Gran Tuze, la sociedad enfrentada con Teicocuya. Así que, tal como están las cosas, no me extraña que vuestro encuentro haya hecho saltar a los de la S.P. Después de todo —añadió con cierta mala intención—, has sido agente terrestre y lo saben. Y no te puedes imaginar lo suspicaces que pueden llegar a ser.

—Creo que sí que puedo. ¿Y peligrosos?

—Muy peligrosos.

—¿Y expeditivos? ¿Usan también ellos los servicios de esos capuchas rojas?

—Sí. ¿Pero a dónde quieres ir a parar? No tiene mucho sentido enviarme a hablar contigo y al mismo tiempo...

—Supongo que no. Estaba hablando en voz alta.

—Aunque, por otra parte —ya puestos, Fastul se dejó arrastrar al terreno de las especulaciones—, no sería mala forma de esconder la mano. Después de todo, tú podrías seguir siendo agente terrestre y a nadie le gusta que la Tierra le mire con el ojo malo.

—Tienes una mente retorcida. —Sonriendo de medio lado, a Moa sacó tabaco—. Pero, puestos a hablar por hablar, seguro que podríamos encontrar mejores candidatos.

Dando una calada, echó un nuevo vistazo a los terranos que transitaban a su alrededor.

—Estoy en Ercunda buscando a un criminal llamado Gruu Muna, tal como ya te dije —prosiguió luego—. Si me he puesto en contacto con Core ha sido para preguntarle por él. Es todo.

—¿Y qué tienen que ver el uno con el otro?

—Muna estuvo actuando durante algunos años en el sistema de Tani Xuoc, antes de verse obligado a huir. Se nos fue entre los dedos y, según indagaciones posteriores, recibió ayuda en ese sentido de agentes antaraces.

—¿Antaraces?

—La Seguridad de Tani Xuoc IV tiene la casi absoluta certeza. Yo le he seguido por varios planetas, he estado a punto de perderlo en muchas ocasiones y siempre estuve convencido de que había sido reclutado para algún trabajo. Si su destino es Ercunda o esto es sólo otra parada, eso ya no lo puedo asegurar.

—Entonces no es un fugitivo solitario, sino que cuenta con algún respaldo.

—Así parece. Y yo tengo un nombre: Gabuye Core que, como tú mismo has dado a entender, tiene cierto peso en una organización antarace.

—¿A qué se dedica exactamente Muna?

—Es flexible: asesinatos de toda clase, sabotaje comercial, desestabilización

política.

—Desestabilización política, ya —repitió Fastul, sabedor de que el otro había pronunciado esas palabra adrede—. Y puede que haya sido contratado por...

—Puede que por y para. Sí, puede.

—¿Y abordaste así, por las buenas, a Core, para preguntarle por Muna?

—¿Por qué no? Es una forma como cualquier otra de mover las cosas. —Se encogió de hombros—. He venido a salto de mata detrás de Muna y, en cuanto tuve certeza razonable de que está aquí, envié mensaje a Tani Xuoc IV. Ya han mandado un equipo de apoyo, pero aún tardará y, entretanto, estoy solo. No quiero demasiados contactos con esa gente de la S.P. Bastante difícil tengo el asunto como para meterme sin querer en un avispero político.

—Eso es verdad, son gente de lo más turbia —dijo Fastul, un poco imprudentemente—. ¿Y qué pasó con Core?

—Lo negó todo y me amenazó con acciones legales. No hubo más.

—Entonces, el mismo Core puede estar detrás de lo ocurrido en Los Trece Saltos. El asesinato no es un recurso que los antaraces desdeñen.

—O puede ser obra de Muna, o de los dos. Hay varias posibilidades.

—Lo que quiero decir es que, si te has cruzado con Core y los suyos, estás en un serio peligro, de verdad. Los antaraces dividen el mundo en dos: ellos y todos los demás, y estos últimos les valemos normalmente muy poco.

—Ésa es una actitud muy extendida. En cuanto al peligro, lo estoy desde el momento en que Gruu Muna anda por medio; no puedes hacerte ni idea de cómo es el personaje.

—Ya veo que no, y me parece que tampoco quiero. En fin —consultó con desgana la hora, antes de lanzar un nuevo vistazo al gran círculo incompleto de la luna roja.

—Tengo que volver, me espera una montaña de trabajo pendiente y se me hace tarde.

—Ya nos veremos entonces —le dijo a Moa—. Y no te preocupes por mí. Sé cuidarme.

III

AL SALIR, Cigal Fastul se detuvo un instante al pie mismo de la puerta; apenas lo necesario para, deslumbrado, cubrirse con la hopalanda y el visor. Luego, con esa mezcla de pereza y hastío que dan las muchas horas de trabajo seguido, echó a andar por la plaza.

Transcurría el interminable atardecer de Ercunda; el sol declinaba muy despacio, la luz ardiente de mediodía iba suavizándose con una multitud de matices, la temperatura era ya agradable y soplabla una brisa tibia, haciendo ondear las ropas sueltas de los viandantes.

Fue caminando con parsimonia por la gran explanada. Nunca, a pesar de los años vividos en Ercunda, dejaba de asombrarse ante el contraste entre los dos ciclos diarios del planeta. Esa explosión de tonos vivos del diurno frente al nocturno, con sus colores ricos y otoñales.

El aire era claro, la luz brillante. Alrededor, pululaba una muchedumbre de atuendos coloridos. Y, por doquier, a donde volviera la vista, se topaba con arriates y jardineras de piedra rebosantes de plantas en plena floración, así como árboles recortados con la precisión de obras de arte, en un estallido de verdes, blancos, rosados, amarillos, rojos.

La misma arquitectura parecía distinta según el ciclo, ya que los ercundanos solían cubrir sus edificios y estatuas con barnices tornasol. Un maquillaje que, aunque imperceptible a simple vista, hacía variar el aspecto de las construcciones, acentuando unos rasgos y difuminando otros, según la luz.

Al fondo de la plaza se alzaba la mole del palacio, con forma de coma. La cabeza redonda correspondía a la residencia del gobernante, en tanto que la cola albergaba las diversas oficinas de la burocracia. Y, si a esa hora el edificio se veía airoso y resplandeciente, más tarde, al fulgor de la luna roja, resultaría masivo e inquietante, y también lleno de un misterio del que en esos momentos parecía carecer.

Reduciendo el paso, contempló ocioso una de las tres puertas mayores. La gran escalinata flanqueada por dos enormes dragones de piedra fundida y el pórtico monumental en lo alto, con sus dinteles sujetos por demonios pétreos, a manera de columnas. Allí arriba, a la sombra del pórtico, montaba guardia una veintena de soldados en traje de gala, así como media docena de autómatas militares: monstruos metálicos de casi tres metros, zancudos y artillados.

De pasada, acarició el lomo pulido de uno de los dragones. Al sol no resultaba sino un gigantesco ser de fábula; asombroso, pero no atemorizador. Sin embargo, más tarde, al caer la noche... Palmeó de nuevo aquel interminable flanco de obsidiana verdosa, antes de apartarse de allí y dirigirse al otro lado de la plaza.

Fue caminando hacia los edificios de piedra que, en semicírculo, cerraban el perímetro elíptico. Y entonces, mientras iba distraído en sus pensamientos, alguien le llamó por su nombre. Se dio la vuelta para descubrir que se trataba de Bilgrum, que

se dirigía hacia él sorteando peatones.

Titubeó, preguntándose si sería en efecto su Bilgrum. Tras dos años de relación, se reconocía totalmente incapaz de distinguirla a simple vista de cualquiera de sus hermanas clónicas, lo que, por alguna razón, a ellas parecía complacerlas en grado sumo.

—Soy yo —le dijo Bilgrum, advirtiendo esa indecisión.

Vestía ropas de clara inspiración nómada: un manto escarlata, salpicado de multitud de joyas doradas, y una montera baja y cilíndrica, con la copa abierta en dos aletas horizontales, anchas y planas. Un embozo le caía flojo bajo el mentón, formando un óvalo de pliegues que mantenía su rostro en penumbra.

—¿Qué...? —Fastul se le acercó ahora, notando un ápice de tensión en sus rasgos.

—¿Cómo estás? —Ella le apoyó la mano en el antebrazo.

—¿Cómo iba a estar? Bien. —Perplejo, puso a su vez una mano sobre la suya—. ¿Qué es lo que pasa?

—Ayer hubo un tiroteo en el barrio terrano. —Bilgrum no dejaba de mirarle a la cara—. Unos capuchas rojas entraron disparando en una taberna y tú...

—Ah, eso; no fue nada. ¿Pero tú como te has enterado?

—Las comunicaciones de la policía son abiertas —descartó ella con un gesto impaciente—. Dieron tu nombre y *nos* (La identificación entre los miembros de los grupos clónicos es tan fuerte, como más adelante se menciona, que tienen de hecho una clase de pronombres para mencionarse a sí mismos y que es intermedio entre el singular y el plural. Aquí se ha usado, como traducción tentativa para la primera y segunda personas, *él nos* y *el vos*, que es en castellano la fórmula que más se aproxima a tal dualidad) estábamos en ese momento en la embajada. Un amigo que sabe lo nuestro vino corriendo a avisarme. —Le apretó de repente el antebrazo—. La verdad, estaba un poco preocupada.

—Mujer... —Algo confuso, le acarició el dorso de la mano, sintiendo como un calor, en absoluto desagradable, que le subía por el espinazo—. Hubo un tiroteo, sí, pero no tenía nada que ver conmigo. Yo tan sólo estaba allí en esos momentos y me vi implicado; es todo. ¿Es que no dijeron en la radio que no había heridos?

—Sí, pero cuando luego fui a tu casa y no volviste, la verdad, me puse bastante nerviosa.

—He tenido un montón de trabajo; trabajo urgente. —Suspiró, antes de señalar al palacio, a sus espaldas, y frotarse el mentón sin afeitar—. Me quedé a dormir en la oficina, si es que puede llamarse dormir a una cabezada de tres o cuatro horas.

—O sea: que yo preocupándome por ti y tú mientras tanto como si nada. —Resumió ella, ahora de repentino malhumor.

—¿Pero cómo iba yo a saber que tú...? —quiso protestar Fastul, sabiendo que no le serviría de nada—. Además, ¿por qué no me llamaste?

—Bueno —dudó—. Pensé que quizás las comunicaciones no fueran seguras.

Él la miró a los ojos, sólo un instante, preguntándose si no le estaría dando a entender con esas palabras que fue ella quien envió a un antarace desconocido en su ayuda, con un mensaje que era casi exactamente el mismo.

Ella, notando quizás un súbito enfriamiento, se le colgó del brazo.

—¿Por qué no me llevas a algún sitio? —le sonrió, el rostro a pocos centímetros del suyo.

—Pues precisamente pensaba sentarme un rato en el «Tau Co».

—¡Qué raro! —se burló ella—. ¿Dónde crees que iba yo ahora, a ver si te veía?

El Tau Co se hallaba al otro lado de la plaza, enfrente de palacio, en la planta baja de uno de los grandes edificios de piedra. Tenía ventanales cubiertos por intrincadas celosías de metal lacado y un portal de acceso que era un simple arco de medio punto, profundo y oscuro. Sobre éste, en caracteres ercundanos amarillos, se leía: «Tau Co. Infusiones y Destilados». Dentro, a la sombra del zaguán, se recostaba un portero alto y muy fornido, con el cabello formando largas trencillas y el rostro sembrado de tatuajes azules.

El interior era amplio, fresco, umbrío. La claridad del sol se filtraba por los calados de las celosías, creando juegos de luz en los que danzaban las motas de polvo. Poca madera había en aquel local, típico ercundano, donde todo estaba hecho a base de piedra, metales forjados, adobe, azulejos, evocando un poco el estilo de las estaciones del desierto.

A esa hora, casi todas las mesas estaban ocupadas y ellos, tras buscar unos momentos, encontraron una junto a una gran planta de interior. Las conversaciones eran quedas, la atmósfera tranquila y sedante. Destocándose, Bilgrum dejó la montera en una esquina de la mesa. Debajo, llevaba el cabello oscuro recogido con un puñado de horquillas; fue quitándoselas, dejando suelta la cabellera. Ella pidió una infusión caliente, una de las famosas especialidades de la casa; él, un aguardiente frío.

—No se por qué bebes tanto —le reconvino ella con una mueca afable.

—Porque me gusta... desde luego, eres como mi madre.

—¿Seguro que soy como tu madre? —sonrió con repentina malicia.

—Bueno, sólo a veces. —Fastul le devolvió la sonrisa, pillado de improviso.

En eso llegaron las consumiciones y Bilgrum insistió en pagar ella. La camarera le devolvió un puñado de calderilla y ella se entretuvo acariciando aquellas monedas de aleaciones plateadas y cobrizas.

—Me encanta el dinero. —Las palpaba, las hacía tintinear—. Dinero de verdad, como éste, claro.

—¿Es que no lo hay en Antar Acea?

—Unidades de Cuenta y Cambio: dinero teórico —bufó con desdén—. Hasta que vine a Ercunda, nunca había visto monedas. —Sopesó una de cobre en la palma, antes de tendérsela—. Mira, mira ésta.

Al cogerla él, se rozaron los dedos y, como de común, sostuvieron el contacto un instante más, antes de cambiar una mirada rápida y ambigua, y apartar cada uno los

ojos. Aquello al menos, se aceptó Fastul, era una de las ventajas de una relación como la suya, donde cada cual guardaba ciertas distancias. Los juegos, los dobles sentidos, todo eso que tan rápido se perdía en las parejas estables, seguía aún entre ellos con plena validez.

A cambio, pensó acto seguido con una punzada, había otras cosas que nunca llegarían a tocar. Fingió examinar la moneda y la hizo saltar entre sus dedos para acabar devolviéndosela.

—¿En qué estás pensando? —quiso saber ella, viéndole amustiado.

—En nada, en tonterías.

Se retrepó en el asiento. Se había quitado la hopalanda blanca, mostrando que debajo vestía de forma bastante semejante a los ercundanos urbanos de clase media. Pantalones a franjas anchas, de colores pergamino y hueso viejo; camisa blanca, con ideogramas dorados en las bocamangas, y un chaleco holgado de color arena. Bajo la axila izquierda, le colgaba la pistola.

—Tienes que desechar esta camisa. —Bilgrum le pasó las yemas por sobre los emblemas dorados de las mangas—. ¿Es que no ves lo deslucidos que están?

—¿Ya empezamos?

—No empezamos nada. Pero no me vas a negar que eres un poco desaliñado.

—Un bastante —resopló—. Y a ti te gustaría que cambiase, claro.

—Para nada: me gustas tal como eres. —Le miró con ojos brillantes y él no supo que responder, vuelto a coger por sorpresa.

Hubo un silencio. Cogiéndola entre los dedos, Bilgrum se llevó la taza humeante a los labios y cató el líquido con cautela. Luego le miró de nuevo.

—Ayer, la radio de la policía mencionó también a ese terrestre, Cosmos a Moa. —Ahora había precaución, ¿prevención?, en el fondo de sus ojos.

—Sí. Los capuchas rojas iban a por él, supongo.

—Ah. —Bilgrum aguardó un instante con la taza a media altura, pero viendo que no iba a añadir nada, fue ella la que continuó—. ¿Y qué pintabas tú en eso?

Cigal Fastul jugueteó con su copa. Ella era antarace y trabajaba para su legación, así como él lo hacía para el gobierno planetario: ciertos temas nunca se tocaban entre ellos y, caso de hacerse, ninguno esperaba que el otro guardase el secreto; a partir de tal certeza, cada uno medía sus palabras. Buscó un cigarrillo y lo golpeteó descuidadamente sobre la mesa, dándose así un respiro para reflexionar. Al cabo se lo puso entre los labios y se encogió de hombros.

—Pues no lo sé muy bien.

Encendió con parsimonia, lanzó una bocanada y se inclinó adelante, poniendo los codos en la mesa. Entonces le habló de su visita a El Poblado y de su encuentro allí con Cosmos a Moa, de la conversación que tuvieron, de Gruu Muna. Y, tras otra pausa, de la intempestiva llamada de Stirce Tutoc, de la S.P., así como de todo lo que ocurrió más tarde.

—Así que ya ves en la que me vi metido, sin comerlo ni beberlo —resumió.

—Entonces, a Moa te dijo que ese tal Muna se dedica a la desestabilización política...

—Entre otras cosas. Si quieres mi opinión, me pareció un comentario muy poco inocente.

—Seguro, porque tú a tu vez se lo habrás dicho ya a Tutoc, ¿no? —Viéndole asentir, Bilgrum se permitió una sonrisita—. Así que ese terrestre no quiera nada con la S.P, pero al mismo tiempo los ha lanzado tras él. Un listo tu amigo, pero más vale que sea verdad: con la S.P. no se juega.

—Allá se las compongan todos. —Fastul volvió a echarse atrás, algo hastiado—. No sé de qué va la cosa y, si te soy sincero, cuanto menos sepa, mejor.

—Sí. —Ella ahora había dejado de sonreír—. No te metas en asuntos raros. —La voz le tembló una fracción, como si hubiera dudado entre lo que quería y lo que podía decir—. Ya sabes lo delicada que es en estos momentos la situación.

—Sí —convino él, despacio—. Todo parece pender de un hilo, sí.

Sacó otro cigarrillo y volvió a golpetear el extremo sobre la mesa, con la atención en otra parte. El régimen de Teicocuya vivía horas muy bajas: se sucedían los rumores, los incidentes, los atentados, y había en el aire una tensión como la que precede a las tormentas. Las cosas habían llegado ya demasiado lejos como para simplemente apaciguarse y, cuando antes o después se desatase la tempestad, todo concluiría con el derrocamiento y muerte de Teicocuya, o bien con una sangrienta purga de rebeldes.

Se llevó el cigarrillo a la boca. Tal y como le había dicho a Cosmos a Moa, tras cada facción ercundana solía encontrarse otra antarace. Fastul nunca se había interesado por los politiqueos de estos últimos, aunque sí sabía que existían multitud de intereses cruzados, grupos que eran suma de otros más pequeños, movimientos de alianzas. Y también que, dentro de la legación, no parecía haber neutrales. ¿Y Bilgrum? ¿Y la Macurné, la sociedad a la que esta última pertenecía? Algo había oído Fastul de que era rival de la Gran Tuze y, pensativamente, se propuso informarse un poco más al respecto.

Luego volvió a la realidad, notando que Bilgrum se removía en su asiento, algo incómoda. Debía haberla estado mirando con excesiva fijeza, porque se había ruborizado. —No eres más que un profesional a sueldo, un empleado y encima exterior— insistió ella, quizás para romper la situación—. No tienes por qué mezclarte en ciertos asuntos.

—Claro que no. —¿Seguro?

—Escucha. Hace más de diez años que vivo en Ercunda, un poco menos del tiempo que Teicocuya lleva en el poder. Aquí, después de un golpe, viene la matanza de los perdedores. No, no me refiero a conjuras fracasadas que acaban con unas cuantas ejecuciones; eso es lo que tú conoces. Te hablo de intentonas más serias; yo ya he visto un par de ellas, todas antes de que VOS vinierais al planeta.

En Ercunda estás a salvo mientras no te metas en política; pero si te metes y estás

en el bando equivocado... Así que, cuanto más lejos, mejor.

Cruzaron fugazmente miradas. Bilgrum tenía los ojos oscuros y muy expresivos, y en ellos él creyó leer un alivio sincero. Ella, tras un instante, se llevó la taza a los labios y luego la depositó sobre el platillo, haciéndolos resonar, antes de apartarlos a un lado, dando así a entender que había terminado.

—Vamos a pedir otra —propuso él mostrándole su copa, ya bien mediada.

—No puedo. —Ella movió negativamente la cabeza—. Tengo que irme.

—¿Que tienes que irte...? —Fastul no trató de ocultar su decepción, hasta el punto de que Bilgrum tuvo que hacer un esfuerzo para no reírse.

—Yo también tengo trabajo acumulado. —Comenzó a recogerse el pelo con las horquillas—. Además, nos tenemos guardia en la legación, esta noche; bueno, quiero decir... —Agitó la mano, dando a entender que se refería al Squities, el periodo de sueño que iba del diurno al nocturno.

—Pero aún queda mucho para el Squities.

—No, de verdad; tengo un montón de trabajo pendiente. Si sólo me he escapado un rato a buscarte. —Enrojeció otra vez, de repente—. Es que no sé qué pensé. Qué tonta soy...

Él volvió a tomarle las manos entre las suyas.

—No, no. —Apretó con amabilidad—. Tonta es lo que estás siendo ahora.

Bilgrum le miró, ahora la sorprendida ella. Fastul no era de los dados a muchas efusiones en público, ni siquiera a muchas en privado. Volvió a ruborizarse, antes de librar las manos. Se caló la montera.

—Me voy. —Se pasó el embozo bajo la barbilla y luego lo alzó para prenderlo en el otro lado de la montera—. Me voy volando.

IV

EN DÍAS POSTERIORES Cigal Fastul se encontró completamente atado al trabajo y, aun después, tuvo que ocuparse de un asunto fuera de lo común. Como al signo de los tiempos, los bandidos nómadas habían intentado apoderarse de una de las estaciones del desierto, Ahjmut. El golpe resultó un fracaso, pero los nómadas, sin resignarse, habían establecido un asedio en toda regla sobre el enclave. Y el gobierno planetario, pese a las peticiones recibidas, se negaba a enviar cualquier clase de ayuda, temiendo que todo aquello no fuese sino una emboscada o una argucia para distraer parte de sus tropas.

Nada de todo eso hubiera afectado a Fastul de no ser porque, dentro de Estación Ahjmut, se hallaban varios investigadores exteriores: un grupo de antropólogos, sociólogos, tecnólogos sociales y lingüistas becados por una universidad de Mundo Erna. Y, adjunto a tal beca, se encontraba un seguro que cubría casi cualquier supuesto posible, incluido el que en aquellos momentos se daba.

Así que la Delegación Federal, que representaba los intereses de una multitud de planetas sin embajada en Ercunda, planteó el problema al gobierno planetario y éste a su vez se lo pasó a su Oficina para Exteriores donde, vía escalafón, fue a parar a manos de Fastul.

Él, a quien en el fondo no disgustaban las misiones de ese tipo, recurrió a D. Rae, el apaciguador, para organizar el rescate. Y el ercundano se ocupó de todos los detalles prácticos, tales como apalabrar un volador con un piloto de confianza.

Luego, casi en el último minuto, Cosmos a Moa llamó por sorpresa a Fastul. Éste no había tenido ocasión de volver a verle, aunque sí de saber de él; ya que el terrestre, en su búsqueda de Gruu Muna, había recurrido a unos y otros con peticiones de toda clase de información imaginable. Y lo que ahora pretendía no era ni más ni menos que un sitio en la expedición a Estación Ahjmut.

—¿Con nosotros, al desierto? —le miró asombrado—. ¿Pero para qué?

—Tengo motivos para creer que Muna está implicado en lo que está sucediendo allí.

—Sólo es posible —matizó impasible a Moa— y bien pudiera estar yo equivocado. Pero, puesto que se me presenta una oportunidad, no me importaría nada aprovecharla e investigar un poco sobre el terreno.

—¿Pero cómo Muna —le preguntó perplejo Fastul a la imagen en pantalla—, un recién llegado al planeta, podría organizar una como la que se ha liado en Estación Ahjmut? Eso no tiene ningún sentido, hombre.

—Él solo no, claro. Digo que quizás tenga algo que ver, que se encuentre mezclado, no que sea obra exclusivamente suya.

Fastul renunció entonces a discutir más: bastantes cosas tenía ya en la cabeza como para ocuparse de asuntos ajenos. Acabó aceptando al terrestre en la expedición, aunque sin dejar de menear con escepticismo la cabeza. * * *

Se reunieron en las afueras de la ciudad, al pie del desierto, apenas amanecer. El primero en llegar fue Fastul, con tanto adelanto, debido a que era el único pasajero del aerobús, que había optado por bajarse una parada antes del final y acercarse andando.

Cosmos a Moa se presentó al poco y, casi inmediatamente, D. Rae. El apaciguador, que al igual que Fastul vestía una hopalanda blanca y holgada, llevaba un arma en cada mano: el fusil nómada en la zurda y en la diestra otro de calibre enorme, capaz de disparar proyectiles como puños. Fastul, tras las presentaciones, no pudo evitar referirse a este último.

—¿Espera problemas? —Había reconocido aquel arma, típicamente ercundana, cuya munición podía derribar a una nave en vuelo.

—No. —El apaciguador quitó hierro al asunto con una mueca—. Pero nunca se sabe.

Fastul asintió y el otro no añadió nada. Si durante el nocturno Rae resultaba más bien truculento, durante el diurno, por el contrario, era tan digno y sentencioso como un sumo sacerdote. Un hecho que, para Fastul, demostraba la falsedad del apaciguador cuando éste admitía tácitamente ser un vatispantem, ya que tales nunca habían sufrido de la dualidad cíclica tan extendida entre los ercundanos de raza humana.

Tras aquello, no hubo más conversación. Acababa de despuntar y la mañana era azul, fría y clara. Las calles estaban aún vacías y el silencio resultaba casi total. Los tres viajeros se ceñían las ropas y daban cortos paseos de un lado a otro; al respirar, el aliento formaba nubecillas blancas. Cosmos a Moa, que portaba una larga sahariana de color arena, se arrimó a una tapia y, dejando el equipaje entre los pies, se echó el vaho en las manos ahuecadas, antes de sacar un cigarrillo.

—Ahí está —dijo entonces Rae—. Ése es.

Perfectamente visible en el aire de primera mañana, un volador se aproximaba por la parte del desierto; no en línea recta, sino con una gran curva, como bordeando la ciudad. El terrestre, que nunca antes viera uno de éstos, se adelantó algunos pasos para observarla.

Se trataba de una nave descubierta, plana y elíptica, como una bandeja. A popa había alerones y timón, todos muy grandes, con cruces rojas recién pintadas sobre blanco; lo que en Ercunda, como en otros muchos mundos humanos, era la bandera de paz. Había un sólo hombre a bordo: un nómada de hopalanda amarilla que se tocaba con una montera plana y romboidal, con las cuatro puntas caídas y rematadas en borlas. Por ese tocado, así como por los ideogramas de sus mangas, Fastul no tuvo duda en identificarlo como un bocorce, un habitante del desierto.

La nave se posó con suavidad a escasos metros, en uno de los descampados entre edificios que daban paso al desierto. El nómada no bajó siquiera y, mientras ellos embarcaban, D. Rae le presentó como «Uxvel, bocorce». Fastul y a Moa dijeron alguna palabra de cortesía, a las que el otro respondió con un movimiento de cabeza,

haciendo bailotear las borlas de su tocado.

Despegando con la misma delicadeza con que aterrizara, enfiló el desierto y en seguida se encontraban a quince metros de altura, volando a unos cuarenta kilómetros por hora en dirección sureste.

La propulsión zumbaba sordamente, el desierto iba pasando bajo ellos, los extremos sueltos de las ropas se agitaban. Repentinamente curioso, Cigal Fastul se había girado en su sitio para contemplar el espaciopuerto, visible a babor. La terminal, la torre, los almacenes y los talleres; todos estaban a la vista; las pistas circulares, pintadas de colores vivos: verde jade, rojo sangre, azul zafiro; las naves posadas. Luego, en seguida, todo eso quedó atrás.

A sus espaldas, los rascacielos y las cúpulas de Coliafán resplandecían bajo el sol de primera mañana. Poco a poco fueron menguando, haciéndose más y más indistintos, hasta no ser sino un atisbo sobre la línea del horizonte. Y, por último, hasta eso se perdió de vista.

Cosmos a Moa se asomaba al borde, contemplando interesado las extensiones que se deslizaban ante sus ojos. La monótona sucesión de arenales y pedregales, hasta donde alcanzaba la vista, salpicados por manchas de vegetación. Esta última formaba parches irregulares y aislados entre sí, de muy diversos tamaño y coloración. Fastul le llamó la atención sobre ellas.

—La flora del desierto. Se agrupa en algo parecido a colonias vegetales, compuestas mayoritariamente por plantas de la misma especie. Es algo raro, un fenómeno local.

—Ya veo que los viajes se te han metido en la sangre —observó a Moa.— ¿Los viajes?

—Llevo mucho tiempo yendo de un planeta a otro y me las he visto con gente de toda clase, así que creo que algo he aprendido. Cuando te encuentres a alguien que, allá donde va, se fija en la gente, la ecología planetaria y cosas por el estilo, ten al menos la sospecha de que es un vagamundos, uno de éstos con los pies inquietos.

—Bueno, al salir de casa estuve en más de un planeta; es cierto. Pero ya llevo unos cuantos años en éste, en Ercunda, y creo que estoy a gusto aquí... aunque, ¿quién sabe? —Tiempo al tiempo.

Luego la conversación decayó. Como en cualquier viaje de esa clase, largo e incómodo, la charla se alternaba con el mutismo. El sol subía en el cielo, el calor iba en aumento y ellos, a pesar del viento provocado por el vuelo, se aflojaban una y otra vez las ropas. En un momento dado, Fastul señaló al terrestre una gran bandada de aves con plumajes blancos y rosados, que volaba a estribor.

—A pesar de las condiciones extremas, el desierto es muy rico en vida vegetal y animal. Ercunda es un mundo viejo y la evolución ha hecho su trabajo.

En ese momento D. Rae, que dormitaba en su asiento con el fusil de mayor calibre sobre las rodillas, se despabiló de repente.

—Ahí delante tenemos una caravana. —Se dirigía al terrestre—. No sé si le

gustaría verla más de cerca.

Viendo al otro asentir, habló con el bocorce en su dialecto nómada. Éste contestó afirmativamente, antes de alterar de modo ostensible el rumbo. El sol estaba ya en su cénit, la temperatura subía sin cesar y toda la inmensa panorámica del desierto, hasta donde llegaba la vista, vibraba debido al calor.

El bocorce realizó un par de maniobras aéreas, sin duda destinadas a aplacar cualquier posible inquietud de los caravaneros, para después reducir bruscamente velocidad y altitud. Acto seguido inició una pasada a la caravana, lentamente, de adelante atrás.

Volando a siete metros del suelo y a no más de diez kilómetros por hora, Cosmos a Moa pudo observar a sus anchas la larga hilera de bestias de carga. Se trataba de animales gigantescos, importados por los humanos y muy semejantes a los prehistóricos estegosaurios de la vieja Tierra. Seres de larga cola y cuello, cabeza diminuta y tremendas crestas dorsales. Más tarde, Fastul le diría que tales crestas estaban profusamente irrigadas y que servían de alerones naturales, disipando calor durante el largo y ardiente diurno. En cambio durante el nocturno, tanto aquellos vasos como los que recorrían el grueso pellejo de las bestias se ocluían para combatir el frío.

Pero en esos instantes el terrestre sólo tenía ojos para el espectáculo de los grandes monstruos que marchaban en fila. Se movían con paso lento y bamboleante, cargados con bultos y paquetes de todas clases. Había caravaneros a horcajadas sobre los cuellos o en sillas a diversas alturas sobre los lomos; envueltos en sus mantos y monteras, y con largos fusiles en el regazo. Y aún otros iban a pie, caminando junto a los gigantescos seres.

Fueron pasando despacio a lo largo y unos y otros se saludaban con el brazo, hasta que al cabo la caravana quedó atrás. Cosmos aún siguió vuelto, presa de una irresistible curiosidad, hasta que Fastul le tocó el hombro para señalarle adelante.

Entonces vio que había otro volador allí, sin duda escolta de la caravana, llena de hombres armados. Ambos pilotos se enfilaron, uno subiendo y el otro bajando, antes de caer cada uno a estribor y, en una maniobra que debía exigir cierta pericia, cruzarse en el aire a la misma altura. Los voladores pasaron tan cerca que pudieron verse los rostros atezados y sonrientes, e intercambiar algunos gritos antes de separarse. Luego, el bocorce volvió a rumbo.

Hicieron varias paradas de escasa duración y, ya bien atardecido, se desviaron buscando un lugar propicio para posarse y pasar el Squities, el periodo de sueño entre el diurno y el nocturno. Tras alguna discusión, Fastul había terminado aceptando el criterio de Rae, partidario de retrasarse unas horas la llegada. La gente del desierto era especialmente sensible a los ciclos planetarios y, durante el nocturno, su humor solía ser impulsivo, voluble y turbulento, por lo que el apaciguador le había encarecido a presentarse en el campamento de los nómadas durante el diurno y no antes.

Luego de tomar un bocado, el bocorce alzó el habitáculo del volador y, tras comprobar de pasada los sensores, se echó a dormir dentro. Al cabo de un par de minutos, D. Rae le había imitado.

Cosmos a Moa se internó una veintena de pasos en el desierto, fumando pensativo un cigarrillo y con el fusil terciado sobre el hombro. El sol estaba ya muy bajo, el cielo enrojecía muy lentamente y comenzaba a soplar esa brisa que suele acompañar al crepúsculo. A unos pocos metros, un banco de hierba se agitaba y alborotaba a cada golpe de aire. El terrestre se detuvo con los ojos puestos en aquel herbazal en continuo movimiento.

—No hay que fiarse mucho de los bancales —le advirtió Fastul, llegando a su lado—; son un buen escondite para los predadores. Aunque —añadió en el acto— si hubiera alguno ahí ya nos lo habrían advertido los sensores del volador. Cae dentro de su radio de acción.

Interesado, el terrestre enfocó de nuevo su visor sobre aquella isla vegetal, anclada en un mar de arena y rocas. — ¿Predadores? ¿Grandes predadores? ¿En un desierto?— Y más de uno. Ya te he comentado que el ecosistema de aquí es viejo y estable, y muy rico en cuanto a diversidad. Es sorprendente la cantidad de especies que medran en este desierto. Y hay un par de seres perfectamente capaces de devorar a un hombre; de hecho, pasa a veces.

El terrestre, que ahora contemplaba cómo un remolino iba de un lado a otro, a capricho del viento, se volvió hacia su interlocutor.

—¿Cuándo llegaremos?

—¿A Estación Ahjmut? Échale día y medio ercundano, tres ciclos; contando con las paradas, claro. Contaba con hacer una en Estación Megazi; allí, aparte de perder algo de tiempo, podríamos dormir en cama y adecentarnos un poco. Pero Rae me ha convencido de que es mejor ir directamente.

—No entiendo por qué mandan una expedición de rescate desde Coliafán y no desde cualquiera de las otras estaciones, que están mucho más cerca.

—Bueno. Podríamos decir que han recurrido a nosotros porque se supone que tenemos más mano izquierda. O que, como hay una cifra máxima para negociar el rescate, la aseguradora tiene miedo de que alguien intercepte las comunicaciones y los nómadas les saquen hasta el último cuarto. Pero, personalmente, yo creo que, andando por medios seguros, esto debe ser una maniobra de la compañía: creo tienen la esperanza de que, mientras llegamos, los nómadas se hayan visto obligados a levantar el cerco.

—Es posible. Y esta parada, ¿de cuánto va a ser?

—Hemos hablado de seis horas.

—¿Seis horas? No es mucho: me voy a tumbar. —Tirando la colilla, sonrió de medio lado—. Soy de los que, si pueden, prefieren estar descansados.

Cigal Fastul se quedó solo. Encendió un cigarrillo y fue a sentarse en una roca cercana, cuidando de permanecer dentro del radio de acción de los sensores. Había

esperado algo más de charla por parte del terrestre y se sentía un poco chasqueado. Él no era de los que se hacían con facilidad a ciertos cambios y le costaba dormirse en sitios y condiciones fuera de lo habitual.

Contempló el sol poniente, calculando que aún había de pasar más de una hora para que comenzase realmente el ocaso. El viento suspiraba entre los médanos, pequeños torbellinos de arena corrían por las laderas y las sombras eran ya largas y oscuras. Un ave solitaria planeaba a poca altura sobre las dunas, al sur. Enfocó en ella su visor, intentando determinar de qué especie se trataba. Luego, en seguida, perdió el interés. Dejó caer el cigarrillo, lo pisoteó y, con un suspiro, fue de mala gana hacia el volador, esperando conciliar el sueño él también.

* * *

Según lo previsto, alcanzaron Estación Ahjmut al cabo de tres semicírculos, pero sólo para verse en mitad en una violenta escaramuza. Ya llegaban sobre aviso, dado que se habían acercado volando bajo sobre los arenales, fuera de la vista, emitiendo mensajes y escuchando el estampido de las explosiones. Habían elegido esa ruta en vez de otras más abiertas para evitar que alguien, divisándoles de lejos y no distinguiendo las cruces rojas, les disparase por error. Y de golpe, al rebasar un amontonamiento de rocas peladas, se encontraron ante Ahjmut. La estación, el campamento de los bandidos, las naves en vuelo; todo apareció allí de repente, ante sus ojos.

Ahjmut, como el resto de estaciones, era una población de reducido tamaño, encerrada por un muro alto, de barro marrón, reforzado por torres anchas y cuadradas, que impedía cualquier vista del interior. Había existido también un diminuto barrio extramuros, unas cuantas casas de adobe, reducido ahora a escombros. A distancia considerable, podía divisarse el campamento nómada: una aglomeración de tiendas hemisféricas, arracimadas sin orden ni concierto. Y, entremedias, se veía revolotear en esos instantes a gran número de voladores.

Aquellas naves, llenas de gente armada, iban y venían por doquier, subiendo, bajando, ejecutando toda clase de piruetas y acrobacias. Con fusiles lanzacohetes montados sobre pivotes, los nómadas disparaban contra la estación y desde allí respondían al fuego, de forma que multitud de centellas incandescentes se entrecruzaban en el aire. Algunas estallaban en vuelo y otras iban a dar en las dunas, alzando surtidores de arena, o alcanzaban la muralla, con gran estruendo.

Uxvel, el bocorce, aterrizó en lo alto de un médano y ellos se apearon para estirar las piernas y valorar la situación. Observaron cómo los voladores nómadas se zambullían y pirueteaban vertiginosamente, esquivando las estelas llameantes que llegaban de la estación. Movido por la costumbre —no en vano trabajaba en la Oficina para Exteriores— Fastul aclaró al terrestre que los muros eran de barro batido, barro mezclado con otros ingredientes para darle gran dureza y resistencia, así

como que estaban protegidos por escudos de fuerza.

A Moa enfocó su visor en la muralla, en la que, a simple vista, podía verse una vibración en el aire más cercano, un temblor que indicaba la presencia de tales escudos. Luego volvió su atención a los nómadas de los voladores, a los grandes visores con que se cubrían los ojos y a la forma de revolotear, como carroñeros, en torno a la estación.

—Buscan huecos. —Fue Rae quien hizo la aclaración—. El sistema de escudos que usan las estaciones es el de un entramado de fuerza, con fuentes múltiples. La red de energía absorbe los impactos y, en medio de una batalla como ésta, hay oscilaciones, sobrecargas y caídas locales.

El apaciguador plantó la culata del fusil en la arena, para apoyar luego ambas manos sobre el cañón.

—Se producen fallas que duran unos pocos segundos y éstos —señaló a las naves en vuelo— andan a la busca de tales huecos. El juego está en prever, mediante los visores, dónde y cuándo se abrirá una brecha de energía, y meter por ahí un proyectil. Porque la verdad es que todo esto no es más que eso, un juego. —Sonrió, mostrando los grandes dientes—. No van a conseguir gran cosa; pero se divierten jugándose la vida, esquivando tiros y logrando muy de tarde en tarde algún que otro blanco.

—Ya. —El terrestre le miró—. ¿Y por qué nos quedamos nosotros aquí?

—Esperaremos a que terminen. Si vamos a negociar con ellos, nos conviene ver cómo va la cosa. Depende del daño que hagan hoy y las bajas que tengan. Un mal resultado les hará un poco más tratables, porque a los jefes les vendrá bien entonces un poco de dinero con el que contentar a los suyos.

Asintiendo, el terrestre se alejó para sentarse en el borde del volador y, luego de encender un cigarrillo, se entretuvo siguiendo las evoluciones aéreas de los nómadas.

Subían y bajaban por el aire azul como en una montaña rusa, los mantos flameando, y aquellos que no estaban ocupados con los lanzacohetes blandían sus fusiles, lanzando gritos estentóreos. En un momento dado, una de las naves resultó tocada de refilón, a unos treinta metros de altura, y cayó echando humo. Bajó con rapidez, dando fuertes bandazos, hasta aterrizar de mala manera en una duna; los ocupantes huyeron todos, ayudándose unos a otros.

Pero aparte de aquello, tal y como le advirtiera el apaciguador, el combate resultó poco más que un tremendo despliegue de fuegos artificiales. Unos cuantos nómadas fueron muertos o heridos en pleno aire por la metralla enemiga y ellos a su vez consiguieron algún que otro impacto en el muro, causando daños menores. Y, al cabo de un tiempo, los voladores comenzaron a retirarse, los tiros fueron espaciándose hasta cesar y, en pocos minutos, el aire en torno a la estación estaba vacío.

Volaron con precaución hasta el campamento de los nómadas, que resultó ser un auténtico maremágnum de desheredados y aventureros, reunidos para aquel golpe.

Tanto Rae como Fastul vestían hopalandas blancas con una cruz roja en la espalda, en tanto que el terrestre y el bocorce usaban brazales con la misma insignia.

Pero aun así y a pesar del respeto que inspiraban los apaciguadores, Fastul no las tuvo nunca mucho consigo. No parecía haber asomo de autoridad o coordinación allí, por lo que se vieron obligados a errar por aquel laberinto de tiendas, abriéndose paso por entre la chusma y teniendo que preguntar en más de una ocasión.

Esa horda ni siquiera tenía un caudillo claro, ya que, cuando al fin pudieron llegar a ellos, se encontraron ante una asamblea de doce jefes. Simples cabecillas de salteadores, desbordados por la magnitud del asunto y que ni siquiera parecían demasiado bien avenidos entre ellos.

La mayoría de ellos pareció sentirse violenta en presencia del apaciguador, en distintas maneras, desde intimidados a claramente hostiles. No les ofrecieron ni aún asiento, aunque Fastul se tomó la cosa más como un descuido, fruto de la confusión, que como una ofensa deliberada. D. Rae, sin inmutarse, apoyó el fusil en el suelo y, las dos manos sobre la boca del cañón, les expuso las razones de su visita, así como la oferta de dinero a cambio de la salida de los universitarios exteriores de la estación.

No esperaban un arreglo inmediato, pero tampoco nadie había creído que ocurriría lo que después vino. Porque cada jefecillo parecía ser de una postura distinta, de la aceptación al rechazo, pasando por la codicia más desenfrenada. Comenzaron a hablarlo y en seguida se habían olvidado de sus visitantes para comenzar a pelearse entre ellos. Gritaban, gesticulaban y los más exaltados se insultaban mientras que los demás se esforzaban en impedir que llegasen a las manos.

Según discutían a gritos, se iba congregando más y más gentío, hasta formar una muchedumbre que se decantaba por una u otra postura, con grandes voces. La disputa subía cada vez más de tono, el escándalo ya era ensordecedor y los bandidos nómadas, nunca muy templados, se enconaban y acaloraban progresivamente en sus posturas.

Entonces D. Rae, que hasta ese momento había permanecido impasible, apoyado en su fusil, echó mano al arma y disparó al aire tres tiros que retumbaron como cañonazos, acallando de golpe aquel guirigay.

—La oferta está hecha —se dirigió a los jefes—. Supongo que os gustará discutirla en privado, con tiempo por medio. Nosotros, entretanto, iremos a la estación para comprobar cuántos de esos exteriores quieren realmente abandonarla. Si no tenéis inconveniente, claro.

Sus interlocutores asintieron, muchos de ellos demasiado sorprendidos como para articular siquiera palabra.

—¡Por Todo, hombre! —Resopló Fastul mientras regresaban al volador—. Creí que se me paraba el corazón. ¿Pero a quién se le ocurre disparar? Ha salido bien, pero lo mismo podían habernos matado a todos.

El apaciguador ni siquiera respondió. Cosmos a Moa agitó lentamente la cabeza.

—No —se opuso—. Esa gentuza estaba a punto de liarse a tiros entre ellos y a saber qué hubiera sido entonces de nosotros. —Se volvió al ercundano—. No sé si sabía lo que hacía o tiene mucha suerte; pero le felicito, hombre: eso les ha calmado

de golpe.

—Así es. No por nada nos llaman los apaciguadores —sonrió entonces Rae, sin poder esconder una cierta satisfacción, antes de descartar el asunto con un ademán—. Y ahora a la estación; por lo menos, este Squities dormimos en blando.

V

NADA EN SU EXTERIOR GEOMÉTRICO permitía intuir qué clase de población se escondía tras los muros de Ahjmut. Así que, cuando rebasaron éstos en vuelo rasante, Cosmos a Moa no pudo reprimir una exclamación y, agarrándose al borde del volador, asomarse abajo. Asombrado, contempló el caos que se había abierto de repente bajo ellos: la aglomeración de viviendas, apiladas sin ton ni son; el laberinto de patios, escaleras, pasajes, a distintos niveles; el hervidero de gentes, ocupando hasta el último palmo de terreno.

—¡Magna Gaia...! —Se inclinó aún más, atónito—. Pero si esto es un maldito hormiguero...

—Un hormiguero humano, sí; es una comparación frecuente —sonrió Fastul—. Y esto no es nada al lado de Estación Acay: eso es ya... bueno, no hay palabras que puedan describirlo.

Sobrevolando patios y azoteas, la nave enfiló hacia la sede del gobernador: un edificio alto y cuadrado, en el mismo centro de la población, que sobresalía como un arrecife entre aquel maremágnun urbanístico.

—Si un volador se estrellase aquí... —especuló el terrestre.

—Está prohibido sobrevolar la estación. Nosotros tenemos permiso en atención a las circunstancias y a que está con nosotros un apaciguador.

Apenas aterrizaron en una de las plataformas, les salió al encuentro un grupo de soldados de modales truculentos, armados y uniformados más bien irregular mente, para guiarles sin demora a presencia del gobernador.

Éste les dio audiencia en una estancia amplia y umbría, de paredes de piedra desnuda, hermoseedada con alfombras y tapices de ricos colores, y guarnida por muebles de bronce bruñido. El propio gobernador era un hombre alto y de cierta edad que, como muchos de sus iguales, estaba bien entrado en carnes, pues entre algunas clases sociales del planeta se consideraba que la gordura era atributo de dignidad y grandeza.

Estaba al tanto de los motivos de su viaje y durante la entrevista, no muy larga, no mostró ninguna preocupación por el asedio de los nómadas. Sin embargo, tratando con disimulo de descifrar aquel rostro redondo, Fastul no supo si tal postura era real o fingida. Pero lo cierto es que su actitud fue en todo momento calmosa y sólo mostró una pizca de interés cuando el terrestre le pidió permiso para realizar unas cuantas investigaciones.

—Por supuesto —concedió con un ademán regio—. Adelante y, por favor, no se olvide de tenernos al tanto.

Con eso les despidió y uno de sus secretarios, un sujeto inclasificable con aspecto de matón, les acompañó para introducir sus datos en los sistemas de seguridad, así como para cerciorarse de que se les daba alojamiento. Hecho lo cual se marchó, desentendiéndose de ellos.

Tras instalarse, abandonaron la sede por una de las puertas inferiores, a ras de suelo, y allí fue donde el terrestre se encontró de veras con Estación Ahjmut. Fastul, de soslayo, llegó a ver cómo fruncía la nariz ante los aromas de la estación, fuertes y característicos. Un olor espeso, fruto de la multitud y la cerrazón; no especialmente ofensivo, pero sí turbador para alguien que, como el terrestre, era hijo de una de las muchas culturas humanas que rechazan cualquier olor ajeno.

Más allá de las puertas arrancaba un túnel irregular y no muy amplio, creado por la simple acumulación de construcciones a ambos lados y arriba, de forma que por todas partes se abrían otros pasadizos, puertas, ventanas, patios, pozos de ventilación, escaleras. El aire tenía una cualidad reseca, densa y estancada, y al mirar se veía un océano de motas polvorientas flotando al trasluz. A trechos, dedos de llama bailoteaban dentro de esferas cristalinas, salpicando la penumbra de medias luces ambarinas y temblonas.

—¿Luz de gas? —aventuró el terrestre.— Limpia y barata —justificó Fastul. Los materiales de construcción eran el adobe, el ladrillo y el barro batido sin revocar, dando a los pasajes un sin fin de tonalidades ocre y parduscas. La gente que transitaba por aquella red de túneles era una amalgama de naturales de la estación y nómadas, reconocibles estos últimos por sus mantos y monteras, con el aporte de unos cuantos terranos y exteriores, y algún antarace.

Mirando a un lado y otro, el terrestre casi no vio cómo los demás se detenían al pie de una escalera de bajada, tan oscura y angosta que casi pasaba desapercibida. Allí Uxvel, el bocorce, se desviaba.

—Me voy por aquí —dijo sencillamente—. A más ver. Contemplanon cómo descendía con el equipaje al hombro, ya que había rehusado alojarse en la sede, y en un instante había desaparecido peldaños abajo.

—Hablador el amigo —comentó con sorna Fastul. Por toda respuesta, Rae se encogió de hombros, dando a entender que cada uno era como era. Luego, en seguida, él mismo se separó. Fue al llegar a un patio con forma de embudo que subía hasta el aire libre, en niveles progresivamente más amplios; allí Fastul y a Moa tomaban por una escalera, hacia arriba, mientras que él seguía de frente.— Tengo un par de bodas que arreglar —explicó, a modo de despedida—. Ya nos veremos.

Y, con un saludo fugaz de la mano, se fue túnel adelante. Los otros dos acometieron el ascenso, echando alguna que otra ojeada al cielo azul y brillante sobre sus cabezas. — ¿Bodas?— preguntó el terrestre—. ¿Bodas? —Sí. Verás: los Apaciguadores surgieron precisamente aquí, en el desierto. El sentimiento de grupo es muy fuerte entre los nómadas, casi exagerado: sienten la mayor repugnancia a que un extraño pueda ponerle la mano encima a sus parientes. Así que los asesinos y criminales podían siempre confiar en refugiarse entre los suyos.

Éstos les amparaban a toda costa, no importa qué hubieran hecho, y las guerras de tribu y las venganzas de sangre estaban a la orden del día. Por eso aparecieron los Apaciguadores; para, al menos, suavizar un poco tal caos.

—¿Y qué tiene que ver eso con las bodas?

—Los apaciguadores, que antiguamente se reclutaban entre gente de estación, hacían bastante más que perseguir a delincuentes. Eran una asociación creada para intervenir siempre que estuvieran en juego los intereses de más de un grupo tribal. Robos y muertes, desde luego, pero también pozos, rutas, tratos. Y matrimonios. Ni te imaginas lo complejos que pueden llegar a ser los asuntos de dote y divorcio, por no hablar de las relaciones mal vistas por las respectivas parentelas. Dan más quebraderos de cabeza, y son quizás más peligrosas, para la paz que los propios bandoleros.

Mostró las palmas para resumir.

—Con el tiempo, cuando los Apaciguadores ampliaron su radio de acción a todo el planeta, no hubo motivo alguno para que no conservasen esas viejas atribuciones... así que ahí los tienes, persiguiendo delincuentes y arreglando bodas.

—¡Mitad policías, mitad casamenteros! —se carcajeó a Moa—. Desde luego que es verdad que en el universo se encuentra de todo. No me digas que no es de lo más folklórico...

—No —se opuso Fastul con gesto sobrio—. Al menos, no más que los jueces-verdugo de Chirma VII o los asesinos institucionales de Corm Ettoe. Y, por cierto, los capuchas rojas no son más que una vieja escisión de los apaciguadores.

—Pero si éstos son asesinos a sueldo.

—Matan por una cantidad, que no es lo mismo. Responden a la misma necesidad de gente al margen de los grupos tribales, para evitar que algunos conflictos rebasen ciertos límites. Un capucha roja nunca usará veneno, ni te pondrá, por ejemplo, una bomba.

—Ya. Pero se presentarán tres o cuatro —sonrió el terrestre— y te freirán a tiros.

—Eso sí —admitió Fastul con otra sonrisa—. Perfectamente.

Se detuvieron y el terrestre sacó un cigarrillo casi sin pensar. Habían llegado al nivel superior, a las calles a cielo abierto que serpenteaban a lo largo de toda la estación, subiendo y bajando entre patios abiertos, azoteas y tejados.

—Yo me voy al albergue de los antropólogos éstos. —Fastul hizo un gesto vago—. Por ahí.

—Entonces aquí nos separamos.

—¿Seguro que sabrás orientarte?

El otro asintió, tentándose el visor para dar a entender que había cargado en memoria el plano del lugar, pudiendo así convocarlo ante sus ojos siempre que lo necesitase.

—Sin problema. Esta noche nos vemos.

—Este Squities.

—Como se llame.

El nocturno siguiente, Cigal Fastul fue a los niveles medios de la estación, a pasear por aquel dédalo de adobe y ladrillo. Tras localizar a los universitarios de

Mundo Erna —una decena de hombres y mujeres, de muy diversas edades y temperamentos—, había estado hablando con ellos cerca de dos horas, o más bien oyéndoles discutir. Unos querían dejar la estación, mientras que otros preferían quedarse y aprovechar la ocasión para hacer estudios complementarios. Y, como muchos eran partidarios de seguir todos juntos, no habían llegado a ningún acuerdo. Así que al final, viendo que aquello iba para largo, Fastul se había marchado, dejando dicho que ya volvería en busca de una respuesta definitiva.

Deambulando, llegó a uno de esos inclasificables espacios, como una plaza interior, fruto de la confluencia de varios pasadizos. Había dos niveles de suelo y cuatro de techo y, si en un extremo se encontraba una estatua de piedra —una deidad del desierto ante la que ardían multitud de velas—, en el otro se abrían los vanos de media docena de tiendas, mostrando diversos géneros.

Atravesó por en medio, las manos en las mangas de su hopalanda roja y mostaza, y entonces fue cuando oyó cómo alguien le llamaba: «Sig, Sig».

Sorprendido de que alguien allí conociese el diminutivo de su nombre de pila, Cigal, se volvió con viveza y, tras un instante se detuvo boquiabierto, viendo que se trataba de Bilgrum, que le sonreía entre el ir y venir de la gente.

—Soy yo: Dos —se apresuró a advertirle ella—. No me mires así, hombre.

—Ah, Dos. Perdona. —Intentó recobrar la compostura, oyendo que se trataba de Bilgrum², una de las hermanas clónicas de Bilgrum³, su Bilgrum, que no podía estar allí—. Supongo que se me ha puesto cara de tonto.

—Bueno, un poco —admitió ella, echándose a reír.

Él quiso corresponder con una mueca. Las cinco hermanas eran como imágenes especulares, imposibles de diferenciar, y ellas se enorgullecían de ello. Se peinaban y vestían de igual manera, mostraban los mismos gestos y modos, e incluso rectificaban quirúrgicamente cualquier pequeña señal —un lunar, una marca— que pudiera aparecer para distinguirlas. Lo sabían todo unas de otras, se lo contaban todo y Fastul tenía más que una vaga sospecha de que lo compartían todo.

—Desde luego —articuló un poco a su pesar—, es que sois como gotas de agua.

Ella le sonrió, tomandoselo como un cumplido. Lucía un atuendo recargado y totalmente negro que combinaba brillos y mates; un ropaje de clara inspiración terrana, con una gola de encajes blancos al cuello. Llevaba montones de anillos en todos los dedos y de sus orejas colgaban unos grandes pendientes, como lagrimones de oro, que relucían al menor gesto. Fastul se fijó en ellos porque Bilgrum tenía unos exactamente iguales, o quizás se trataba de los mismos.

—¿Pero qué haces tú aquí?

—Trabajo; asuntos oficiales, ya sabes: una de esas naderías que hay que resolver en persona. Estaba a punto ya de volverme cuando me pilló todo esto. —Hizo un gesto de fastidio—. Así que aquí me tienes... A ti no voy a preguntarte, ya sé que estás aquí por lo de esos exteriores.

—Como esto es tan grande... —Sonrió burlonamente—. La llegada de vuestro

volador has sido una verdadera noticia.

Fastul asintió y, volviendo a introducir las manos en las mangas, echó una larga mirada circular, observando a la gente que se entrecruzaba en todas direcciones.

—Estaba dando un paseo —comentó luego, por decir algo.

—Y yo. ¡Esto es tan aburrido! —Otro mohín—. Me habían dicho que por aquí cerca había un mercadillo de joyas; pero llevo un buen rato dando vueltas sin encontrar nada que se le parezca.

—Si es lo que yo creo, está aquí al lado. Pero ahí no hay más que bisutería.

—Mejor aún. Nos encanta la chatarra. ¿Me llevas?

—Pues claro.

Ella se le colgó del brazo y el gesto le resultó tan familiar, tan idéntico, que Fastul no pudo reprimir una sensación de lo más extraña que le subió a oleadas por la espalda.

—Y para que te enteres —le reconvino, tratando de ocultar su turbación—, Estación Ahjmut puede ser cualquier cosa menos aburrida.

—Bueeno, tú ya me entiendes. Ya sabes lo poco que nos gusta estar separadas mucho tiempo.

Él asintió, pensativo. Pese a estar ya acostumbrado, aquella manera que tenían ellas de hablar sobre sí mismas, el uso de esas formas intermedias entre el singular y el plural, no dejaban nunca de causarle cierta desazón.

—¿Cómo es que conoces tan bien la Ahjmut? —le estaba preguntando ella.

—Hace años, al entrar en la Oficina, me destinaron al desierto. Me pasé casi cinco años de estación en estación, atendiendo a exteriores en apuros.

—Anda, eso nos no lo sabíamos.

—Por aquí.

La condujo por un pasaje largo y angosto hasta un fondo de saco, una verdadera cueva entre paredes de adobe pardusco, donde las únicas luces eran las portátiles de los vendedores. Había como una docena de ellos, desplegando sus artículos sobre mesas o mantas, además de unos cuantos compradores y un grupito de sujetos acucillados en corro alrededor de una lámpara. Fastul les echó una ojeada suspicaz, antes de catalogarles como jugadores y olvidarse de ellos. Bilgrum2 se había detenido a la entrada, observando con alguna cautela aquel agujero oscuro, cálido, cargado de olores.

—El sitio es de lo más cutre, pero no hay nada que temer. No vayas a asustarte.

—¿Asustarme? ¿Quién, yo? ¡Pero qué tontería! —rechazó ella sonriendo, con una luz de burla en los ojos.

De las cinco hermanas clónicas, Fastul consideraba a Dos la más aplomada, así como a Una la tenía por la más abierta y a Cinco por la más sibilina. Aquél era un hábito que había adquirido casi desde el comienzo de su relación con Bilgrum: estudiarlas siempre que tenía oportunidad, tratar de reconocer los pequeños matices que pudieran diferenciarlas a unas de otras, siempre dentro de esa identidad común

que parecían compartir.

Ella, yendo de un puesto a otro, acabó por detenerse ante la mesita de un vendedor muy alto, vestido de rojo y blanco, y con el rostro embozado. Recorrió de vista el género, palpó y sopesó algunas piezas y al cabo fue a interesarse por una pulsera de cobre labrado.

—Cinco créditos federales —dijo el vendedor.

—¡Qué barbaridad...! —se escandalizó ella, haciendo rodar la alhaja entre los dedos.

Y acto seguido se enzarzaron en uno de esos regateos que tanto gustan a unos y que tanto azaran o aburren a otros. Fastul se desinteresó de aquel tira y afloja para mirar en torno, a la oscuridad caldeada, salpicada de resplandores, que les rodeaba. Se entretuvo en los personajes allí presentes, en la variedad humana, tan propia del desierto y las estaciones, y no pudo evitar una punzada, algo de añoranza por otros tiempos. Pero en seguida, rechazando esos sentimientos, se volvió de nuevo hacia la mesa, donde parecían haber llegado a un principio de acuerdo.

—Pero quiero cinco —matizaba en esos momentos ella—. Cinco.

—¿Cómo cinco? —El vendedor agitó molesto la cabeza, haciendo ondear su velo—. ¿Cinco iguales? ¿Pero es que te has creído que somos una fábrica?

—Es que ella pertenece a un grupo clónico —intervino Fastul—. Son cinco hermanas.

—Ah. —Un relámpago de interés prendió en los ojos del otro—. Sí, he oído hablar de gente así.

—Y nos necesitamos cinco iguales.

—Pero eso no es posible, reina: cada trabajo es único. —El hombre alto meneó la cabeza, ahora pensativo—. Yo no soy más que un vendedor y, la verdad, no sé qué dirían los orfebres si...

—Entonces, ¿es posible?

—Podría plantearles el encargo. Son gente rígida, pero tratándose de un caso tan especial, quizás accedieran. No sé, no sé.

—Anda, habla con ellos.

—Me va a llegar su tiempo.

—Yo saldré de Ahjmut en cuanto pueda, pero te daré la dirección de unos amigos: ellos se harán cargo y me lo enviarán. Te dejaré también una señal en efectivo, claro.

—Eso último no es necesario —rechazó con altivez. Luego, tras dudar un instante, carraspeó—. No quisiera ser indiscreto, ni ofensivo, pero tengo una curiosidad: me gustaría saber qué se siente al ser así, de esa forma.

—Quiero decir, ¿cómo es ser uno y varios a la vez? Si es que puede saberse.

—No se siente nada en particular; después de todo, siempre he sido así.

Ahora era el hombre velado el que la miraba sin entender y ella rompió de repente a reír.

—Pero vamos a ver, hombre —amplió—. Es como si yo te preguntara a ti que qué sientes siendo como eres, una persona única y aislada. ¿Qué podrías sentir al respecto si nunca has sido de otra forma? Nada: para ti es lo normal.

—Ah. —El otro agitó solemnemente la cabeza—. Desde luego, qué tontería.

Ella aún echó un último vistazo por el resto de puestos, sin encontrar nada que le interesase. Luego, una vez que volvieron a la atmósfera algo menos cargada de los pasadizos principales, se detuvo en mitad de la riada humana.

—Anda —le dijo—, llévame a alguna taberna de aquí; a alguna de las de verdad. No sabes lo harta que estoy de bares para exteriores.

—Había un par de sitios por aquí cerca —trató de hacer memoria—. Cuando yo estaba destinado en el desierto, estaban bastante bien. Pero hace años de eso.

Se interrumpió al distinguir a alguien entre la gente; un nómada que, a su vez, les estaba mirando. Se trataba de Uxvel, su piloto bocorce, que ya se les aproximaba a largos trancos. Hizo una seña con la cabeza, un saludo al que Fastul respondió perplejo, ya que sabía lo claramente que distinguían los bocorces entre amistades y conocidos por necesidad, trabajo, etc. —de hecho, tenían una veintena de palabras específicas para designar a estos segundos—, así como que no solían cultivar este tipo de relaciones más allá de lo meramente imprescindible.

—Estaba dando una vuelta —se dirigió a él, ignorando por completo a Bilgrum2— y te he visto por casualidad.

—Ah. —Fastul asintió, como si eso lo explicase todo.

—He oído que Arnasse anda buscando a ese amigo tuyo, el exterior que venía con nosotros...

—¿Arnasse? —le interrumpió alarmado—. ¿Arnasse el capucha roja?

—Arnasse capucha roja, sí. Eso he oído.

—¡Por...!

—Yo sólo pasaba por aquí —insistió cuidadosamente el nómada, como si aquello fuera de la máxima importancia—. Cuando me lo contaron, por supuesto, decidí no hacer nada; yo no me meto en nada que no sea lo mío. Si ahora te lo digo a ti es porque nos hemos encontrado de casualidad y ocultártelo sería, en cierta forma, tomar parte. Y yo ni quito ni pongo en los asuntos ajenos.

—Sí, vale. —Fastul zanjó aquello con un gesto, antes de despedirse, evitando cuidadosamente dar las gracias—. Muy bien, tendrás que perdonarme pero...

—Claro, yo también tengo negocios que atender. Hasta luego —y, girándose, se sumergió en la corriente humana que fluía por los pasillos.

Fastul se olvidó en seguida de él para volverse hacia Bilgrum2. Ésta por su parte, que había estado contemplando con antipatía al nómada —sin duda molesta por aquellos modales, a su juicio, tan groseros—, le observaba ahora a él con una curiosidad desbocada.

—¿Cosmos a Moa? —se interesó, sin poder contenerse—. ¿Era de él de quién hablaba ese paleta?

—Sí. —A su vez, la miró de hito en hito, preguntándose una vez más cuál sería la relación de ellas con todo aquel asunto. Pero en seguida descartó cualquier especulación—. Escucha, se encuentra en un serio peligro y será mejor que me vaya corriendo a ver si le encuentro. Tengo que dejarte.

—Sig, ten cuidado. —Ella le retuvo por un codo. Había ahora preocupación en sus ojos y de nuevo aquel gesto le fue tan familiar que no pudo evitar otro escalofrío—. No te metas en problemas que ni te van ni te vienen.

—Éste sí que me va y me viene. —Le palmeó la mano, antes de apartársela—. Por lo menos tengo que avisarle. Así que hasta luego; tengo que encontrarle antes de que sea tarde.

El Squities anterior, a Moa le había hablado superficialmente de sus investigaciones. Parecía ser que los bandidos habían tenido algún tipo de ayuda dentro de la estación; amigos gracias a los que estuvieron a punto de apoderarse de una de las puertas del lugar y, por tanto, de parte de los almacenes de mercancías: el verdadero objetivo del asalto, ya que aquella chusma no podía soñar con adueñarse de la estación entera. Y el terrestre, por algún motivo, sospechaba que Muna tenía algo que ver con tal intentona, frustrada por los pelos.

A cómo y por qué estaba Muna conectado con todo aquel asunto, así como a las fuentes de su información, a Moa había evitado referirse con claridad. Aunque, respecto a lo segundo, Fastul sospechaba que sus informadores eran terranos, ya que algunos grupos de éstos estaban tan conectados con la Tierra que no podían ser considerados otra cosa que agentes suyos.

A petición del terrestre, Fastul le había orientado sobre qué tugurios solían frecuentar los soldados de la guarnición, ya que quería ampliar sus investigaciones entre ellos. Quizás, suponía éste, aquél pensaba hacerles unas cuantas de esas preguntas, extrañas e inconexas, que tanto habían llamado la atención entre los burócratas de Coliafán. Por eso mismo, recordándolo, se dirigió sin demora hacia los niveles inferiores, esperando encontrarle en alguno de los sitios que él mismo le había recomendado.

Estuvo en uno, luego en otro, y en el tercero le encontró. Fue en un antro muy amplio y oscuro, lleno de recovecos, con techos bajos sujetos por pilastras de piedra y a esas horas abarrotado de clientes, puterío y soldadesca sobre todo. Sonaba una música estruendosa y sincopada, y un par de mujeres, subidas a pilares, se contorsionaban con violencia, intentando seguir aquellos ritmos machacones.

Se abrió paso entre la concurrencia. Aquellos mercenarios eran en su mayoría ercundanos de otras partes del planeta, además de antaraces, terranos y exteriores de un centenar de mundos, y se armaban y vestían todos bastante a la libera, un poco cada uno a su manera. Al igual que en otros cuerpos semejantes, como en casi cualquier profesión fronteriza, había allí aventureros, malhechores, fugitivos, desesperados, románticos y náufragos de catástrofes personales, además de algunos tipos tan notables como difíciles de encasillar.

Y junto a uno de esta última clase, encontró por fin al terrestre. Se hallaba charlando con un sujeto alto, de sienes grises, elegante incluso con aquellas ropas arrugadas y una sombra de barba en las mejillas; un oficial táctico, un Primer Lugarteniente, a juzgar por sus galones. Fastul le imaginó nativo de alguna cultura refinada y ritual, y le supuso hombre de éxito en ella, ya que sus modales eran de una naturalidad envidiable, sin sombra de afectación. También debía ser hombre reservado y de recursos, puesto que había suprimido de sus maneras cualquier gesto característico, dificultando así un hipotético rastreo de su cultura de origen.

El terrestre, advirtiendo su presencia, le saludó con la mano, antes de señalarle con el índice y darle así a entender que se reuniría en seguida con él. Fastul asintió y, apartando los ojos de ellos, echó una ojeada a la semioscuridad ruidosa, laminada por capas de humo azulado. Metió una tarjeta de pago en una de las cocteleras automátatas y ésta le despachó un trago de alcohol frío. Dando un sorbo, observó sin gran interés los frenéticos meneos de las bailarinas y, con una negativa de cabeza y una sonrisa, desanimó a una de las chicas del local cuando ésta hizo amago de entablar contacto.

El oficial y a Moa se estrecharon la mano, despidiéndose, y el segundo se abrió paso hasta Cigal Fastul. Éste hizo un gesto en dirección a la salida y el otro asintió.

—Hay un capucha roja buscándote —le dijo sin mayor preámbulo.

Los rasgos del terrestre, casi siempre un poco tensos, se crisparon un ápice más. Maquinalmente, se buscó por los bolsillos hasta encontrar el tabaco.

—Un capucha roja... —Sacó un cigarrillo—. Bien, ¿qué más?

—No conozco detalles. —Fastul dio énfasis a estas palabras con la mano—. Hace un rato, me encontré con Uxvel y fue él quien me lo dijo. Arnasse, el capucha roja, te busca para matarte... ya tendrás tiempo para indagar quién y por qué le ha pagado, si es que sales de ésta. Ahora lo que importa es que estás en un serio peligro.

—¿Arnasse? —A Moa había fruncido aún un poco más los labios—. ¿Es que esos capuchas rojas van dejando por ahí su tarjeta?

—Algunos sí. Arnasse es uno de ellos. Es un capucha roja de lo más famoso, una leyenda viva en las estaciones. Trabaja siempre solo y de la misma manera: se acerca a sus víctimas de frente, pistola en mano, y les grita que es Arnasse. Ha matado a mucha gente. Si da contigo, tendrás que arreglártelas por tu cuenta: son las reglas del juego. —Hizo una pausa y se pasó los dedos entreabiertos por el cabello, pensando—. Tenemos que llegar a la sede del gobernador; allí estarás a salvo.

Le guió pasillo adelante, luego por otro lateral, más estrecho, y por fin por unas escaleras que desembocaban a un túnel mucho más amplio. El terrestre, con el gesto torcido, se detuvo a valorar aquella especie de avenida interior. El techo que desaparecía entre sombras, casi a tres pisos de altura. Las columnas abombadas que corrían en dos filas paralelas, todo a lo largo. Las luces tenues del gas, las estatuas de piedra, las bocas de otros pasadizos. La gente que transitaba en la penumbra, en ambas direcciones.

—¿Es ésta la ruta más rápida para llegar a la sede?

—Sí.

—Vamos por otro lado.

—Sé que es la más obvia —quiso objetar Fastul— y que un asesino puede ocultarse mejor entre la multitud. Pero creo que es más seguro un sitio amplio, con vías de escape...

—No, no tiene nada que ver. —A Moa, con un gesto impaciente, le cortó de raíz—. Pero vamos por otro camino.

Se produjo un repentino revuelo entre la gente, muy cerca de ellos. Fastul se volvió alarmado, el terrestre echó mano bajo la sahariana. Los viandantes gritaban y se dispersaban en todas direcciones, y en seguida vieron a un hombre vestido de negro, con una capucha roja y un visor sobre la cabeza, que se dirigía hacia ellos entre la desbandada general.

—¡Soy Arnasse! —gritó, pistola en mano.

Fastul dio un salto, apartándose de la línea de fuego, tropezó con alguien acurrucado al pie de una columna y él mismo acabó tirándose al suelo. El terrestre, por su parte, no hizo ni amago de cubrirse y, empuñando a su vez su pistola, salió al encuentro del capucha roja.

Se enfrentaron a varios metros de distancia, disparando sus armas y moviéndose en diagonal el uno respecto del otro. Los estampidos resonaban como cañonazos en aquel espacio interior, amplio pero cerrado, y en alguna parte una mujer comenzó a chillar. Luego, el capucha roja pareció resbalar y caerse de bruces; quedó tendido boca abajo, despatarrado, y ya no se movió.

Se hizo de repente un silencio; los ecos de los últimos tiros se alejaban amortiguándose entre las columnas y se desvanecieron poco a poco. Los presentes empezaron a levantarse, a hablar entre ellos, mientras otra gente, que había estado más lejos, llegaba corriendo a ver qué había pasado. Incorporándose a su vez, Fastul se abrió paso a empujones hasta llegar junto al capucha roja caído.

Enfocó en él su visor, sólo para constatar que había muerto. Se acuclilló luego para observarlo, reparando en sus ropas urbanas, así como en que aún tenía la pistola entre los dedos. Sin saber muy bien por qué, tal como solía sucederle, se sintió impresionado por esa inmovilidad que parece delatar la presencia de la muerte; esa ausencia de un algo sin nombre que convierte a lo que fuera una persona en poco más que un monigote de carne y hueso.

Cosmos a Moa aún estaba a unos pasos, sin acercarse. Desde el suelo, Fastul se fijó en aquel personaje de aspecto sombrío, en sus ropas negras y oscuras. Había perdido su cigarrillo en el tiroteo y se estaba poniendo ahora otro entre los labios; lo hacía con la zurda, puesto que él también empuñaba todavía la pistola. Entonces le vio aflojarse una pizca el nudo de la corbata; pero fue un gesto mecánico, un tic, más que otra cosa.

Fastul se puso en pie y echó un nuevo vistazo al muerto. Durante largo tiempo recordaría lo que aquel matador a sueldo había gritado al aparecer; no las palabras en

sí, sino el tono en que las pronunció, que fue lo que logró calarle, llevándole a pensar una y otra vez en ellas. Porque en aquel «¡Soy Arnasse!», latía un orgullo instintivo, un sentido de pertenencia, como el que se podía detectar en el «soy bocorce» o «soy masfulii» de un nómada, o en el mismo a Moa cuando afirmaba «soy terrestre».

Alguien le tiró de la manga, distrayéndole. Se volvió para encontrarse ante una mujer envuelta en ropas escarlatas y negras, con el rostro surcado por franjas anchas e irregulares de color rojo. Escudriñó ese semblante en la penumbra, incapaz de decidir a qué grupo social o tribal podía pertenecer.

—¿Quién es tu amigo? —y, viéndole dudar, añadió—. Ha matado al famoso Arnasse.

—Se llama Cosmos a Moa. Es de la Tierra.

—De la Tierra... —se hizo eco ella, antes de insistir, señalando al cadáver—. Era un gran matador, mató a muchos hombres.

Fastul titubeó de nuevo, no sabiendo si responder. Extrañas criaturas humanas merodeaban por Ercunda, sobre todo durante los nocturnos, y lo más prudente era evitar contactos inciertos, aunque fueran casuales. Pero aquel rostro moreno, atigrado en rojo, le resultaba demasiado atractivo como para retraerse sin contestar.

—Lo sé. Mi amigo también es un gran matador. Y a todos les llega la hora.

—Incluso a los mejores.

—Sobre todo a los mejores. De la de los demás, nadie se acuerda.

Entonces ella le miró a los ojos, cogida por sorpresa. Pareció insegura de repente y, tras un instante, le dedicó una de esas pequeñas venias —combinación de movimiento de cuerpo y ademanes— que entre las mujeres de Ercunda podían suplir a ciertas frases de cortesía. Éste era un gesto de despedida; se retiró a través de la gente y en seguida se perdió de vista entre la muchedumbre que no paraba de agolparse alrededor.

La buscó con los ojos unos instantes, en vano. Entonces, desistiendo, regresó con Cosmos a Moa, que le miraba a su vez con cierta curiosidad.

—Vámonos. Te llevaré a la sede.

—¿Y qué pasa con esto?

—Podemos dejarlo estar. —Señaló con la cabeza hacia el muerto, oculto tras un anillo de mirones—. Nadie va a tocar el cuerpo. No, a no ser que quieran recibir una visita de capuchas rojas: forman una asociación bastante laxa, pero te aseguro que son de lo más contundentes en este aspecto.

—Él no me importa un pimiento. Lo que quiero saber es si no tendré algún problema con la seguridad local.

—Ninguno. A ver si te lo metes de una vez en la cabeza: los asuntos de esta clase están fuera de su jurisdicción.

El terrestre, la cabeza ladeada y los ojos ocultos por el visor, se le quedó mirando. Luego, dejando escapar una gran humareda blanca, se encogió de hombros.

—Muy bien —admitió—. Vámonos entonces.

Ese Miquiníes —el periodo que va del nocturno al diurno, tal como el Squities media entre el diurno y el nocturno—, Fastul y a Moa se encontraban en la cantina de la seda. Se trataba de un local amplio, con paredes de adobe marrón, luces tenues y mobiliario de piedra, metal y cuero. Había escasa concurrencia durante esas horas de sueño; tan sólo unos cuantos soldados y funcionarios sentados desgánadamente ante tazas humeantes, esperando el momento de entrar de guardia.

La atmósfera era somnolienta y las conversaciones casi inexistentes, así que todos levantaron la cabeza cuando D. Rae, el apaciguador, irrumpió en el local y, tras escudriñar desde la puerta, se dirigió hacia ellos con largas zancadas. La hopalanda negra y holgada ondeaba a cada paso y su expresión no resultaba demasiado amistosa.

Según se acercaba, Fastul contempló con cierta aprensión a ese gigante renegrido de pelo blanco y ojos siempre ocultos por el visor. Sin embargo, el apaciguador le ignoró por completo, encarándose en cambio con el terrestre. Se quedó allí de pie unos momentos, mirándole; luego, apoyando el fusil en el borde de la mesa, tomó asiento antes de hablar.

—Usted —le dijo con un tono que indicaba contención—: me parece que nos ha estado mintiendo.

—Yo no he mentado a nadie —replicó el otro, sin dejarse amilanar—. Mida sus palabras... y no me importa cuán poderoso pueda ser aquí.

—Nos ha ocultado información; información valiosa. Eso, aquí, equivale a una mentira. En la Tierra, no sé.

—No, en la Tierra no.

Se miraron de hito en hito. El apaciguador parecía a punto de estallar y el terrestre, quizás pensando que se le había ido la mano, se echó atrás en su asiento para aliviar algo la tensión.

—Vamos a ver —concedió—. ¿Qué es lo que pasa?

—Pasa que otros apaciguadores, además de mí mismo, se han interesado por Gruu Muna. Hemos estado indagando y no crea que no nos hemos fijado en la forma tan curiosa que tiene usted de llevar su investigación. Aquí hay algo raro y queremos saber de qué se trata. —Alzó la palma, viendo que el otro se disponía a responder—. No, espere un segundo. Queremos respuestas y las queremos ya; de lo contrario, aténgase a las consecuencias.

—¿Qué consecuencias? —La expresión de a Moa era ahora francamente tenebrosa.

—Saldrá del planeta en la primera nave de pasaje. —Le escrutó, molesto—. Oiga, ¿no habrá pensado que nosotros...? ¿Pero por quién nos ha tomado?

—Es exterior, Rae —intentó mediar Fastul—; hay cosas que no sabe y, en lo poco que lleva aquí, ya se ha topado con la S.P. y los capuchas rojas. —Se volvió hacia el terrestre—. Mira, Cosmos: los apaciguadores tienen algunos principios muy rígidos y hay cosas que no hacen, nunca.

—Nunca —dijo como en un eco Rae—. A ese tal Gruu Muna se le persigue aquí sólo porque el gobierno de Tani Xuoc IV, para el que usted trabaja, ha cursado una orden de busca y captura. En Ercunda, que se sepa, no ha cometido delito alguno; así que será mejor que lo cuente todo, en caso de que haya algo por saber.

El terrestre se le quedó mirando con las manos sobre la mesa, una encima de otra. Fastul buscó en su hopalanda roja y azafranada, que estaba sobre el respaldo de una silla, hasta dar con su paquete de cigarrillo. Ofreció uno a Moa y éste lo aceptó, tomándose el tiempo de encenderlo, así como una primera calada, para reflexionar.

—Muy bien —admitió, contemplándoles a través de las volutas de humo—. El problema con Gruu Muna es que no es humano o que, al menos, tiene muy poco de tal.

—No veo que eso sea un crimen —objetó D. Rae.

—Claro que no. Pero es que no me ha entendido: Muna es el producto de un experimento, creado en laboratorio a partir de genoma originalmente humano.

—¿Trashumanos? —Fastul resopló—. Pero esos experimentos son ilegales en la Federación.

—Los poderosos prohíben con una mano lo que hacen con la otra. —El terrestre se permitió una risita desagradable—. Eso, si no dictan leyes interplanetarias que lo único que buscan es impedir a los demás que hagan lo mismo que ellos ya hicieron. Pero, volviendo a Muna...

—No, un instante. —El apaciguador se puso en pie. Su gesto se había aclarado un tanto, vencido ya por la curiosidad, una de sus mayores debilidades—. Vamos a tomar algo.

El terrestre rechazó con un gesto en tanto que Fastul asentía, mostrando su vaso vacío. Rae detuvo a éste cuando ya se llevaba la mano al bolsillo.

—No, es igual, pago yo.

Fue hasta el despacho autómatas y regresó en seguida con el vaso de aguardiente, así como con una taza de café negro y humeante. Se llevó esta última a los labios.

—Uno de los mayores logros humanos —aprobo—. Bueno, entonces Muna...

—Exteriormente, puede pasar por un ser humano corriente y moliente. Es por dentro que... —Hizo rodar el cigarrillo entre los dedos, como escogiendo palabras—. Tiene un cerebro de tres lóbulos en vez dos, que es lo común. Su forma de pensar nos es totalmente ajena, no se parece a nada que podamos siquiera imaginar, y posee algunas habilidades totalmente inhumanas.

Fumó y los otros no dijeron nada, esperando que prosiguiera.

—De alguna forma, se supone que gracias a ese cerebro trilobulado, Muna es capaz de analizar e integrar el pasado y el presente, o al menos las porciones de estos que tiene delante, y obtener así unas progresiones de futuro.

—¿Eso qué significa? —Rae le miró por encima de la taza—. ¿Que es capaz de ver el futuro?

—No, pero sí de preverlo: no es ningún hechicero. Es capaz de anticipar los

futuros posibles en función de los distintos factores y, lo que es más importante, de reconocer qué factores son clave de cara a esos futuros; de esa forma, puede actuar sobre ellos y provocar que el curso de los acontecimientos sea uno u otro.

—Aaah. —El apaciguador se echó atrás—. Hay una raza no humana así: los Tebor, del planeta Sasagio; algo he leído sobre ellos. Se mezclan con la gente e influyen a capricho en sus vidas, unas veces para bien y otras para mal. Son muy semejantes a los humanos y éstos los consideran una especie de duendes. Y, ahora que lo pienso, creo recordar que también ellos tienen un cerebro de tres lóbulos.

—Siendo así, quizás el experimento trataba de reproducir las características de esa raza en humanos —admitió sin gran interés el terrestre—. No lo sé y la verdad es que no me interesa demasiado. Yo sólo soy el cazador.

—Cada uno es como es —encajó filosóficamente Rae.

—Entonces, si lo he entendido —dijo Fastul—, Muna podría, por ejemplo, causar la muerte de alguien sólo por cruzar, o no cruzar, la calle en un momento dado.

—Si tal acto fuese clave en una serie de sucesos de la que habrá de depender la vida de ese hombre, la respuesta es sí; en caso contrario, no. Muna no puede hacer milagros.

—Los haga o no, parece alguien de lo más peligroso.

—Y tanto —asintió con lentitud el terrestre—. Nada como ponerse en el camino de Gruu Muna para acabar de mala manera. Por eso llevo un procesador implantado —se tentó la cabeza—, un generador de acciones aleatorias que, hasta cierto punto, me protege.

—¿? —Los otros dos cruzaron entre sí una mirada de incompreensión.

—Este generador elige ciertas situaciones, genera las respuestas posibles y decide aleatoriamente cuál de ellas he de ejecutar. Por ejemplo, si veo que se me escapa el aerobús y el generador se activa, producirá una lista del tipo: aprieta el paso, corre, déjalo ir, etc.; y, de todas ellas, él mismo elegirá una al azar, que será la que yo tenga que llevar a cabo.

—¿Y cómo te protege eso? —De nuevo era Fastul.

—Muna no puede prever sucesos aleatorios ni factores totalmente externos como, por ejemplo y exagerando, la caída de un meteorito. No son producto de nada previo, crean una perturbación en las líneas de futuro y por tanto en lo previsto por Muna... No tengo ninguna duda de que ese capucha roja, Arnasse, estaba donde estaba porque Muna había previsto que yo pasaría por allí, a esa hora, y que el enfrentamiento acabaría con mi muerte. —Sin embargo no fue así.

—El futuro siempre está abierto en mayor o menor medida. Muna trabaja sobre probabilidades, variándolas a su favor, pero siempre dentro de lo posible; la certeza se da las menos de las veces. Además, como te acabo de decir, el procesador genera cada cierto tiempo una acción aleatoria. No sé si recuerdas que te pedí que me trajeses por otro camino: nos paramos a discutir y quizás eso lo cambió todo, de forma que el muerto fue Arnasse y no yo.

—Pero, si es totalmente al azar, eso podría haber aumentado, en vez de disminuir, tus posibilidades de salir perdiendo.

—Es verdad —admitió—, pero sigue siendo más seguro que enfrentarse a Muna, como quien dice, con las manos desnudas.

—¿Y a quién debemos la ocurrencia de crear un ser así? —quiso saber el apaciguador.

—No lo sé. —A Moa se encogió de hombros.

Mentira, pensó en el acto Fastul, fueron los terrestres, seguro; los terrestres o alguno de sus planetas títeres. Malditos sean.

—Quien quiera que fuese —amplió a Moa tras una pausa—, tenía el laboratorio en el espacio profundo, fuera de cualquier jurisdicción planetaria. Cuando Gruu Muna escapó, lo hizo llevándose por delante las instalaciones y a todos los que estaban allí, así que sólo se ha podido reconstruir en parte la historia. Lo que importa es que Muna es un monstruo de diseño y por donde pasa va sembrando muerte y destrucción.

—¿Y por qué no nos lo comunicó desde el principio? —intervino de nuevo Rae.

—En Tani Xuoc IV, Muna escapó con ayuda de agentes antaraces. Ellos le llevaron de un planeta a otro hasta llegar aquí, sin duda para intervenir en apoyo de sus propios intereses. Yo vine solo, casi ignorante de la política local y sin saber muy bien quién podía ser amigo o enemigo. De entre las diversas opciones, decidí que cuanto menos tuviera que contar mejor: incluso entre los que le han traído a Ercunda, debe haber pocos que sepan quién y qué es Gruu Muna; así que pensé que, presentando el asunto como una extradición de rutina, tendría quizás menos trabas.

—¿Cometió esos delitos de los que se le acusa en la orden o no son más que una excusa? —Rae le observó fijamente—. Los apaciguadores no intervenimos en asuntos de índole política.

—La orden y los delitos son reales. No sé si Gruu Muna siente un odio ciego hacia la humanidad o es que disfruta sembrando la destrucción. Tampoco me importa: el resultado es el mismo y a mí me han encargado que lo detenga de una u otra forma. Y pienso hacerlo. Lo que ahora más me preocupa es saber si sigue o no en la estación.

—¿Por qué está tan seguro de que ha tomado parte en todo esto?

—Hemos desarrollado nuestros propios protocolos para seguir a Muna y esto tiene su marca. Cada vez estoy más convencido de que si está en este planeta es para ayudar a los planes de esa sociedad antarace, la Gran Tuze, que no son otros que derrocar a Teicocuya y poner en su lugar a su propio títere.

—No es prudente hablar así en público —le advirtió rápidamente el apaciguador—. Pero supongo que tiene razón. En cuanto a si aún sigue aquí, me parece difícil. He hecho mis propias indagaciones y sé de buena fuente que varias naves han salido de la estación desde que comenzó el asedio. Una de ellas iba llena de antaraces, y algunos de ellos eran miembros de la Gran Tuze. Seguro que, si Muna es tan valioso

como dice, no le habrán dejado atrás.

—¿Y se han ido así, por las buenas? ¿Pero qué clase de asedio es éste?

—Un asedio involuntario, provocado por el fracaso del golpe de mano. Si se les paga una cantidad, los nómadas no tienen inconveniente en dejar salir naves. Y al gobernador tampoco le vienen mal esos apaños: con algo de dinero, los cabecillas podrán contentar a sus secuaces y no necesitarán atacar masivamente la estación. En cuanto reúnan los suficientes créditos, podrán levantar con dignidad el campo.

—Muy bien. —El terrestre hizo un gesto expresivo, abriendo las palmas de las manos—. ¿Y nosotros cuándo nos vamos?

—Los universitarios ya se han puesto de acuerdo en salir de aquí —contestó Fastul—. Mañana, a primera hora, iremos a ver qué han decidido los cabecillas y, si nos ponemos todos de acuerdo en el rescate, que supongo yo que sí, volvemos a por ellos y nos los llevamos a Estación Quenan. Y luego, nosotros, a Coliafán.

VI

DE VUELTA A COLIAFÁN, Fastul se reintegró a la rutina, hizo cuanto pudo por adelantar el trabajo atrasado, buscó tiempo para estar con Bilgrum, quedó un par de veces con Cosmos a Moa. También recibió otra llamada de Stirce Tutoc, de la S.P, conminándole de nuevo a sonsacar al terrestre. Aquello, aunque por una parte irritaba a Fastul, por lo que de imposición tenía, no dejaba de agraderle por otro lado, ya que le permitía seguir de cerca aquel asunto. Una ambivalencia que confesó de pasada a Bilgrum, un nocturno, unos días después de su regreso.

—Sig. —Ella le miró preocupada—. Creí que estábamos de acuerdo en que ciertos asuntos, cuanto más lejos mejor.

—Los de la S.P. no me han dejado elegir. —Se encogió de hombros—. De todas formas yo estoy, como quien dice, justo al borde del agua.

—Eso puede ser a veces igual de peligroso. Ese tal Muna, si de verdad es como dicen...

No terminó la frase y no hizo falta. Ella ya sabía quién y qué era Muna, puesto que el mismo Fastul se había encargado de contárselo.

Aunque los antaraces eran bastante opacos en sus luchas intestinas, Fastul ya estaba convencido de que la sociedad a la que Bilgrum pertenecía era una de las que apoyaban la permanencia de Teicocuya en el trono y que, por tanto, estaban enfrentadas con la Gran Tuze. Así que, de forma nada inocente, le había dejado caer cuanto sabía de Gruu Muna, apenas regresó de Estación Ahjmut.

Ella solía tantearle con cautela y él respondía en ocasiones, sabiendo que eran cosas poco importantes y que sin duda los antaraces ya lo conocían por otras fuentes; pero sin lograr a la vez librarse de un cierto remordimiento, la sensación de que no estaba siendo demasiado leal con el gobierno que le pagaba. Pero en aquel caso se lo había contado todo con gusto, recordando cómo por culpa de Muna se había visto envuelto en un tiroteo con tres capuchas rojas.

Cogiendo un cigarrillo del paquete que tenía encima de la mesa, echó una ojeada al cielo abierto. Habían encontrado un hueco para almorzar juntos y, por sugerencia suya, fueron a un restaurante del barrio terrano. Una azotea muy agradable, en la cúspide de uno de los rascacielos de piedra, cubierta por una cúpula transparente y guarnida con muebles de bronce y cuero, así como con plantas verde oscuro y rojas.

Sobre sus cabezas, el firmamento era de un azul muy oscuro, lleno de constelaciones. Previo a la cita, Fastul había consultado el almanaque, comprobando que ese día y a esa hora la luna roja Panac no habría despuntado aún. Aquel enorme satélite, que ocupaba buena parte de los cielos, marcaba los nocturnos del planeta, agobiando con su disco rojo el humor de casi todos los forasteros de Ercunda; una norma a la que Bilgrum no era excepción.

Pero aquel nocturno, a esas horas previas al orto de luna, nada más agradable que estar allí sentados, con la ilusión de hallarse en abierto, bebiendo una copa y

contemplando el titilar de multitud de estrellas.

Prestó atención a las palabras de Bilgrum, que le estaba diciendo que más tarde, durante el Miquinies, estaría libre y podrían verse.

—Vaya, no —negó apesadumbrado—. Hoy es el Anarsegut y estoy invitado.

—¿Invitado? ¿A palacio?

—¿Dónde si no? —Él se refería a una de las festividades solemnes del calendario ercundano. Un rito anual en honor a los dioses de los vatispantem, los inhumanos aborígenes del planeta, supuestamente extintos, cuyas estatuas se guardaban como oro en paño dentro de palacio. El propio déspota haría las ofrendas, en una celebración a la que asistirían cientos de partícipes.

—¿Y tienes que ir?

—¿Qué remedio? —sonrió—. Lo de invitado es un eufemismo: no tengo elección. Parece que este año me han elegido a última hora, gracias al asunto de los exteriores atrapados en Ahjmut. ¡Ya ves tú que tontería! En diez años en Ercunda, es la segunda vez que me hacen el honor.

Ella le estaba mirando, cada vez más inquieta. Entreabrió los labios como para decir algo, pareció arrepentirse y, por último, habló con suma cautela.

—Oye, tal como están las cosas... En el Anarsegut van a estar Teicocuya y casi todos los que pintan algo en su régimen. Podría pasar algo.

—¿Algo? ¿Qué? —le animó, ahora alerta.

—¡Yo que sé...! Algo —se retrajo Bilgrum.

Fastul asintió despacio, renunciando a indagar más. En los últimos días, la agitación no había hecho otra cosa que subir de tono: atentados, noticias de tribus que renegaban solemnemente de su obediencia al gobierno planetario, nombres de supuestos pretendientes circulando de boca en boca...

—Todo es posible —admitió.

—Incluso probable.

Ahora él no dijo nada y ella le miró con fijeza, antes de añadir.

—Tú mantente al margen.

—¡Y dale! Soy exterior, un funcionario profesional, y no tengo relación alguna con la política.

Se retrepó para escudriñarla entre el humo del tabaco, preguntándose qué había querido decirle. Así como él le hacía a veces comentarios, así ella dejaba escapar en ocasiones retazos de información. Pero Fastul, que era más bien suspicaz, no sabía si ella lo hacía así confiando en que, a su vez, los hiciese llegar a los oídos adecuados.

Entonces, sin saber muy bien por qué, le vino a la cabeza el tiroteo con los tres capuchas rojas y cómo entonces recibió la ayuda de un antarace desconocido, quizás enviado por la misma Bilgrum. Ahora fue él quien primero apartó los ojos.

Hubo un silencio, antes de que ella, con esa volubilidad tan suya, cambiase bruscamente de humor. De repente, se le quedó observando con ojos afilados, antes de señalarle de arriba a abajo con el índice.

—¿Al Anarsegut? —le recriminó—. ¿Pero es que piensas presentarte así en palacio?

Sorprendido, Fastul se miró a sí mismo, para luego echarse a reír. Aquel nocturno llevaba una hopalanda negra —una prenda que apenas usaba, ahora caída descuidadamente sobre una silla— y un mono de diario bastante usado, negro y gris, así como un chaleco de color plomo con multitud de bolsillos.

—No, mujer; ya me pondré luego algo más adecuado. La ceremonia no puede empezar hasta que Panac esté alta en el cielo; así que tengo tiempo de sobra. Además —añadió ya de buen humor—, yo no soy como tú, que necesitas un par de horas sólo para decidir qué no te pones. Ella le devolvió la sonrisa. Vestía otro de sus aparatosos uniformes antaraces, rojo y dorado en esa ocasión, repleto de insignias y condecoraciones. Curioso, Fastul fue a interesarse por una de estas últimas, una barroca estrella de siete puntas, forjada en oro, que le había visto en muchas ocasiones y que ahora llevaba prendida sobre el pecho izquierdo de la guerrera.

—¿Ésta? —La hizo bailotear entre sus dedos, con orgullo apenas disimulado—. Es el Cetifor y no verás demasiadas por ahí: se concede sólo cuando un genotipo ha cumplido siete fenotipos. Significa que las Bilgrum hemos servido ya a Antar Acea en siete generaciones.

—¿Siete? ¿Que ha habido ya siete...?

—No son muchos los que pueden decir lo mismo.

—Y tú, vos —Fastul titubeó—, ¿habéis llegado a conocer a...?

—Nooo. —Ella le miró, primero sorprendida y luego como asintiendo para sus adentros—. Bueno, claro, tú no tienes por qué saberlo, pero la ley antarace es terminante al respecto: ningún fenotipo puede ser concebido mientras aún vivan uno o varios de la generación anterior.

—Ah.

—Es una ley máxima, no puede ser obviada bajo ninguna circunstancia. —Entonces le atrapó de repente una mano entre sus dedos y, de nuevo, sus ojos dejaron traslucir preocupación—. Sig, recuerda lo que te he dicho: ándate con mucho cuidado, por favor.

—Claro —repuso sorprendido—. De todas formas, sé cuidarme.

—No, no sabes. ¡Qué vas a saber...!

Él volvió a fijarse en sus ojos, sin saber qué pensar. Supuso que debía sentirse molesto por esas palabras, pero lo único que pudo notar fue un calorcillo, nada incómodo, llenándole el cuerpo.

—Bueno, quizás no. —Le acarició a su vez los dedos, sonriente—. De acuerdo, chica, tendré todo el cuidado del mundo, de veras. No te preocupes más.

Más tarde, ya vestido adecuadamente, Cigal Fastul acudió a palacio. Lo hizo a desgana, dando un largo paseo por la ciudad, puesto que conocía demasiado bien la mecánica del Anarsegut —una celebración interminable, pródiga en rituales y reverencias— como para esperar de la velada otra cosa que no fuese aburrimiento.

La ceremonia en sí, que involucraba a cientos de celebrantes, era una síntesis del credo vatispantem, con sus sobrias ofrendas de tierra y agua a los ídolos —abstracciones en piedra y metales, sitas en una cámara vedada— y elementos de viejas religiones humanas, tales como la consagración de ofrendas, para sustanciar en ellas la totalidad del planeta y sus habitantes.

Un atareado maestro de ceremonias le condujo a un gran patio abierto y le mostró su sitio entre la multitud; antes de marcharse, quiso comprobar que conocía las pautas del rito. Fastul le tranquilizó tocándose con dos dedos la sien, dándole a entender con aquel gesto tan común que llevaba implantes, ampliaciones artificiales de memoria. Entonces el otro se marchó apresuradamente, dejándole sin nada que hacer que no fuera mirar el gran disco rojo de Panac e intercambiar algún comentario con sus vecinos.

Cuando Panac estuvo por fin lo bastante alta, iluminando hasta el último rincón con su luz rojiza, la ceremonia principió entre batir de bongos y timbales. La muchedumbre de invitados se volvió expectante y allá muy lejos Fastul pudo intuir, más que ver, la presencia de Teicocuya sobre un estrado de piedra. Un hombre muy grande, gordo y sereno como un buda, vestido para la ocasión con recargadas vestimentas ocre y amarillas, y rodeado por un enjambre de oficiantes menores.

El Gran Maestro de Ceremonias dio la primera orden con voz resonante; los cientos de partícipes se inclinaron al unísono.

Básica en todo aquel rito era la geometría —la disposición de gente en hexágonos imbricados, donde cada cual era parte de varias figuras a un tiempo—, así como los propios celebrantes, elegidos y situados según su pertenencia social. El gran maestro oficiaba en vatispantem, un idioma de gran sonoridad, marcando la pauta de las reverencia rituales, de forma que a cada frase un mar de figuras, envueltas en mantos de colores otoñales, se inclinaba para volverse a alzar.

Pero los pensamientos de Fastul estaban muy lejos del espectáculo que se desarrollaba al resplandor de la gran luna roja. Ejecutaba las venias maquinalmente, al compás de las voces del gran maestro, con la cabeza puesta en la conversación que tuviera con Bilgrum, horas antes.

Tras separarse de ella, y luego de no pocas dudas, llamó a Nemug Cainar, un alto cargo de palacio con el que ya había mantenido contactos en anteriores ocasiones. De Cainar, que precisamente en esos momentos oficiaba sobre el estrado como Gran Maestro de Ceremonias, se decía también que era vatispantem y en su caso, al revés que con D. Rae, Fastul se inclinaba a compartir tales suposiciones.

Porque lo cierto es que Nemug Cainar era extraordinariamente alto y se cubría siempre con mantos amplios y capuchas de embocadura muy larga, dejando así el rostro en sombras. Y lo poco que de tal llegaba a entreverse era, para los cánones humanos, de una fealdad extrema.

—He sabido —le había informado con prevención Fastul— que es posible que se produzca algún problema hoy, durante la celebración del Anarsegut.

Al otro lado de la pantalla mural, tras su enorme escritorio de piedra, en medio de una estancia abarrotada y penumbrosa, Cainar apenas había mudado de postura.

—¿Qué clase de problemas? —preguntó con voz cavernosa, otro de los rasgos que el saber popular atribuía a los antiguos vatispantem.

—Eso no lo sé.

—¿Cuál es la fuente de su información?

—Una fuente antarace. Completamente de fiar, a mi entender.

—¿No podría ser más explícito?

—No, lo siento —negó incómodo, sacudiendo la cabeza para dar más énfasis a sus palabras.

Cainar cabeceó muy ligeramente y se quedó quieto unos instantes, inescrutable bajo su gran capucha.

—Comprendo. ¿Algo más?

—No.

—Entonces tendrá que disculparme. Le quedo reconocido.

Fastul quiso asentir, pero la pantalla ya iba oscureciéndose y en seguida quedó en negro, dejándole con la duda de si habría obrado o no juiciosamente.

El gran maestro pronunció otra frase, acentuada por los bongos; la multitud volvió a doblegarse. Y justo entonces estalló una conmoción en uno de los extremos del gran patio, turbando la ceremonia. La gente comenzó a volverse hacia allá, primero desconcertada y luego inquieta, mientras muchos, Fastul entre ellos, se enderezaban cuando podían, intentando distinguir qué sucedía. Los celebrantes de esa parte parecían estar abandonando sus puestos, empujando a otros en un efecto dominó, y sobre el estrado los oficiantes se habían interrumpido, sin saber tampoco muy bien qué pasaba o qué hacer.

La confusión iba en aumento y el pánico comenzó a cundir mientras todos se preguntaban en voz alta qué estaba sucediendo. Algunos creían oír explosiones y disparos, y se produjo de repente una estampida humana. Corrían en todas direcciones sin saber muy bien de qué escapaban. Fastul no fue la excepción, arrastrado por la gente, así como por ese sentimiento de indefensión que suele causar el hallarse en abierto.

Entre la desbandada, los gritos, los empujones, fue abriéndose paso hasta llegar a los muros porticados del patio. Ahora sí se escuchaban disparos de todos los calibres, claramente audibles. Dejándose llevar por el terror colectivo, huyó a la carrera por el interior del palacio y en seguida se encontró perdido en aquel dédalo de pasillos y columnatas.

El estruendo de las armas reverberaba con ecos múltiples por los corredores y las salas, unas veces lejos y otras cerca, haciendo imposible fijar su origen. Extraviado en una parte del palacio para él desconocida, Fastul vagabundó indeciso de acá para allá, pistola en mano, hasta que, quizás inevitablemente, fue a caer en mitad de la refriega.

De repente, al salir a una gran sala hipóstila de altas columnas abombadas, se vio entre las explosiones, los fogonazos, los gritos, los muertos y los heridos tirados por todas partes.

La sala se hallaba en una casi oscuridad, apenas mitigada por algunas luces de emergencia. Se combatía allí con gran saña y en total desorden. En medio del caos y las tinieblas, los guardias de palacio hacían frente a una turba heterogénea y de armamento dispar, en la que abundaban los nómadas de las más diversas tribus. Sin embargo Fastul, arriesgando rápidas ojeadas desde detrás de una columna, pudo ver que había con ellos ercundanos de ciudad e incluso algunos guardias del propio palacio que, sin duda, habían cambiado de bando.

Todos éstos parecían llevar la mejor parte, gracias quizás a su mayor número. Los guardias leales habían caído ya casi todos o se replegaban disparando sus armas. Los atacantes avanzaban respondiendo al fuego, coreando gritos nómadas de victoria.

Un autómatas de combate, un monstruo zancudo de casi tres metros, surgió de repente de las sombras, disparando sus dos cañones de energía, situados a ambos lados a modo de brazos. Los nómadas estallaron en llamas y se desplomaron con aullidos terribles, iluminando la negrura como antorchas vivas. Pero en seguida algún proyectil de gran calibre dio de lleno en el autómatas, haciendo estallar el caparazón de aquel artefacto, imponente pero poco efectivo.

Fastul fue arrastrándose entre las sombras, desconcertado por la oscuridad y los estampidos. Debía haber algún sistema anulador en marcha, ya que su visor estaba inoperativo; incapaz de suministrarle visión en las tinieblas. Luego, mientras pasaba de una columna a otra, se dio de bruces con varios muertos y, al tantear en torno, su mano topó con un fusil grande y pesado. Lo recogió, reconociendo al tacto ese arma. Lo activó, comprobando cuántos proyectiles —balas de gran densidad y tamaño de guisantes— quedaban en cargador.

Un puñado de rebeldes llegó de repente a su izquierda, desplegados entre las columnas, vociferando y disparando a ciegas sin ton ni son en todas direcciones. Nómadas de mantos amarillos y monteras de cuatro picos, rematados en borlas amarillas. Bocorces. Sin pensárselo dos veces, Fastul se incorporó y, empuñando el fusil a dos manos, abrió fuego contra ellos. Los hombres salieron despedidos en todas direcciones, como monigotes de trapo apaleados. Después, mientras circundaba la columna buscando un mayor ángulo de tiro, con el arma vibrando y rugiendo entre las manos, perdió pie en la oscuridad y cayó de espaldas.

Quiso levantarse y no pudo. Luego, al volver la vista, descubrió estupefacto que tenía el hombro derecho destrozado; el brazo le colgaba casi desprendido, apenas sujeto por jirones, y la sangre manaba a raudales entre la carne desgarrada. Y entonces, mirándose, aún sin entender muy bien qué había pasado, se le nubló la vista y en seguida perdió el sentido.

Al despertar, casi no sabía ni quién era. Abrió los ojos para encontrarse tumbado boca arriba, desnudo y rodeado de sensores, en un cuarto desconocido y de diseño

funcional, pintado en tonos suaves. Volvió la cabeza de un lado a otro, desorientado, hasta descubrir a una mujer de ropas azules que estaba de pie a un par de metros, aparentemente observándole a través de un pesado visor, con esa expresión de fatiga en el semblante que parece ser un común denominador a las mujeres médicos.

—Está usted en el Sanatorio de Palacio. Fue herido en el hombro por una bala explosiva y ha estado varias horas inconsciente; pero ya le hemos curado —le explicó cuidadosamente aquella mujer, que lucía insignias de médico militar—. ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

Fastul asintió mudamente.

—¿Cómo se llama?

—Cigal Fastul.

—Muy bien. Ahora incorpórese.

Él se levantó hasta quedar sentado. Ella, acercándose algo, volvió a enfocarle con el visor.

—Ignoro qué recuerda o si llegó siquiera a darse cuenta de algo —le dijo—, pero fue herido de gravedad; de haber recibido el disparo en el lado izquierdo y no en el derecho, ahora estaría muerto. La bala le destrozó el hombro. Se lo hemos reconstruido hasta donde era posible e implantado biometal donde no. Se trata de prótesis militares y, si así lo desea, puede sustituirlas por tejidos propios, cultivados al efecto; cualquier médico puede hacerlo. —Hizo una pausa—. ¿Entiende lo que le estoy diciendo? ¿Se siente preparado para verse en el espejo? Bien, levántese.

Fastul se contempló sin gran emoción. Había toda una red de líneas rosadas en su hombro, ahí donde la cirugía había unido la carne y la piel desgarrada. Paseó los dedos por esa trama de cicatrices, antes de acariciar las piezas gris acero implantadas a la altura de la clavícula y las primeras costillas. Se giró luego para verse la espalda, toqueteándose la gran prótesis biometálica que casi coincidía en forma y tamaño con el omóplato.

—Ahí detrás es donde más daño hizo el estallido de la bala: poco pudimos hacer. Debe su vida a uno de éstos. —Le señaló un tanque, lleno de líquido transparente, en el que flotaban unos cuantos seres parecidos a pulpos de múltiples brazos, ahora en reposo. Reconoció en seguida aquel invento de sanidad militar: organismos autónomos, altamente plásticos, que se pegaban al cuerpo humano, sedando, cerrando desgarros, puenteando vasos rotos—. La propia explosión del proyectil cauterizó en parte las heridas; pero, de no ser por uno de éstos, se hubiera desangrado en nada de tiempo.

—¿Qué es lo que ha pasado exactamente? —Fastul se pasó la mano por la frente, intentando pensar—. Recuerdo...

—Ya se lo he dicho... —No le estoy preguntando por mí.— Ah. Hubo un intento de golpe de mano, aprovechando la celebración. Aún no se sabe quién o quiénes estaban detrás, pero tenían ayuda interna. Parte de la guardia se pasó a ellos en el primer momento. —Aquí hizo un mal gesto—. Los hemos rechazado, pero estuvieron

a punto... hay un montón de muertos y heridos. No damos abasto. Interrumpiéndose, se ajustó el visor. —Bien, vamos a ver esos movimientos. Extienda el brazo. Bien, ahora levántelo, arriba...

Una vez satisfecha del buen juego de músculos y articulaciones, le señaló una bolsa etiquetada.

—¿Son esas sus cosas? Ya puede vestirse. Tome un pase, lo va a necesitar. —Le tendió una tarjeta de plástico—. Y ahora discúlpeme: tenemos aún mucha gente en espera de reanimación. Acuda dentro de un par de días a su médico, para revisión; dígame que nos pida la ficha aquí, al Sanatorio de Palacio. Adiós.

Se fue, dejándole a solas. Él desplegó su ropa; la habían pasado por las lavadoras, eliminando la sangre. Pensativamente, dejó correr los dedos por los desgarrones de camisa y hopalanda; escarbó en su interior. ¿Había dolido?, se preguntó; no recordaba. Movié la cabeza y, haciendo a un lado esas ideas, se vistió para salir.

* * *

Había estado inconsciente unas siete horas, calculó. Anduvo por pasillos vacíos hasta llegar a un patio abierto, no lejos de las puertas de palacio. Aún era nocturno cerrado y Panac se encontraba en lo alto, inundándolo todo con su resplandor rojo. Entonces, con un sobresalto, descubrió que todavía no habían retirado a los muertos. Lanzó miradas en torno: estaban por todas partes, en gran cantidad, caídos inmóviles sobre el enlosado. Fue como un espectro por entre las sombras rojas, observando las posturas forzadas de los cadáveres, los rostros yertos. Hacía frío y todo era silencio. Desasosegado, apretó el paso para salir de allí.

Desembocando a las puertas de palacio, se topó con un tropel de soldados que montaban guardia. Uno de ellos le llamó.

—¡Eh, jefe! —le dijo, vagamente esperanzado—. ¿No tendrá un pitillo?

—Claro, hombre. —Se detuvo a rebuscar en los bolsillos, contento de ese contrapunto. Le ofreció uno de sus cigarrillos y él mismo se encendió otro—. No habrá aerobuses, claro.

—Pues me da que no —supuso el soldado, con un punto de cachondeo en la voz.

—Entonces, me queda una buena tirada hasta casa —suspiró. Y, reservándose dos cigarrillos, le dejó el resto del paquete.

—¡Eh! ¡Gracias, jefe!

Bajó parsimoniosamente las escalinatas, el cigarrillo entre dos dedos, zigzagueando entre los cadáveres de las escalinatas. Tampoco se habían llevado esos cuerpos y mucho menos los de quienes habían muerto en la gran plaza, ante palacio. No se veía allí un alma, a pesar de que normalmente aquello estaba a esas horas lleno de gente. Patrullas dispersas iban de un lado a otro, alguna nave aérea revoloteaba a baja altura, con las luces centelleando, y a veces se oía algún disparo suelto.

Cerca, un gran vehículo ardía con furia, sin que nadie se preocupara de apagarlo.

Fastul se detuvo a la altura de ese fuego, sintiendo el calor en la cara. Entre el rugir del incendio, creyó vislumbrar cuerpos dentro, pero no pudo estar seguro. Al cabo, con un suspiro, tiró su cigarrillo a las llamas, se desentendió y, girándose, echó a andar de vuelta a casa.

Al llegar a su apartamento, se encontró con que las luces estaban encendidas y que alguien, fuera de la vista, se movía en la alcoba, quizás alertado a su vez por el ruido que hizo él al entrar. Inconscientemente, puso mano en la pistola, bajo la axila izquierda; pero entonces apareció el visitante y él, apartó los dedos de la culata, comprobando que se trataba de Bilgrum.

Aún vestía el mismo uniforme rojo y dorado de horas atrás, pero ahora llevaba el pelo alborotado y la mirada algo turbia, como si hubiera estado dormitando hasta hacía un momento. Al verle, le cambió por completo la cara, como cuando el viento dispersa las nubes, dejando ver el azul, y él, notándolo, no pudo dejar de sentir una agradable flojera en las piernas. Llegaron uno al encuentro del otro y ella, impetuosamente, se le arrojó al cuello.

—Vamos, chica, vamos —trató él de tomárselo a broma, entre besuqueos—. Vamos.

—¿Estás bien? —le dijo con voz un poco aguda, pasándose los dedos por el cabello revuelto para apartárselo del rostro—. Se oían los disparos en toda la ciudad. Dicen que hay muchos muertos y en el palacio no contestan a las llamadas. No sabía nada de ti y pensé, no sé lo que pensé... —Se soltó entonces y se apartó un paso, mirándole ahora con furia incipiente—. Podías haber dado alguna señal de vida. Pero qué va; tú...

Meneando la cabeza, él se despojó de la hopalanda y la pistolera, echándolas sobre un sillón. Entonces, con la zurda se abrió el desgarró de la camisa, algo teatralmente, para que ella lo viera.

—¿Cómo quieres que te llamase? —protestó—. ¿Pero no ves como vengo?

Ella se quedó mirando con fijeza, cambiando poco a poco de expresión. A través de los jirones de tela, llegó a distinguir las prótesis grisazuladas.

—Oh, por... ¡Divina Utenarne! —musitó—. ¿Pero qué es lo que te han hecho?

—Se me ocurrió entrar a la greña —quiso bromear—. Y ya ves: me dieron lo mío.

—¡Idiota! ¡Idiota! —le chilló Bilgrum, enrabietada, gesticulando ante su rostro—. ¿No me habías dicho que no te meterías en nada? ¿Pero a ti qué más te da Teicocuya y su pandilla?

—Si tiene que haber tirano en Ercunda, Teicocuya no es de los peores. La gente está contenta con...

—¡Que le den! Me importa un rábano ese tío gordo. Estamos hablando de ti. De ti. ¿Por qué tenías que meterte por medio?

—¿Meterme? Como si hubiera tenido elección... —Abrió las manos, intentando aplacarla—. Yo estaba allí, ¿qué quieres que hiciese? Entraron pegando tiros a diestro

y siniestro, matando a todo el que encontraban. —Cabeceó despacio—. No sabes la cantidad de gente que ha muerto este nocturno: invitados al Anarsegut, inocentes que nada tenían que ver. Yo, al menos, he tenido suerte: sigo vivo, ya estoy bien y pude llevarme por delante a unos cuantos...

—Ven, déjame ver. —Le quitó con dedos temblones la camisa y examinó a la luz las piezas de biometal, así como el entramado de cicatrices.

—Me metieron una bala explosiva en el hombro... pero ya estoy bien —repitió.

Escuchándole apenas, ella dejó correr las yemas de los dedos por esa maraña de líneas finas y rosadas. Luego acarició con gran suavidad la pieza mayor del pecho, antes de inclinarse a besarla fugazmente y mirarle de reojo, ahora con un brillo muy distinto en los ojos. Él respondió de inmediato a ese cambio de humor, sintiendo cómo se le alborotaba la sangre en las venas.

Se rozaron, se encontraron. Ella se estrechó contra él y éste la aplastó contra la pared, con tanto ímpetu que ella se echó a reír, sorprendida. Entonces él le introdujo una pierna entre las suyas; ella la atrapó con sus muslos, como una tenaza, pero él insistió, cargando en ella todo su peso, y en seguida ella cedió, dejándose hacer.

Al cabo de un momento ella comenzó a cimbearse sobre esa pierna, adelante y atrás, al tiempo que le aferraba por la nuca y la espalda, picoteándole con besos feroces. Los ojos se le velaron y la respiración se volvió ronca, mientras su vaivén se hacía más y más profundo, cargando cada vez más su peso sobre él.

Luego, sin transición, se detuvo y le rechazó con suavidad. Fastul, hecho a ese juego de encrespase y calmarse, sólo para volverse a encrespar, como el oleaje, se dejó hacer. Ella se descabalgó; pero él, sin dejarla escapar, la hizo separar las piernas y la mantuvo allí, obligada contra la pared.

La besó en la boca y ella volvió a reírse, los párpados entrecerrados y la respiración aún agitada. Luego, llevada por quién sabe qué sentimiento, le alborotó el cabello, le besuqueó con rapidez, se prendió de sus hombros. Fue resbalando las uñas por su espalda y, cuando topó con la pieza en la zona del omoplato, Fastul sintió un estremecimiento que fue como una descarga eléctrica: la diferencia de sensaciones entre el biometal y la carne.

Notándolo, ella volvió a corretearle con sus uñas y, mientras él le desordenaba la ropa, dejó volar los labios y la punta de la lengua sobre el entrecruzado de cicatrices. Se demoró sobre aquellas líneas, más finas, que le cubrían el hombro y la parte alta del pecho.

—Desaparecerán en poco tiempo. Eso me han dicho.

—Lástima —susurró ella, estrechándose aún más y corriendo con sus labios por todo aquel trazado—. Pero qué lástima...

VII

DÍAS DESPUÉS, Fastul recibió una llamada de Cosmos a Moa. Éste, tan sorprendentemente bien informado como de costumbre, ya estaba al tanto de que estuvo en palacio durante los incidentes del Anarsegut y parecía de lo más interesado en hacerle unas cuantas preguntas. Y Cigal Fastul, picado a su vez de curiosidad, convino de inmediato en encontrarse con él en el barrio terrano, ese mismo nocturno.

Se reunieron en uno de los locales típicos del barrio, un garito con paredes de piedra desnuda y mobiliario de madera negra, muy tallada. Allí, mientras bebían vino especiado, Fastul empleó más de una hora en contestar toda clase de cuestiones, alguna verdaderamente peregrina. El terrestre estuvo escuchándole con suma atención, sin interrumpirle para nada que no fuera pedir alguna aclaración.

Sólo al cabo, cuando el otro se echó atrás y tomó su propia copa, dando a entender que eso era todo, Fastul se decidió a preguntar a su vez.

—Sí —admitió el terrestre—. Creo que Muna tuvo algo que ver con el asalto a palacio. Ya te expliqué que trabaja sobre factores significativos, modificando así el futu... no, mejor dicho, provocando uno de los futuros ya posibles. Pero él, como casi todo el mundo, tiene sus hábitos, sus preferencias. Unos métodos favoritos que le delatan, puesto que hemos aprendido a detectarlos.

Miró a Fastul, pero éste le enseñó una palma, dando a entender que comprendía a medias.

—Muna —añadió entonces el terrestre—, elige siempre ciertos futuros, dentro de los posibles y lo mismo pasa con los factores clave. Es igual que, por ejemplo, un saboteador de aeronaves que las hiciera estrellarse siempre, y no explotar o incendiarse, y que en cada ocasión lo hiciera dañando la propulsión y no la estructura o los mandos. —Eso suena poco inteligente.

—Porque es un ejemplo y bastante burdo. En realidad, para detectarle, hay que afinar bastante. De ahí tanta batería de preguntas y pruebas que tengo que hacer, y que tanta curiosidad han despertado: pero es la única forma de seguirle la pista.

—Entiendo —asintió Fastul y, tras un silencio, le propuso cambiar de sitio.

Según salían, echó una ojeada distraída a lo alto, al disco rojo de Panac, contra el que se recortaban en negro los tejados y las cúpulas achatadas del barrio. Al pie de la puerta, a Moa se había detenido a abotonarse el abrigo y, reparando de repente en ello, Fastul se le quedó mirando pensativo.

Ercunda debía ir calando ya en el terrestre, introduciendo pequeños matices en su vestuario y humor, según el ciclo. Acababa de notar que ese nocturno sus ropas eran totalmente negras, en vez de negras y oscuras como solía, así como que parecía haber descartado su unidad termostática para adoptar las prendas de abrigo —una especie de trenca en su caso— tan comunes entre la gente del planeta. —Pues si lo de Estación Ahjmut y el golpe de palacio son obra de Muna, no puede decirse que haya

andado muy fino. —No pudo evitarse el comentario, mientras echaban a andar—. Ambos han salido mal. —Por la mínima.— Bueno, eso es cierto.

—No han sido «obra de Muna». Él ha estado implicado, que no es lo mismo. Es bueno, pero no es ningún mago: trabaja con lo que hay y no creo que en esta ocasión tuviera muchas opciones. Me parece que, de haber podido elegir, nunca hubiera aceptado este trabajo.

—¿Eso qué significa?

—Que él, como todo el mundo, a veces tiene muy poco donde escoger. Es como un reloj de arena: hay partes anchas y estrechas, y en estas últimas uno tiene escaso margen de maniobra.

—En Tani Xuoc IV se vio en uno de esos cuellos de botella y tuvo que aceptar la ayuda de los antaraces para no ser detenido. —Sonrió con maldad—. Pero dudo que lo hiciera muy a gusto. Esto tiene pinta de chapuza o, por lo menos, de algo bastante precipitado, y Muna tiene que haberlo previsto. Habrá hecho lo que ha podido, pero las probabilidades son las probabilidades...

Se interrumpió, alerta; Fastul también se había vuelto, afinando el oído. Se escuchaban disparos, gritos lejanos, alguna explosión, luego otra más potente y sostenida. Quienes pasaban en esos momentos por allí también se habían detenido, sin saber muy bien a qué atenerse.

—Suenan muy cerca, puede que en el barrio antarace —aventuró Fastul, ya que una prolongación del mismo se introducía como una lengua en el barrio terrestre, a un par de manzanas de donde se hallaban.

—Vamos. —El terrestre se arrancó a buen paso, sin darle ocasión a protestar.

La balacera y los gritos seguían; la gente pasaba corriendo, contagiándose unos a otros el miedo, de forma que todos salían huyendo sin saber muy bien por qué. El terrestre, yendo a contrapelo de la desbandada, más y más rápido, acabó echando a correr, seguido a disgusto por su acompañante.

Se libraba, o más bien ya se había librado, una sangrienta refriega en el barrio antarace, tal y como supusiera Fastul. Por segunda vez en pocos días, éste se encontró con un gran vehículo incendiado. Esta vez un transporte de superficie sobre ruedas, atravesado en medio de una plazoleta, las portezuelas de par en par, dejando escapar rugientes torbellinos de fuego y con un cadáver que colgaba ardiendo de la más delantera.

Había otras víctimas tiradas por toda la plaza, antaraces en su mayoría, inmóviles unas y otras aún debatiéndose. Alguien seguía disparando desde una esquina contra un nutrido grupo de hombres, vestidos a la terrana y con capuchas rojas, que se replegaba devolviendo el fuego, llevándose con ellos sus muertos y heridos.

Eran no menos de veinticinco o treinta, constató asombrado Fastul, que jamás había oído que los capuchas rojas hubieran operado en número tal. Por su parte, la reacción del terrestre fue mucho menos pasiva.

—¿Pero otra vez esos cabronazos? —rugió nada más verlos, buscando su pistola.

Y antes de que Fastul pudiera siquiera pensar en detenerle, ya se había arrimado a la esquina y, tomando puntería, comenzado a disparar.

Uno de los capuchas rojas, herido en la cabeza, se derrumbó como un saco. Algunos de los demás se revolvieron como culebras, descargando contra ellos una lluvia de balas que les obligó refugiarse; uno les apuntó con uno de esos fusiles de enorme calibre, tan comunes en Ercunda. El tiro pegó en la esquina, haciéndola estallar en un diluvio de cascotes y polvo, y la fuerza de la explosión les derribó a ambos por tierra.

Cuando se incorporaron, ilesos, los capuchas rojas huían ya por una de las bocacalles de la plazuela. Dos hombres habían salido de tras de una esquina y estaban disparándoles enrabiados. Uno sólo de los fugitivos cubría la retirada, respondiendo al fuego con una pistola en cada mano, en una actitud que era más desafiante que efectiva.

El terrestre también descartó cualquier precaución para salir disparando. Fastul, más prudente, se parapetó en la esquina demolida e hizo fuego con su propia arma. El capucha roja volvió hacia ellos una de sus dos pistolas y retrocedió de espaldas, sin dejar en ningún momento de contestar al fuego cruzado que le hacían. En seguida desapareció a la vuelta de la calle.

Se hizo entonces un silencio, roto por el bramar del fuego y los gritos de los heridos. Los otros dos tiradores, que eran antaraces, estaban en medio de la plaza, observando desencajados la carnicería. Ellos, por su parte, fueron hasta el vehículo en llamas, aún con las armas en la mano.

—Pero si es el coche de Nar Gim Cuas... —exclamó Fastul, fijándose ahora en los logotipos de la carrocería, así como en los muertos atrapados en aquel horno.

—¿? —El terrestre miró dentro, buscando ese nombre en sus implantes de memoria.

—Es un jefe de la Gran Tuze, la sociedad que se supone contrató a Gruu Muna. —Buscó entre los cadáveres caídos más cerca, reconociendo a algunos—. Ésas son del clon Tagcum, su mano derecha. —Le señaló dos mujeres idénticas, caídas una encima de la otra, antes de alejarse unos pasos y llamarle la atención acerca de otro muerto—. Mira, aquí está Gabuye Core; a éste le conoces...

El terrestre, los brazos en jarras, se volvió de nuevo al vehículo incendiado.

—¿Qué crees que ha pasado aquí?

Fastul le mostró las palmas, renunciando a explicarle allí mismo que los antaraces de rango tenían el privilegio de usar coches de superficie en ciudad. En esas calles peatonales, nada más fácil que tender una emboscada a un vehículo así, obligado a circular con lentitud. Los capuchas rojas habían sido muchos y con gran potencia de fuego, y los antaraces poco habían podido hacer con sus armas ligeras. Aparte de que los primeros se habían empleado con una ferocidad inaudita, aparentemente matando a todos cuanto se encontraron en su camino.

—¿Tendrá Muna alguna relación con todo esto?

—¿Muna? —El terrestre se quedó pensando—. Tendré que examinar...

—¡Ayúdenos, por favor! —les gritó uno de los dos antaraces, porque nadie más se había asomado aún por la plazuela—. ¡Esta gente se está muriendo!

—¡! —Fastul se despabiló de repente y, avergonzado, echó a correr—. Venga, vamos a echarles una mano.

—Bueno.

Aún pasó tiempo hasta que comenzó a llegar gente. Una nave de seguridad apareció poco después y, tras una pasada, aterrizó lentamente, haciendo destellar sus luces. Le siguió una de sanidad y, casi en seguida, otra. Entonces ellos dos se fueron de allí, abriéndose paso entre los mirones. Anduvieron un trecho en silencio, paseando hombro con hombro bajo el resplandor rojo de Panac.

—¡Pobre gente! —suspiró Fastul—. Esto ha sido una matanza y no quedará así.

—¿No? ¿Qué es lo que van a hacer los antaraces?

—Los antaraces no sé, pero los apaciguadores no se van a estarse de brazos cruzados.

—¿Los apaciguadores? ¿No estaban los capuchas rojas fuera de su jurisdicción?

—Eso tampoco es así. —Sacando las manos de las mangas, le ofreció un cigarrillo—. En Ercunda la ley es más espíritu que letra y hay normas no escritas que todo el mundo respeta. Esos capuchas rojas se han pasado, y no poco, de la raya: los apaciguadores obrarán en consecuencia.

—Los capuchas rojas siempre actúan pagados, ¿no? —especuló el otro—. Y el objetivo primario era ese coche, que era de un pez gordo de la Gran Tuze.

—Nar Gim Cuas. ¿Crees que Muna tiene algo que ver?

—¿Que se haya vuelto contra sus jefes? Puede. Desde luego, Muna es como un escorpión. —Se quedó pensando de nuevo—. Un escorpión, eso es: si tiene varias opciones, indefectiblemente elige la más sangrienta. Siempre acaba picando y, ahora que se me ocurre, puede que no pueda evitarlo... ¿Estaba ese Cuas en el coche?

—No he podido distinguir quién estaba dentro. Pero, por si lo estás pensando, este tipo de sociedades antaraces no son camarillas alrededor de un jefe; son algo bastante más sólido y complejo. Para acabar con ellas, no basta con descabezarlas.

—Entonces esto no la liquida, incluso si Cuas ha muerto.

—De entrada no. Aunque desde luego que la Gran Tuze acaba de recibir un buen golpe; ha perdido este nocturno algunos de sus pesos más pesados: dos de las Taecum, Gabuye Core, Suni Carpan...

—Ya. —El terrestre se detuvo y señaló a una calle transversal—. Yo me voy por aquí. Lo mejor es que me ponga manos a la obra cuanto antes: hay muchos datos nuevos que procesar y esto puede ser dar un giro drástico a todo.

—Supongo que será mucho trabajo —dijo con cierta simpatía Fastul.

—Y tanto. Ojalá estuviera ya aquí el equipo de apoyo, todo sería mucho más fácil.

—No te entretengo entonces —Fastul cabeceó, señalando calle adelante—. Yo

sigo de frente. ¿Me tendrás al tanto?

—Claro.

Al nocturno siguiente, Fastul asistió junto a Bilgrum a las exequias públicas de las víctimas. Por alguna razón, ella daba una gran importancia a esta circunstancia e insistió tanto que al cabo, con toda clase de reparos, él se avino a estar presente.

Había habido treinta y dos antaraces muertos en la refriega, muchos de ellos peatones que pasaban por la plaza en ese instante y que nada tenían que ver con la Gran Tuze. Se trataba de una verdadera matanza, un baño de sangre; la colonia antarace estaba anonadada y las autoridades del barrio habían dispuesto luto y ceremonias oficiales, así como pública cremación, conforme a las creencias religiosas de su gente.

Las honras tuvieron lugar en la plaza más grande del barrio, que fue del todo insuficiente para la multitud que acudió al acto. Habían instalado en su mismo centro una deidad fúnebre antarace, de seis o siete metros de altura, que parecía forjada en hierro oxidado. Una estatua masiva, tripuda, con las piernas cruzadas y las manos sobre el regazo. Sus facciones herrumbrosas —ojos rasgados, orejas puntiagudas, nariz aplastada— hicieron pensar a Fastul en un demonio infernal antes que en una divinidad liberadora; una impresión acentuada por el fuego que ardía en el interior de la efigie, con tanta furia que grandes llamaradas salían constantemente por sus oídos y fosas nasales.

Él presenció toda la ceremonia desde las gradas, a altura, acompañando a las hermanas Bilgrum, que iban vestidas las cinco de blanco y negro. Entre el clamor de la muchedumbre, los cuerpos —envueltos en mortajas blancas con ricos bordados en azul y oro— fueron llevados en volandas hasta el pie de la estatua. Allí eran recogidos por oficiantes ataviados con trajes ignífugos, que los arrojaban al fuego encendido en el seno de la estatua.

La oscuridad, el fuego, la inmensa luna roja, todo aquel espectáculo multitudinario y sombrío, lograron hacer mella en Fastul, que apenas pronunció palabra al término del acto, ni tampoco luego cuando, tras despedirse de las otras cuatro, Bilgrum le acompañó a su casa. Hicieron todo el camino cavilosos y casi en silencio, aunque una vez allí se produjo una fuerte discusión entre ellos.

Se rumoreaba que aquel sangriento incidente había sido instigado por algunos cortesanos de Teicocuya, lo que era tanto como decir él mismo, como respuesta al asalto a palacio durante el Anarsegut. Esa opinión era tan generalizada, y se expresaba tan abiertamente, que Fastul sospechaba que el propio Teicocuya había hecho propalar el rumor. Y Bilgrum, tras las honras, se había referido indignada a ese mismo tema.

—¡Ese gordinflón! ¡Ése, ese...! —se atropellaba, rabiosa—. Ese payaso, que por sí mismo no es nadie; que podríamos hacerle desaparecer así —e hizo chasquear los dedos en el aire.

—No tan fácil —replicó él con cierta sequedad, sirviéndose una copa de

aguardiente frío.

—¿Nooo? Un par de nuestras unidades de intervención planetaria podrían apoderarse de todo el planeta en esto —y volvió a chascar pulgar y medio delante de su nariz.

—Hacedlo... y a lo mejor resulta que los ercundanos son más difíciles de controlar con la mano derecha que con la izquierda.

—Bah.

—Eso sin contar con que no sois los únicos planetas en la galaxia. Puede que algún otro mundo se opusiera a esa intervención, incluso a tiro limpio. Teicocuya lo sabe y cuenta con ello... —Dejó morir la frase. Había tenido en la punta de la lengua que el déspota, además, lo era gracias al apoyo de ciertos antaraces; sociedades como la Macurné, a la que pertenecía Bilgrum. Pero supo callarse a tiempo.

—Ese tío cerdo mandó a un montón de capuchas rojas a nuestro barrio, en pleno nocturno, a matar gente. —Gesticuló ante su rostro, cada vez más alterada—. Han muerto treinta y dos ciudadanos de Antar Acea y esto no puede quedar así.

—¡A la mierda con vosotros! —saltó Fastul—. ¿Treinta y dos? Tenía que haber estado en palacio cuando el Anarsegut y ver: yo creía que eso de «alfombra de muertos» era una figura literaria; pero no lo es; no, no lo es.

—Pero... —trató ella de responder, sorprendida por ese estallido.

—Ni pero ni nada. —Ahora era él el que se iba acalorando, a su pesar—. Hubo más de quinientos muertos, así que no me vengas con historias. Si se juega, hay que estar a todas. Porque no sé si os dais cuenta de que muchos ercundanos, en el fondo, se han alegrado de lo ocurrido en el barrio antarace. Teicocuya no es ningún tonto: la matanza del Anarsegut fue, en parte, culpa de vuestras intrigas; así que la gente se ha tomado esto como un contragolpe y muchos se lo aplauden.

—Eso de culpa nuestra es hablar por hablar —protestó Bilgrum, ahora a la defensiva.

—Mira, no me tomes por tonto. Yo comprendo que os creáis algo aparte: que quinientos ercundanos no valgan para vosotros nada, en tanto que treinta y dos de los vuestros lo son todo... pero también debíais comprender vosotros que los demás no sean de la misma opinión.

—La mayoría no tenían nada que ver, Sig... pero si no eran más que gente que pasaba por allí en ese momento. —Lo sé. Ya lo sé.

—Entonces, ¿por qué estamos discutiendo? —Porque eso no es lo que has dicho antes.— El tono iba suavizándose ahora—. Antes estaban hablando en plan: ¿cómo se atreve ése a tocar un sólo pelo a un antarace?

Ella no contestó nada y, en el silencio consiguiente, Fastul se encendió un cigarrillo. Fue Bilgrum quien habló primero.

—Sin embargo, me han dicho que tú también estuviste en la plaza Marsile y que interviniste en el tiroteo con los capuchas rojas.

—Pasaba por allí y lo de liarse a tiros fue cosa de Cosmos a Moa. Y él no lo hizo

porque tenga una especial simpatía por los antaraces, sino porque les tiene ganas a los capuchas rojas.

—Pero estuvisteis luego ayudando a los heridos. —Mujer.— Agitó disgustado la cabeza—. Eso se llama humanidad. ¿O qué querías que hiciese?

Ella asintió lentamente. Hubo un nuevo silencio y ella titubeó, moviéndose de un lado a otro y evitando sus ojos. Por último, recogió su abrigo negro y blanco, que estaba cuidadosamente doblado sobre el respaldo de un sillón.

—Será mejor que me vaya con mis hermanas —dijo, cabizbaja.

—Oye, la discusión se ha acabado. Ya está. Ella cabeceó, sin mirarle, y no dijo nada; pero no soltó el abrigo.

—Ya está —repitió Fastul, aun sabiendo que era inútil.

—Ya está —aceptó Bilgrum, que se estaba poniendo el abrigo, rehuyendo en todo instante sus ojos—. Mira, tengo hoy el humor tonto; ya me conoces. Todo esto nos ha afectado mucho, de verdad: lo mejor es que estemos juntas.

—Como quieras —suspiró él, seguro de no estar diciendo lo que debía.

Ella recogió su mitra negra.

—Ya hablamos —le dijo cabizbaja. Y se fue.

Fastul se quedó sólo. Se contempló en el espejo de la sala, sintiéndose por alguna razón como quien ve a un extraño. Se quedó allí, mirándose un buen rato, antes de hacerse a sí mismo una mueca de desaliento y dejarse caer a plomo en uno de los sillones, con la copa en una mano y el cigarrillo en la otra.

VIII

LO QUE PASA ES QUE ERES TONTO —sentenció Cosmos a Moa, más comunicativo que de costumbre—. Tonto de remate.

—Vaya, hombre. —Cigal Fastul se volvió hacia él, sin tomárselo a mal—. ¿Y por qué soy tonto, si es que puede saberse?

Estaban acodados en la barra del Trece Saltos, en el barrio terrano, con un par de vasos delante y charlando un poco de nada. Era buena hora, con casi ninguna mesa libre y bastante gente de pie, de forma que el local estaba agradablemente lleno, sin tampoco el agobio de las apreturas. Dos camareros trajinaban tras la barra, aunque ninguno era el terrano calvo de la vez anterior, ya que ese nocturno libraba. Sobre el estrado, tres músicos nómadas tocaban unos extraños instrumentos de barro, cuero y metal, inundando la penumbra con sonos que eran a un tiempo vibrantes y suaves.

Ellos discutían sobre los sucesos del barrio antarace y los rumores acerca del mismo. Fastul había comentado con el terrestre el sepelio público al que había asistido y acto seguido, sin saber muy bien por qué, le habló de Bilgrum y de su relación con ella, así como de la disputa que habían tenido. Fue en ese momento cuando a Moa se echó a reír.

—Con la que le liaste, ¿todavía te extraña que se marchase dejándote plantado?

—¿Con la que...? ¿Yo?

—Una discusión no es un debate: a veces no se trata de ver quién tiene o no tiene la razón. Ella estaba fastidiada, hombre, y hablar era una forma de aflojar la presión. Creo que te estaba pidiendo una pizca de atención y tú, en vez de dársela —aquí se permitió una sonrisa aviesa— te enzarzaste en una disputa de lo más estúpida con ella.

Fastul, con un suspiro, sacó un cigarrillo. Lo encendió y, acodándose en la barra, fue dejando salir muy despacio el humo.

—Bueno —acabó por conceder—, puede que tengas algo de razón.

—La tengo. Date cuenta de que ella es exterior aquí...

—Yo también lo soy.

—No es lo mismo. Tú eres de un planeta que no es más que un nombre para los ercundanos. Estás solo y, hasta cierto punto, te has amoldado a los indígenas. En cambio, los antaraces son vecinos de esta gente; hay entre ambos toda una historia, aparte de un montón de estereotipos y prejuicios mutuos. Son exteriores aquí, exteriores de verdad: extranjeros.

—Ellos se lo buscan: forman colonias, viven aparte y miran por encima del hombro a los ercundanos. Además, siempre andan metiendo mano en los asuntos locales. —Eso es porque son los más fuertes, no los más malos.— No me interpretes mal. —Fastul sacudió tercamente la cabeza—. Pero es que los antaraces son a veces tan soberbios, tan despectivos hacia los de aquí...

—Aunque no lo quieran reconocer, se saben en casa ajena: viven en colonias y

barrios propios, y adoptan esa pose de superioridad. Pero cuando pasa algo como lo del otro nocturno, treinta y tantos muertos entre los suyos, ¿dónde queda esa pretendida seguridad? ¿De qué les sirve entonces todo el poderío de su planeta madre? —Encendió a su vez un cigarrillo—. Están en inferioridad aquí y lo saben: en su actitud hay un punto de miedo. Tú debieras darte cuenta y no dejarte llevar por lo que, después de todo, siguen siendo prejuicios... y no ser tan patoso con tu chica.

—La verdad —reconoció con franqueza Fastul—, no se me hubiera ocurrido que alguien como tú prestase la más mínima atención a estas cosas.

El otro sonrió crípticamente, quizás aceptando eso como un cumplido, y no dijo nada.

—Lo cierto es que los antaraces son difíciles de entender. —Fastul, con gesto hastiado, se apoyó una mano en la frente—. Muchas veces, por más que lo intento, no consigo comprender qué es lo que pasa por la cabeza de Bilgrum.

—Me has dicho que forma parte de un grupo clónico, ¿no?

—Sí —bufó.

—Ya. —El otro volvió a sonreírse—. Eso, por sí mismo, ya suele ser problema bastante.

—Y tanto. Para ella no hay nada tan importante como su grupo clónico, nada. —Agitando la cabeza, dio una calada—. Se comportan como si de veras fueran una sola persona, y esa maldita manera suya de hablar...

—¿De dónde decías que eras? —El terrestre le estaba mirando ahora pensativo.— De Anfonga III.

—No lo conozco. ¿No hay allí grupos clónicos? —Ni grupos clónicos ni nada. Es un mundo de baja tecnología y las leyes no permiten más nacimientos que los naturales.

—Entonces, entiendo que te choque. Pero en cierta forma son una misma persona: son idénticas en geno y fenotipo, nacidas a la vez, criadas y crecidas siempre juntas... los grupos clónicos se ven a sí mismos como una personalidad única y plural, y, dejando de lado lo que de mito haya en esa postura, tampoco les falta razón. Aparte de que ellos refuerzan tal situación con todos los medios a su alcance: se visten igual, se comportan igual, lo saben todo unos de otros...

—¿Lo comparten todo? —Lo comparten todo, aunque es algo que ningún grupo clónico va a admitir nunca abiertamente.— Él observó con cierta curiosidad, antes de aventurar con cautela—. Entonces, ¿tú crees que...?

—Estoy convencido. Maldita sea. —Así que de vez en cuando tu chica te da el cambiazo con una de sus hermanas.— Volvió a escudriñarle a través del humo de cigarrillo, ahora de un humor turbio—. ¿Y dónde está el problema?

—Qué gracioso. —Fastul medio sonrió con desgana—. El problema es la incertidumbre, el no saber qué esperar de ella, esa falta de confianza... —meneó la cabeza, como buscando palabras—. A veces, Bilgrum se cierra en banda y me es imposible llegar a ella.

—Siempre tendrá puertas cerradas para ti, de la misma forma que te comparte con sus hermanas. Supongo que es una forma de evitar fisuras entre ellas y seguir siendo como son. Los clones grupales son así: no tienes que entenderla, ni siquiera aprobar todo lo que hace; pero más te vale aceptarla como es. Supongo que, antes de comenzar vuestra relación, ya sabías lo que era, ¿o no? Pues hay cosas que no pueden cambiarse: si lo intentas, si la agobias, lo único que vas a lograr es perderla.

—¿Habla la voz de la experiencia? —quiso bromear Fastul.

—Sí —afirmó con petulancia el terrestre.

Tras eso se quedaron callados un rato. Fastul jugueteaba con su vaso, Cosmos a Moa aplastó la colilla y casi en seguida se puso otro cigarrillo en la boca, encendiéndolo casi sin darse cuenta.

—Dicen que el propio Teicocuya es quién está detrás de lo del otro día —dijo al cabo Fastul, más que nada para romper el silencio.

—Eso he oído.

—Así que entonces Gruu Muna no tuvo nada que ver.

—Al contrario: cada vez estoy más convencido de que todo aquello fue obra suya.

—No veo cómo una cosa puede cuadrar con la otra.

—Me parece que no acabas de entender cómo es Muna. Los asuntos así son precisamente su especialidad: manipular factores menores para influir en las decisiones humanas, en uno u otro sentido.

—No me irás a decir ahora —hizo una mueca escéptica— que Muna puede influir en Teicocuya.

—Es posible, sí, a través de la concatenación de pequeños sucesos. —Hizo una pausa—. Suponte un ejemplo: alguien choca en la calle con un cocinero de palacio, éste llega a trabajar de algo peor humor y grita a un pinche, que a su vez no pone el debido cuidado en un plato, plato que llega a la mesa de Teicocuya cuando éste está pensándose una posible represalia contra los antaraces. Y él, algo más agriado por la mala comida, se decide por enviar a los capuchas rojas...

—Vale. Entiendo. ¿Pero es eso factible? —Muna tiene la capacidad de ver las posibles líneas de futuro y a dónde conduce cada una. En el ejemplo, él sería quien chocase voluntariamente con el cocinero.— Entonces es imposible de atrapar. —Sólo muy difícil— rechazó, dando una calada—. Es como un ajedrecista que... ¿sabes jugar al ajedrez? —No sé ni lo que es.

—Un viejo juego terrestre de tablero y piezas; de estrategia básicamente.

—Conozco un par de éstos.

—Bueno, pues es como un buen jugador; capaz de ver en profundidad, adelantar jugadas y adivinar a qué posibles conduce cada movimiento. Pero eso no quiere decir que pueda controlarlo todo ni que a veces las cosas salgan como él prevé. Lo que hay que hacer es romperle de continuo las jugadas, producir sucesos incontrolados. —Se tocó la cabeza, indicando que se refería al generador de acciones aleatorias que

llevaba implantado—. Todo varía una y otra vez y las previsiones de Muna se van al traste: es como si él estuviera provocando ondas en un estanque y yo tirando piedras al agua y desbaratándoselo todo. —Obligas a Muna a empezar una y otra vez de cero. — Más que eso: él siempre se ha fiado mucho de sus capacidades y, cuando le ocurre esto, es como si se quedase de repente ciego. Se pone nervioso, comete errores y realiza movimientos equivocados. Es entonces cuando puede entramparse en uno de esos cuellos de botella probabilísticos de los que te hablaba el otro día. Jaque.

—Es la jugada en la que la pieza principal del ajedrez está amenazada.

—¿Y así está él ahora?

—Lo cierto es que en estos momentos su margen de maniobra es escaso.

—¿Por qué habría entonces de causar la muerte de esos Gran Tuze? Eso le deja sin ayuda en el planeta.

—Pudo reñir con ellos. —A Moa hizo una mueca displicente—. Quizás previó que iban a librarse de él y obró en consecuencia, o tal vez eso, sencillamente, le daba la mayor posibilidad de escapar. ¿Quién sabe? Muna es mal bicho, siempre dispuesto a picar y sin lealtad por nadie. —Eso suena fatal— Fastul le miró de soslayo. — Suena como lo que es. Con Gruu Muna cerca, lo más fácil del mundo es acabar mal. — Ten cuidado.

—Lo tengo. Pero ésta última jugada de Muna ha debido ser bastante desesperada: ahora está solo en un planeta donde no es fácil pasar desapercibido. Está casi al alcance de la mano. Ojalá estuviera ya aquí el equipo de apoyo, pero éste maldito planeta está tan aislado... —Manoseó su vaso, antes de apurar—. Y ya que sale, será mejor que vuelva al trabajo: la mayor parte consiste en alimentar al equipo con información de todas clases, horas y más horas; pura rutina.

—Como la mayoría de los trabajos —Fastul se encogió filosóficamente de hombro, poniéndose ya en pie—. Bueno, vámonos entonces.

* * *

Tras separarse a la puerta del Trece Saltos, Fastul se fue calle Floce abajo, dirigiéndose a la parada de un aerobús que le dejaría prácticamente a la puerta de casa. Envuelto en su hopalanda blanca, fue caminando a lo largo de aquella arteria del barrio terrano. Era diurno y sin embargo reinaban unas tinieblas espesas, fruto de uno de los numerosos eclipses producidos por el paso de la gran luna, Panac, ante el sol de Ercunda. En la oscuridad, las calles estaban llenas de peatones ajetreados, terranos en su mayoría, reconocibles por esas ropas vistosas que tan distintivas eran de su cultura.

Así, paseando sin prisas, llegó a la parada y allí, mientras se disponía a sentarse bajo la marquesina, recibió una llamada. Como mucha gente, tenía implantado un receptor simple, capaz de recibir mensajes sencillos. Y éste rezaba: Urge, OpE; indicando que debía llamar con la mayor urgencia a su trabajo, la Oficina para

Exteriores.

Sumamente intrigado, puesto que ese diurno estaba libre de servicio, le faltó tiempo para apartarse en busca de una pantalla pública. Marcó el número de su oficina, así como su propia identificación y apenas tuvo que esperar para que el recuadro cristalino parpadeara, pasando de negro a imagen.

En pantalla surgió un ercundano vestido de blanco, con el rostro tras una máscara blanca y gris perla. Éste se le quedó mirando y Fastul le devolvió la mirada sin inmutarse, reconociendo a Canja, su supervisor, que solía acentuar la dualidad de su carácter mediante máscaras. —Soy Fastul. Acabo de recibir un mensaje.— Sí. Diríjase inmediatamente a la calle Tartaria, en el barrio terrano, a la altura del doscientos cuarenta y dos, para un asunto de la Oficina. —Alzó la palma, impidiendo la interrupción—. Acaban de matar allí a un exterior. Usted lo conoce; se trata de Cosmos a Moa, que trabajaba para el gobierno de Tani Xuoc IV.

—¿Cosmos? ¿Cómo es posible...? —balbuceó—. Pero si acabo de estar con él, no hará más de un cuarto de hora. —Está muerto. La policía local acaba de comunicárnoslo y no disponemos por ahora de más datos. Ya sé que este diurno está franco de servicio, pero como sé que les unía cierta amistad, he pensado en asignarle el servicio. Puedo enviar a otro, por supuesto...

—No. —Agitó la cabeza, anonadado—. Se lo agradezco: voy para allá.

Hirviendo de conjeturas, Fastul volvió sobre lo andado, a un paso mucho más vivo esta vez. La calle Tartaria no estaba lejos de allí; de hecho, a sólo unas pocas manzanas del Trece Saltos, en dirección contraria a la que él había tomado al separarse del terrestre.

Cuando llegó, a los pocos minutos, poco había ya que ver. La gente pasaba en todas direcciones, casi normalmente, y a la altura del número indicado sólo se hallaban dos policías del barrio, así como D. Rae, el apaciguador, interrogando a unos testigos. Y poco más: un autómata de la policía revoloteando por las inmediaciones en busca de muestras, una nave de sanidad posada en la esquina, un charco de sangre protegido de despistados y mirones mediante una valla portátil.

Mientras Fastul miraba, uno de los tripulantes de la nave de sanidad se acercó allí con paso cansino, con una bombona entre las manos, y roció el charco con espuma blancuzca. En pocos segundos no quedó de la sangre más que un polvo amarronado que el aire y los pies de los viandantes acabarían por dispersar.

D. Rae, que ya le había visto, iba hacia él apartando a la gente, alto y flaco como una torre, con su hopalanda blanca y un añadido sobre la sien izquierda: una especie de placa metálica de la que salía un cable que iba a perderse entre sus ropas, sin duda conectando aquélla con alguna unidad portátil.

—Fastul: a Moa... —Hizo un gesto comedido para suplir las palabras.

—Acabábamos de tomar juntos una cerveza —miró aturdido al apaciguador—. ¿Pero qué es lo que ha pasado?

—Se vio implicado en un tiroteo aquí mismo, en plena calle, hace un rato.

—¿Capuchas rojas?

—No. Éste actuó a cara abierta: un exterior vestido a la terrana. Según los testigos, se le acercó pistola en mano y, aunque él llegó a sacar la suya, y parece que a disparar, tenía todas las de perder. Y perdió.

—Gruu Muna. —Sin darse cuenta, Fastul hizo rechinar los dientes. Pensó que el disfraz era bueno, porque mucha gente usaba, por diversas razones, ropa terrana: así que unos le tomaría por tal y éstos, a su vez, tampoco le prestarían atención—. Muna.

—Es casi seguro.

Con dedos algo temblorosos, Fastul sacó un cigarrillo de la cajetilla.

—Mierda.

—Lo tienen ahí. —El apaciguador señaló a la nave de sanidad—. ¿Quiere verlo?

—No, no —rechazó enérgicamente con la cabeza.

—Le cogeremos; yo le cogeré. —Entonces, Rae se tentó con la punta de los dedos la placa metálica sobre la sien—. Es un generador de acciones aleatorias, montado según las instrucciones que nos suministró a Moa. Muna no escapará.

—Ojalá.

—No escapará. Cada movimiento que hace, le permite escabullirse de momento, pero le arrincona más. Está en el embudo y ahora, por fin, sabemos cómo es su cara.

—El embudo, el cuello de botella. A Moa me lo contó; precisamente estuvimos hablando de ellos antes de separarnos. —Miró al otro con una especie de satisfacción amarga—. Así que Muna se ha metido en la boca del lobo matándole.

—No. Pero esto sólo le da un respiro y, a su vez, le conduce a nuevas situaciones de peligro. Hemos puesto el espaciopuerto en alerta y vamos a mover su descripción. Esto es cuestión de tiempo, a no ser que huya al desierto; pero allí sería aún más fácil capturarlo.

—No le infravalore, Rae. A Moa hablaba de él...

—No lo hago. —Se dio la vuelta a medias, como dispuesto a irse—. Siento lo de a Moa, Fastul; son gajes del oficio. Usted haga su trabajo y váyase. Y estese tranquilo, que, si aparece algo nuevo, yo mismo se lo haré saber.

IX

BILGRUM Y FASTUL habían quedado en verse ese nocturno en casa del segundo, ya tarde, y como éste tenía tiempo libre y no estaba de humor para casi nada, decidió ocuparse de su cocina automática. Se trataba de un gran artefacto, objeto de no pocas bromas por parte de Bilgrum y los amigos, que había comprado años atrás en los talleres del astropuerto, procedente del desguace de alguna nave privada y al que mimaba como a la niña de sus ojos.

Se entretuvo en calibrar, regular, limpiar filtros y depósitos, comprobar sensores, circuitos, placas. Luego comenzó a repasar su colección de memorias gastronómicas, de la que se sentía especialmente orgulloso, formada por más de mil tarjetas, cada una de ellas de un planeta distinto. Mediante monitor, fue navegando por un maremágnum de platos, ingredientes, condimentos, sumergiéndose cada vez más en la lectura y olvidando poco a poco su humor previo, bastante sombrío.

Ni se fijó en el tiempo que le llevó esto; porque, así como otros podían imaginarse un planeta a partir de su biología, geología o meteorología, así él podía pintarse un mundo en concreto, gracias a sus elementos culinarios. Y así, saltando de una memoria a otra, fue animándose a preparar una cena exótica; una de sus mayores aficiones, últimamente algo arrinconada por uno u otro motivo.

Tras mucho buscar y descartar, y distraerse una y otra vez con datos curiosos que le llevaban a otros nuevos, optó por una comida típica de los Kempir, una cultura trashumante de las praderas altas de Narmusi II. O mejor dicho una imitación pasable a base de sucedáneos, propuestos por los programas, ya que era imposible conseguir en Ercunda muchas de las materias primas originales.

Así pues, con una mochila al hombro y un listado en el bolsillo, se echó a la calle y al rato estaba ya en el barrio terrano, huroneando por las tiendas del Mercado Viejo. Como tantos devotos de la cocina, Fastul era de esos que preferían recorrerse ellos mismos los puestos, comprando una punta aquí, un hueso allá. Aparte de que aquel mercado, con sus abastos interplanetarios, sus despachos de especias y sus viveros acristalados siempre había sido para él una fuente inagotable de fascinación.

Ya de vuelta, se reservó él mismo algunos platos, dejando el resto a la cocina automática. Con ciertas dudas —ya que el paladar de Bilgrum no era tan flexible como el suyo— se había arriesgado con un menú de cinco platos. Un caldo de aves. Un escarabajo gigante, abierto en dos partes y relleno con una pasta agridulce cuyo primer ingrediente era la carne del propio insecto. Media docena de platillos con cremas ácidas, saladas y amargas, junto a tortitas minúsculas. Una ensalada de legumbres silvestres, tubérculos y queso agrio, aderezada con miel muy clara. Y un guiso de carne. Todo acompañado por cerveza floja, una infusión de raíces, muy amarga, y un vino de bayas tan dulce como el moscatel.

Se aplicó sobre todo a la carne, en especial a la salsa, espesa y muy picante, añadiendo, rectificando, probando una y otra vez con la punta de la lengua. Por fin

apartó la olla del fuego y, tapándola a medias, dejó reposar. Entonces dispuso con sencillez la mesa, sabiendo que Bilgrum estaba al llegar. Iban a dar la hora y ella no era de los que se retrasaban por sistema, no más allá de unos pocos minutos.

Pero en esa ocasión fueron diez, quince, veinte minutos y, según transcurría el tiempo sin que ella apareciera, él iba pasando del fastidio a la irritación y de ahí a la inquietud, para acabar cayendo en un estado que era mezcla de todos los anteriores. Estuvo tentado de llamarla, pero se contuvo pensando que, de ocurrir algo serio, ya se habría puesto ella en contacto con él o, peor, lo hubieran hecho sus hermanas.

Conectó la pantalla, pasó de un canal a otro, la quitó, puso música, se sirvió una copa, estuvo trasteando un poco por el salón, sin saber muy bien qué hacer, y acabó asomándose a la ventana, a fumar un cigarrillo y observar detrás de los cristales la plaza, la gente, el círculo rojo de Panac tras los tejados negros.

Sólo después de más de dos horas de espera oyó, con innegable alivio, abrirse la puerta y, una fracción más tarde, Bilgrum apareció como una tromba.

—Perdóname. ¡Tenemos un follón en la embajada!, y la verdad es que se me fue la hora de la cabeza. Se me pasó el tiempo y cuando quise darme cuenta... lo siento, lo siento.

Fastul la miró y no dijo nada; la conocía lo bastante como para saber cuándo algo le preocupaba e intentaba ocultarlo. Ahora ella se estaba quitando el abrigo; echó una ojeada en torno y se decidió a dejarlo, junto con la mitra negra, en el respaldo de un sillón. Luego, sin pensar, se arregló el uniforme negro y entonces, mientras se ajustaba una de sus condecoraciones doradas, sus ojos se posaron en la cocina.

—Oh, has estado guisando. —Se encogió perceptiblemente—. Lo siento.

—Vamos a cenar. —No se le ocurrió a Fastul otra cosa que decir y, dando orden a la cocina automática de recalentar platos, comenzó a sacar las cremas, el escarabajo y la ensalada, que se tomaban fríos.

—No tengo mucho hambre.

—Ni yo: se ha pasado la hora. Pero ésta es la comida que preparan los Kempir de Narmusi II para celebrar la reunión de las hermandades, durante la estación de los pastos altos. Son cinco platos y, al menos, pienso probarlos todos.

Se sentaron y Bilgrum eligió una taza de infusión amarga, en tanto que Fastul se servía un vaso de cerveza. Tomaron unos cuantos bocados en silencio.

—Mira, de verdad —quiso romper ella—, no sabes cuanto siento lo de la cena...

Fastul levantó los ojos del plato y la voz de ella se fue apagando. Cuando sucedía algo así, solía dejarla hablar, darle cuerda hasta que se decidiera a dejar salir lo que llevase dentro. Pero ese nocturno el humor de Fastul andaba demasiado turbio para todo eso.

—Mira. Que le den a la cena —dijo lisamente—. ¿Qué es lo que pasa?

—Hay relevos en la embajada —respondió ella tras un instante, sin saber muy bien dónde poner los ojos—. Cambio de destino; nos vamos del planeta.

—¿Qué? —Fastul se le quedó mirando helado.— Nos relevan, a nos y a media

embajada más. Acaba de llegarnos las órdenes desde Antar Acea.

Abrumado, Fastul no supo qué decir. Algo había oído sobre cambios en la embajada antarace. Que en su planeta madre creían que las pugnas entre facciones habían rebasado un límite y se les habían ido a éstas de las manos, provocando indirectamente la matanza de antaraces. Que los gobernantes se habían visto obligados a intervenir, actuando contra unos y otros. Pero no había dado mucha importancia a esos rumores, no pensando en ningún momento que eso afectase a Bilgrum.

Dio un sorbo. La posibilidad del relevo, sin embargo, había pesado desde el principio en su relación; sabían que sucedería tarde o temprano, era un tema hablado hasta la saciedad y más de una vez había sido fuente de especulaciones morbosas entre ambos.

—¿Cuándo?

—En seguida. Puede que dentro de diez o doce días.

—¡Por Todo...! —Se echó para atrás en el asiento, suspirando.

Bilgrum le estaba mirando ahora y él, viendo aquellos ojos oscuros y expresivos, comprendió que ella había estado temiendo, y quizás deseando, una explosión por su parte. Se llevó la mano a la frente, sin encontrar palabras.

—Nos hemos estado hablando —añadió entonces ella, con cierta timidez—. Nos vamos a arreglarlo para que yo pueda quedarme un par de semanas más. De momento nos envían a Antar Acea, en espera de nuevo destino, y puedo reunirme allí con ellas.

Él se apartó la mano. Dos semanas ercundanas, treinta ciclos.

—No, no. —Se oyó a sí mismo, como si fuese otro quien hablase—. Treinta días tipo, además de ni se sabe cuántos de viaje. Es mucho tiempo separada de tus hermanas, demasiado.

Ahora ella le estaba mirando boquiabierta, pero él no le dio oportunidad de interrumpirle.

—Nunca os habéis separado más de unos pocos días ¿cómo ibais a hacerlo tanto tiempo? Pertenece a un grupo clónico y eres como eres. No puedo pedirte eso: acabaría siendo un infierno para ti y, de rebote, para los dos. No. Ya sabíamos que esto tenía que pasar antes o después. Nos quedan veinte o veinticinco ciclos; así que será mejor que los aprovechemos.

—Es verdad que pertenezco a un grupo clónico —admitió Bilgrum en voz baja. En sus ojos se veía que no sabía que pensar—. Pero tú eres tan distinto y nunca has podido entender...

—No. No es que no entendiera, es que no quería entender. Supongo que es humano —e, impulsivamente retuvo una de sus manos entre las suyas. Durante un instante de silencio, le acarició los nudillos—. Veras, yo...

Le cortó un zumbido de lo más desagradable, avisando que tenía una llamada urgente. Maldiciendo, pegó tal puñetazo en la mesa que mandó por los aires platos y vasos, e hizo que Bilgrum diera un brinco en el asiento, sobresaltada por ese pronto.

Se acercó a la pantalla con un par de zancadas rápidas y aceptó la llamada. El monitor parpadeó para mostrar a D. Rae de medio cuerpo, envuelto en una hopalanda negra, con el visor puesto y aquella placa metálica aún sobre la sien izquierda.

—¿Sí?

—Estoy sobre la pista de Muna —dijo, sin mayores preámbulos el apaciguador—. Necesito que me eche una mano.

—¿Yo?

—No tiene por qué venir.

—No, no. Voy para allá. ¿Dónde...?

—No hace falta. Una nave le recogerá en su casa, en unos minutos.

—En seguida estoy listo.

—Bien. —Rae asintió, dando por finalizada la comunicación; la pantalla iba ya oscureciéndose y en seguida quedó en negro.

—¿Muna? ¿Gruu Muna? —casi le chilló Bilgrum, ahora también en pie—. Ése era D. Rae, uno de los apaciguadores, ¿no? ¿Para qué te necesita a ti esa gente?

—Lo ignoro —admitió él, ciñéndose ya la pistolera bajo la axila—. Muna, este mismo diurno, ha matado a Cosmos a Moa en mitad de la calle Tartaria... pero no sé si tiene alguna relación con eso.

—¿Que Muna ha matado a Moa?

—Este mismo diurno —repitió. Entrando en la alcoba, volvió a salir con una hopalanda negra bajo el brazo—. Ahora no puedo contártelo todo; no tengo tiempo —se demoró un instante, ya junto a la puerta—. No sé cuánto tiempo voy a estar fuera...

—Es igual. Prefiero quedarme y esperar.

—Volveré en cuanto pueda. —Y salió.

Rae no exageraba al hablar de minutos. Según Fastul salía por la puerta, una nave aérea aterrizaba ya enfrente. Entró sin demora. El vehículo estaba pilotado por un ercundano macizo y de aspecto rudo y, aunque ni se identificó ni llevaba insignia alguna, por algún motivo, a Fastul no le cupo duda de que se trataba de un apaciguador. En pocas palabras, mientras despegaba en manual, le puso al corriente de la situación.

—Rae ha seguido la pista de Muna hasta una casa de huéspedes; un sitio llamado «Estación Ciudad» que...

—Sé cuál es. Está en el barrio viejo, pegando ya al terrano. Suelen parar bastantes exteriores por allí.

—En efecto. Por desgracia, la S.P. también ha dado con el lugar y una unidad de intervención ha asaltado la casa a tiro limpio.

—¿La S.P.?

—Hace un rato.

—¿Y qué espera Rae que yo haga al respecto?

—Eso sí que no lo sé. —El piloto encogió sus grandes hombros, dando por

terminadas las explicaciones.

Fastul se desentendió de él para mirar por la ventanilla. Estaban ya en pleno Miquiníes y volaban sobre una ciudad dormida. Contempló distraído cómo pasaban sobre calles y plazas desiertas, y en seguida llegaron a su destino. El piloto le hizo fijarse en un edificio de cuatro cúpulas, con una quinta y más grande en el centro, antes de señalarle más arriba, al aire. Fijándose entonces allí, en el cielo nocturno, Fastul llegó a distinguir una nave grande y oscura que sobrevolaba en círculos el área.

Aterrizaron algo más allá y en el acto, como salido de la nada, D. Rae apareció junto al vehículo, arropado en un manto color rojo sangre. Con un ademán apremió a Fastul a seguirle; pero éste, a su vez, le hizo un gesto, invitándole a detenerse un instante.

—Un momento, Rae. ¿Se puede saber qué es lo que pasa?

—La S.P acaba de hacer una redada en una casa de huéspedes donde, por lo menos hasta hace nada, estaba oculto Muna.

—Sí, ya me lo ha dicho él. —Fastul señaló con la cabeza a la nave aérea, que ya despegaba.

—Tengo que echar un vistazo ahí dentro.

—¿Y qué quiere que yo le haga?

—Que consiga que los de la S.P nos dejen entrar.

—¿Yo?

—Ahí dentro hay unos cuantos exteriores detenidos y eso es competencia de su oficina.

—Como si a los de la S.P. les importase algo la Oficina para Exteriores...

—La oficina no, pero usted sí. Después de su actuación en los sucesos del Anarsegut, usted está muy bien visto en palacio.

—Oiga, que yo...

—Eso es así —le cortó, impaciente, el apaciguador—. La S.P, en cambio, como no supo anticipar el golpe, está ahora mismo en una situación bastante delicada... no creo que vayan a impedirle entrar, si usted se lo pide.

Fastul se pasó una mano por los cabellos, pensándose unos segundos.

—Bueno, venga —suspiró—; vamos a intentarlo. Pero, si se ponen difíciles, me doy media vuelta y me voy, y usted se viene conmigo sin decir ni mu. No quiero jaleos con esa gente.

—De acuerdo.

Echaron a andar. Calle adelante había naves posadas, así como un número considerable de hombres armados, cubiertos unos con armaduras de combate y de civil otros. El silencio era casi total y, aunque todo estaba cerrado a cal y canto, uno podía intuir a los vecinos tras las celosías, atisbando por las rendijas. Un hombre alto, con una hopalanda negra y roja, les salió al encuentro; Rae se identificó como apaciguador y aquél, aunque remiso, les franqueó el paso.

—Ahora le toca a usted —le susurró Rae a su acompañante, según subían por las

escaleras de ladrillo.

Había más guardias armados en los rellanos, y también arriba, a las puertas del albergue. En el mismo umbral, les detuvo un sujeto de ojos fríos y aire de autoridad.

—No pueden pasar —les informó, sin pedir explicación alguna.

—Esto afecta a una investigación de los apaciguadores —objetó Rae—. Necesito echar un vistazo.

—No —volvió a denegar el otro, cabeceando con una especie de cortesía distante.

—Ahí dentro hay exteriores, ¿no? —se apresuró a intervenir Fastul, viendo que el apaciguador ya abría la boca para discutir.

El hombre de la S.P. le contempló durante un momento muy largo, con más curiosidad que otra cosa.

—Y usted es...

—Cigal Fastul. Trabajo en la Oficina para Exteriores. Su interlocutor siguió mirándole mientras, mediante implantes, consultaba con los suyos sobre él. Entonces, aunque no cambió de expresión, pareció volverse de repente más cauteloso.

—Los huéspedes de esta casa están implicados en una conspiración; algunos participaron en los incidentes del Anarsegut y los exteriores por los que me pregunta son mercenarios a sueldo.

—D. Rae —Fastul señaló a éste con un gesto de cabeza— tiene motivos para creer que aquí está, o ha estado, Gruu Muna; un exterior acusado de asesinato.

—Sabemos quién es Gruu Muna. Le estamos buscando. —Todos le estamos buscando— repuso a su vez el apaciguador.

—Nos vendría muy bien entrar —acabó Fastul— y conocer las declaraciones de los detenidos.

—De acuerdo. —El hombre de la S.P. cedió, evidentemente a disgusto—. Vengan.

La redada acababa de producirse, tal y como dijera D. Rae. Había impactos en las paredes, muebles volcados, puertas rotas, y los cadáveres seguían aún tirados en medio de los pasillos, sin que aún nadie se hubiera tomado la molestia de retirarlos. Los detenidos —todos cuantos se hallaban en la casa en el momento del asalto— estaban en la sala común; una estancia muy amplia, alta y umbría, con los techos abovedados. Les habían obligado a desnudarse y ahora estaban agrupados en el centro, de rodillas y con las manos sobre la cabeza, encañonados por media docena de guardias con armaduras pesadas.

El apaciguador se fue por uno de los pasillos, yendo a inspeccionar el cuarto de Muna, en tanto que Fastul se detenía en los registros del local, tratando de conocer el número y la identidad de los exteriores allí alojados. Luego alzó la vista y, poniéndose un cigarrillo en los labios, la paseó sobre los prisioneros, varones en su mayoría. Formaban un rebaño miserable allí, agachados en la penumbra, temblando de frío y de miedo. Suspiró. Los de la S.P. sabían cómo aterrorizar a sus víctimas y era imposible no fijarse en un par de muertos desnudos a los que, obviamente, habían

disparado tras la detención.

Entre los capturados distinguió a Anju Cefara, el dueño del albergue, al que conocía superficialmente por motivos de trabajo. Se trataba de un sujeto alto y obeso que solía cultivar ademanes plácidos y distantes, como de gran señor, aunque en esos instantes estaba arrodillado entre el resto, con el rostro desencajado por el desastre.

Por algún motivo que Fastul no llegó a saber —quizás no hubo ninguno— un guardia pegó a uno de los prisioneros con un arma gruesa y flexible. Se oyó un restallar, como el de un rayo, y una cascada de chispas saltó en la penumbra, mientras la víctima lanzaba un grito espantoso. Al golpe, Fastul dio primero un brinco atrás y luego, sin pensar, unos pasos adelante. El guardia había usado algún tipo de látigo nervioso y, si bien el sonido y las chispas no tenían más efecto que el psicológico, la descarga del instrumento producía dolores atroces. El hombre de la S.P. con el que habían hablado previamente, y que se mantenía cerca, le salió al paso en seguida.

—Desde luego, no dudo que este local haya servido de tapadera a conspiradores —le dijo cuidadosamente Fastul—. Pero, por eso mismo, supongo que habrá aquí gente que nada tiene que ver con todo esto; inocentes de paso...

—Ya nos encargaremos nosotros de averiguar quién es cada cual.

Con una seña, Fastul se le llevó a un aparte, sin pensarse mucho lo que estaba haciendo.

—Oiga, quizás sería mejor que entregasen a toda esta gente a los tribunales, en vez de seguir sus métodos normales.

—¿Y por qué?

—La Federación...

—La Federación nada tiene que decir en esto. Estos exteriores están a sueldo de unos rebeldes y han violado nuestras leyes.

—Sin duda. —Fastul, meneando la cabeza, hizo una pausa, en realidad porque no sabía cómo continuar. «¿Y qué le digo yo a éste ahora?», se preguntó agobiado, antes de lanzarse—. Pero en la Representación Federal están de lo más alarmados por todo cuanto está sucediendo. Ha habido violencia, muertos, y luego está el atentado en el barrio antarace...

—¿?

—Para los representantes federales, un antarace no es más que un exterior, aunque para los ercundanos sean gente aparte. La muerte de un antarace es para ellos, a todos los efectos, la muerte de un exterior, ni más ni menos. —Volvió a interrumpirse.

—¿Y bien?

—Los federales tienen sus propios baremos —improvisó—. Es posible que se planteen la posibilidad de reclasificar este planeta. Si las guías federales catalogan a Ercunda como un planeta peligroso, aumentarán las primas de seguros, y descenderá por tanto el número de naves en tránsito y las visitas de exteriores... ¿se hace idea de lo duro que puede ser eso para la economía planetaria?

—Siga. —El hombre de la S.P., de nuevo, sin mudar de gesto, pareció haber acusado el golpe.

—Ya sabe cómo es esto —remachó Fastul, embalado—. Luego puede pasar mucho, pero mucho tiempo, antes de que se decidan a devolvernos la antigua clasificación. Hay que andarse con tiento y, desde luego, el no dar un juicio a toda esta gente no va a ayudar precisamente con los federales.

—Comprendo. Estudiaremos la posibilidad de entregar a estos exteriores a los tribunales.

Fastul cabeceó a regañadientes, notando que su interlocutor había dicho «exteriores», excluyendo así a los ercundanos. Rae, que había vuelto a tiempo de escuchar parte de la conversación, terció en ese momento.

—Yo ya he terminado. ¿Y usted, Fastul?

—También. —Le mostró el disco, copia de los registros.

—Entonces será mejor que nos marchemos ya.

Bajaron las escaleras, pasando entre los guardias armados, y se fueron calle adelante, caminando despacio bajo la luz roja de Panac.

—El pájaro ha volado —refunfuñó el apaciguador.

—¿No ha encontrado nada?

—Poco. Y, siendo como es Muna, bien puede haber previsto la redada y dejado pistas falsas para confundirnos. Trataré de interrogar a los detenidos... pero veremos, ya se sabe cómo son los de la S.P.

Siguieron andando. Fastul echó mano a un cigarrillo, pero en el último instante desistió.

—Estoy pensando en Anju Cefara.

—¿En quién?

—Cefara, el dueño del albergue. ¿Pero qué necesidad tenía ese hombre de meterse en un lío así?

—Ah. —El apaciguador se rió con aspereza—. Supongo que él no pensaba que todo iba a terminar de esta forma: seguro que, de haber salido bien el golpe del Anarsegut, habría sacado mucho... en cambio ahora es como si ya estuviese muerto. Así son las cosas.

El otro meneó la cabeza, pensando en el rostro descompuesto de Cefara. Después le vino a la cabeza la expresión aterrorizada de los prisioneros y se sintió mal. Se detuvo a inspirar.

—No me siento muy bien.

De repente le acometieron náuseas. Vomitó desparrancado y las arcadas eran tan fuertes que el apaciguador tuvo que sujetarle del codo para evitar que cayese de rodillas.

—Calma, hombre.

—¡Por...! —Boqueó, rebuscándose en los bolsillos de la hopalanda hasta encontrar un pañuelo. Se enjugó los labios.

—Usted ha hecho lo que ha podido por esa gente.

Fastul, aún limpiándose, le miró con ojos enturbiados, preguntándose cómo podría haber sabido lo que tenía en la cabeza.

—No he podido hacer nada por los ercundanos. Y en cuanto a los exteriores, ya le oyó: está por ver.

—Ha hecho lo que ha podido. ¿Qué más quiere de sí mismo?

Fastul suspiró, cabizbajo, antes de doblar cuidadosamente el pañuelo.

—Dígame —quiso saber el apaciguador—. ¿Es verdad que la Representación Federal está estudiando la reclasificación del planeta?

—No.

—Pues ha sido un buen cuento.

—Y puede que yo me haya metido en un buen lío.

—Tampoco. —Se rió, enseñando los grandes dientes—. Aunque los de la S.R indaguen y reciban una negativa, les quedará la duda de si los federales no estarán llevando el asunto en el mayor de los secretos.

—Veremos.

—¿Cómo va a volver? ¿Quiere que llamemos una nave?

—No. Cogeré el aerobús.

—¿Seguro?

—Seguro. No ha sido más que un arrechucho. —Ahora sí que se puso un cigarrillo en la boca. Observó la calle desierta; luego, alzando los ojos, los tejados y el gran disco rojo de Panac—. Téngame al tanto.

—Claro. Cuento con usted para que me eche una mano.

—Delo por hecho.

X

TRAS AQUELLO, Fastul se vio metido de lleno en la caza de Gruu Muna, si es que ya no lo estaba lo bastante. Pero, a partir de ese momento, sus jefes le asignaron oficialmente al asunto y él le dedicó una buena parte de su tiempo. Durante los días siguientes acompañó y asesoró a D. Rae, e hizo averiguaciones por su cuenta, entre los exteriores de Coliafán. Asimismo se entrevistó con varios personajes interesados en el asunto, algunos de ellos de lo más inquietantes; como aquel ercundano, con todo el aire de ser un capucha roja, o una antarace guapa y aniñada que le produjo una especial desazón, y a la que supuso una asesina genética, un monstruo de laboratorio no muy distinto al propio Muna.

A lo largo de ese tiempo interrogaron a quienes, por una u otra razón, podían haber estado en contacto con el fugitivo, visitaron lugares donde pudiera haberse alojado e investigaron la muerte de un cazarrecompensas en el barrio antiguo, quizás relacionada con el caso, ya que al parecer alguien ofrecía ahora mucho dinero por la cabeza de Muna.

Día tras día, según se estrechaba el cerco, el perseguido fue perfilándose más y más a ojos de Fastul, dejando de ser un nombre y una circunstancia para ganar volumen y convertirse en alguien más real. Algo a lo que contribuyó no poco las abundantes conversaciones que sobre él mantuvo con D. Rae.

—Sigo sin saber muy bien cómo puede capturarse a alguien así —le había dicho, desanimado, en cierta ocasión a éste—. ¿Cómo atrapar a alguien que es capaz de prever el cuándo y el cómo?

—De dos formas. Por simple azar —y aquí el apaciguador se palpó la placa adherida a la sien—. Este trasto, además de alterar las proyecciones de futuro, puede hacer que ocurra eso: que nos topemos con él por casualidad; aunque es difícil. La otra... ¿sabe lo que es el ajedrez?

—A Moa me habló de él. He estado consultando sobre el tema y conozco un par de juegos muy parecidos.

—Pues la situación es muy similar a cualquier juego de casillas. En este momento, Muna está en mala situación, tiene muy pocas opciones y se ve obligado a movimientos que le comprometen cada vez más.

—¿Pero cómo puede cometer errores si es capaz de prever las consecuencias?

—Ya no se trata de errores. Imagínese a un viajero que es atacado en el desierto por una fiera y que, para salvarse, huye abandonando agua y comida. No tenía otro remedio, si quería escapar de la muerte inminente, pero ese mismo acto le pone en un apuro. A veces, Fastul, no se puede elegir.

—Visto así... —Meneó despacio la cabeza—. Pero en la vida real no se puede acorralar a nadie contra los bordes del tablero. La vida real tiene un número infinito de casillas.

—No tantas. Y ahora Muna sí que está de veras contra el borde del tablero. Este

planeta está poco habitado, su población es mayormente nómada y tribal, y, dejando de lado las estaciones, aquí no hay más que una ciudad digna de tal nombre: ésta. No tiene más que tres salidas. —El apaciguador levantó tres dedos en el aire—. Puede seguir aquí, jugando a la culebra y el ratón con sus perseguidores, que no somos pocos, intentar salir al espacio o huir a otra parte del planeta.

—Le sería difícil pasar los controles del espaciopuerto: después de lo de la revuelta, eso está de lo más vigilado.

—¿E ir a otra zona de Ercunda? ¿Cómo iba a esconderse de nosotros, de los apaciguadores, en el desierto? No puede esperar pasar desapercibido mucho tiempo.

—En ese caso sólo le queda intentar aguantar aquí, en Coliafán.

—A cada día que pasa, la cosa se le pone muy difícil. Dan mucho dinero por él y eso desata muchas lenguas, y aguza mucho las miradas.

—¿Entonces?

—Pues es lo que estoy tratando de decirle: que, si se mueve, haga lo que haga, tiene muchas probabilidades en contra; pero que tampoco puede quedarse quieto. —Aquí sonrió—. Jaque.

Más tarde, Cigal Fastul le daría muchas vueltas a esa conversación: jaque era la jugada del ajedrez en la que el rey, la pieza clave, se veía amenazada y obligada a moverse, sin importar hacia dónde. Pero, pese a lo que el apaciguador dijese, Muna había logrado escabullirse hasta el momento, eliminando de paso a más de uno de sus perseguidores, y Fastul tenía muy presente que era un asesino nato, capaz de matar por nada, y procuraba estar en guardia. Además, al hilo de un temor bastante oscuro, había pedido a Bilgrum, sin saber muy bien por qué, que ella y sus hermanas tomaran algunas medidas de precaución.

Precisamente con ella, con Bilgrum, en la cabeza, Fastul salió de palacio al oscurecer, acabado ya el trabajo del día. Faltaba muy poco para su partida del planeta, ella y sus hermanas estaban de guardia ese nocturno en la embajada, y él tenía muy pocas ganas de enfrentarse a un apartamento vacío. Así que, envuelto en su hopalanda, cruzó sin ninguna prisa la gran plaza en dirección al Tau Co, su local favorito, para sentarse a solas y tomar un café negro y bien fuerte.

Estaba en ello, jugueteando con la taza y dando vueltas a ideas más bien negras, cuando la camarera le avisó de que la propia Bilgrum estaba tratando de comunicarse con él y estaba en línea con el local. Despabilándose sorprendido, hizo un gesto algo atropellado de asentimiento. La camarera colocó una silla frente a él, al otro lado de la mesa. En seguida el aire en esa zona comenzó como a vibrar y, en el espacio de tres o cuatro segundos, una réplica de Bilgrum se materializó allí, sentada enfrente. Se contemplaron por un instante, antes de que ella tomara la iniciativa.

—Sig... —Tanto la voz como la imagen eran perfectas, a excepción de una ligera aureola alrededor de esta última. Ni ese halo ni la demora al formarse el holograma respondían a limitaciones técnicas, sino que servían para evitar sobresaltos a los inadvertidos.

—Te veo y te oigo perfectamente.

—D. Rae me ha llamado hace un rato a la embajada: está tratando de localizarte por todos los medios.

—¿Rae? ¿Y por qué no me ha mandado aviso? —Se puso dos dedos en la sien, refiriéndose así a su implante de comunicaciones.

—Me ha dicho que lo ha intentado, pero que no hay señal.

—Ah. —Meneó la cabeza—. Habrá vuelto a estropearse.

—Es que ese implante es un trasto —le reprendió ella, con un punto de irritación repentino, muy suyo—. ¿Por qué no te consigues algo mejor?

—Es lo que se suele usar en este planeta y, si a la gente de aquí le vale, a mí también.

—Bueno. Quedé con Rae en que te buscaría; él dice que es muy urgente.

—Entonces lo mejor será que contacte con él lo antes posible.

—Es por lo de Gruu Muna, ¿no?

—Supongo que sí.

—Sig. —Ella hizo una pausa y le miró durante ese instante, como si pugnara con la preocupación—. Muna es de lo más peligroso. Ten mucho, mucho, cuidado.

—Tranquila, mujer —sonrió.

—Nos vamos a estar todo el nocturno en la embajada. Llámanos.

—Te llamaré.

Apenas se había esfumado la imagen de Bilgrum, cuando Fastul ya estaba pidiendo a la camarera un aparato fonauricular, una comunicación ésta mucho menos espectacular que los hologramas, y al poco estuvo al habla con D. Rae.

—¿Se trata de Muna?

—Eso es. Le espero en el «Vabnaye», si es que quiere venir.

—¿Cuándo?

—Cuanto antes. El Vabnaye está en...

—Conozco el sitio. Salgo para allá.

El Vabnaye estaba en el barrio antiguo, a pocas calles del límite con el barrio terrano, una zona que parecía ser la preferida de Gruu Muna. Fastul conocía aquella taberna más que nada de vista, ya que no había estado en ella más que en un par de ocasiones y de eso hacía tiempo. Se trataba de un local subterráneo, frecuentado exclusivamente por ercundanos; gente del barrio que, sin llegar a la hostilidad, mostraban un abierto disgusto ante la presencia allí de exteriores o terranos.

Sabiéndolo, Fastul no perdió tiempo en buscar a Rae. Estaba muy oscuro allí adentro, ya que las únicas luces eran unas pocas lámparas blancas y débiles y, como en otros muchos locales, había sistemas en marcha que anulaban los visores. Fue con precaución entre las mesas, sintiendo los ojos de los parroquianos y las putas; pero en seguida una sombra de gran estatura se apartó de la barra, haciéndole seña de acercarse, y así supo dónde estaba el apaciguador.

—¿Qué va a tomar?

—¿Y Muna?

—En su momento.

—Un vaso de aguardiente entonces. —Se quitó la hopalanda, porque hacía calor en aquel antro subterráneo—. ¿Qué es lo que pasa con Muna?

—He recibido una información; ya le dije que las recompensas sueltan muchas lenguas. Al parecer, Muna irá este Miquiníes a la estación de aeronaves.

—¿Trata de salir del planeta?

—O de la ciudad. No lo sé.

—¿Y qué hacemos aquí?

—Nada de particular: ha sido decisión del generador de acciones aleatorias. —En la semioscuridad, puso la mano sobre la placa metálica de la sien.

Fastul se le quedó mirando, antes de encogerse de hombros. Con la diestra tomó el vaso que le servía a desgana el tabernero, mientras que con la zurda se colocaba un cigarrillo entre los dientes.

—Gracias por venir —añadió el apaciguador—. Ya sé que no son horas.

—¿También ha decidido mi presencia el generador?

—Sí.

—En fin. —Fastul se encogió de hombros, antes de hacer una pausa pensativa—. ¿Sabe? Me pregunto si Muna no habrá cambiado de aspecto. Yo, sin grandes contactos, sé de un par de cirujanos que lo harían rápido y bien, sin preguntas.

—Casi todos los que estarían dispuestos a ayudarlo ilegalmente, lo están igual a venderle, si el precio merece la pena; y lo merece. Dan una recompensa muy alta por su cabeza, aparte de lo peligroso que resulta ayudarlo.

—Entonces Muna lo prevería y no recurriría a ellos en concreto.

—Lo que le cierra unas cuantas posibilidades y estrecha un poco más el cerco. Así es.

—¿Pero qué pasa si encuentra de todas formas alguien dispuesto? —se puso terco Fastul.

—¿Y si logra pasar los controles del espaciopuerto? ¿Y si logra colarse de polizón en una nave de carga? ¿Y si logra seguir escondido durante meses? —Hastiado, D. Rae se llevó su propio vaso a los labios—. Pues claro que aún tiene posibilidades y seguro que guarda cartas en la manga; de lo contrario, ya le habríamos atrapado.

—¿Y por qué seguimos aquí?

—Por nada. Nos iremos a la estación cuando así lo decida el generador de actos.

—A ver si mientras se nos va a escapar Muna.

—Sólo faltaría eso —se rió quedamente el apaciguador—. Pero es más seguro así; todo esto trastoca las líneas de probabilidad y nos hace prácticamente invisibles a sus capacidades.

Ya no cambiaron más palabras durante un buen rato. Hacía calor allí, la atmósfera estaba más que cargada de humo y olores, y por toda la sala parecía flotar el rumor múltiple de las conversaciones. A veces Fastul notaba que alguien le estaba

observando desde las sombras, pero la compañía de Rae, por ercundano tanto como por su rango, disuadía de cualquier demostración de desagrado ante su presencia.

—Vámonos —dijo de repente el apaciguador, dejando su vaso sin apurar.

El otro se abrochó su manto negro, apartándose de la barra sin un comentario. Salieron fuera, sintiendo de golpe el frío, y echaron calle adelante. El apaciguador, que ese nocturno no llevaba su sempiterno fusil, se cubrió la cabeza con un pliegue de la hopalanda negra, antes de meter las manos en las mangas. Fastul le imitó al principio, aunque en seguida sacó los dedos para encender un cigarrillo.

Fueron caminando por calles medio vacías, siguiendo un recorrido que a Fastul le pareció bastante sinuoso. Era una hora avanzada del nocturno, entrando ya el Miquinies, el periodo de sueño entre aquél y el diurno, y la gente iba retirándose poco a poco a descansar. Corría un viento helado que silbaba en los recodos y cortaba como un cuchillo, y sobre los tejados asomaba el disco rojo de Panac, abrumándolo todo con su circunferencia.

La estación de aeronaves estaba formada por una cúpula gigantesca, sujeta por enormes arcadas que daban directamente al exterior, así que la estructura entera era como la de una plaza techada y abierta. En las arcadas era en donde se situaban las plataformas para las naves y, dado que allí se centralizaba el tráfico aéreo con todo el planeta —con las estaciones del desierto y las colonias antaraces, así como con el espaciopuerto—, había un gran trajín de pasajeros y mercancías, además de partidas y llegadas casi constantes de naves.

Fastul y el apaciguador fueron paseando en silencio por la estación, escudriñando con disimulo a la gente. La mayoría iba abrigada y el viento les agitaba las ropas, puesto que aquella cúpula abierta ofrecía poco resguardo contra el aire o las temperaturas. Una nave larga y esbelta despegaba en aquellos mismos instantes, rumbo a Estación Veliji, según decían las pantallas.

—¿Y si Muna fuera en ésa? —rezongó Fastul.

—Mala suerte.

La rotonda estaba casi vacía en esos momentos y ellos se entretuvieron deambulando, sin cruzar apenas una palabra. Luego, poco a poco, comenzó a aumentar el caudal humano de la estación: aquel lugar se poblaba y despoblaba siguiendo un ciclo bien determinado, como mareas humanas, que era función del horario de vuelos. Las pantallas indicaban próximos despegues con destino a Estación Ahjmut y a Mo Sice, una colonia antarace casi en el polo norte del planeta.

—La nave de Mo Sice es un mercancías —advirtió D. Rae.

Fastul asintió. Se situaron en el andén de la primera nave, a observar discretamente el aflujo de pasajeros, acompañantes y ociosos. Aunque el gran visor ocultaba los ojos de Rae, Fastul observó cómo éste se detenía sobre un soldado, un mercenario exterior, oriundo de quién sabe qué planeta. Sin embargo el alto apaciguador, pasado unos instantes, se desentendió de él. El soldado embarcó con andares perezosos. Las compuertas acabaron cerrándose y por último, entre timbres

de aviso, la aeronave despegó rumbo a Estación Ahjmut.

Volvieron a pasear por la rotonda, otra vez casi vacía. Y, de nuevo, ésta comenzó a llenarse lentamente.

—Ahora es el momento —dijo Rae de repente—. Si Muna aparece, casi seguro que será ahora.

Fastul le miró inquisitivamente, antes de volver los ojos a las pantallas y sacudir la cabeza. Había anunciados dos vuelos casi simultáneos, aparte del de la lanzadera del espaciopuerto.

—Sí... —aceptó lentamente—. ¿No hay nadie más esperando a Muna aquí, aparte de nosotros? ¿No hay más apaciguadores?

—No, no hay nadie más.

—Así es fácil que se nos escabulla.

—Pero también tenemos una oportunidad de atraparle. Ahora sólo estamos dos, moviéndonos aleatoriamente —y de nuevo rozó con los dedos la placa sobre la sien—. Creo que, de haberle tendido una trampa entre varios, Muna podría prever la situación y cambiar de planes.

Fastul aceptó aquello, aunque no pudo evitar observarle de soslayo. Se le pasó por la cabeza que todo aquello eran teorías sin gran fundamento; que lo que en realidad pretendía su acompañante era asegurarse de que sería él y no otro quien capturase a Gruu Muna. Porque el lado nocturno de D. Rae tenía bastante más de cazador de hombres que de mantenedor de la paz.

—¿Nos separamos? ¿Vamos a algún andén en concreto?

—No: vamos a movernos aleatoriamente, según nos diga el generador de actos; de lo contrario, nos haríamos «visibles» a las capacidades de Muna y nos esquivaría sin problemas. —Sonrió, mostrando los grandes dientes—. O quizás se limitase a matarnos.

Fueron de un lado a otro por la estación, siguiendo los dictados al azar del generador. Los minutos pasaban, la hora de los despegues se acercaba y Fastul, poco a poco, iba poniéndose cada vez más nervioso. El apaciguador, en un momento dado, se detuvo y se volvió hacia él como con cierto reparo.

—Oiga, Fastul —le dijo, como si de repente hubiera caído en algo—. Le agradezco que haya venido, ya lo sabe. Pero si de repente el maldito procesador decide que se vaya, tendrá que hacerlo y sin dilación. Espero que lo entienda.

—¿Qué remedio! —se resignó el otro, aunque con la atención ya en otra cosa; los ojos escudriñando entre la gente que pasaba por la estación. Los apartó y luego observó de nuevo, sintiendo el roce de una especie de inspiración, antes de hablar sin cambiar de tono o gesto— Fíjese en esos dos que vienen de frente, esa pareja.

—Sí.

El par al que se refería, hombre y mujer, atravesaba la rotonda en ángulo respecto al que ellos habían llevado, aproximándose cogidos del brazo. Ella era antaface a juzgar por su abrigo, mientras que él se cubría con un manto azul de bocamangas y

capucha blancas, ésta última echada, de forma que ocultaba el rostro. Algo que no quería decir mucho, ya que muchos hombres —el mismo Rae era un ejemplo— seguían tocados allí dentro, puesto que era casi como si se hallaran al aire libre.

—Puede que no sea nada —se previno Fastul, aunque el corazón le latía con violencia—. Pero ese hombre tiene que ser exterior. Exterior y llegado hace no mucho a Ercunda.

—¿Si?

—Lleva la hopalanda mal ceñida y los faldones le molestan porque no está acostumbrado a ellos y le estorban al andar. —Su susurro se hizo más rápido, viendo que aquellos dos estaban cada vez más cerca, a punto de cruzarse con ellos, y el apaciguador no hacía intención de moverse—. Ustedes, los ercundanos, no suelen fijarse en eso; pero yo he enseñado demasiados exteriores a ponerse bien una hopalanda como para...

—Cúbrame las espaldas —dijo de repente Rae. Y luego Fastul supuso que su inacción se había debido a que estaba usando el procesador, esperando la orden de actuar.

Plantándose en mitad de la calle, el apaciguador se descubrió la cabeza con la zurda, mientras que en su diestra, como por arte de magia, aparecía una pistola de gran calibre.

—Soy D. Rae, apaciguador —anunció a la pareja, que se había quedado petrificada ante aquel gigante feo y vestido de negro que había surgido de entre el gentío para encañonarlos—. Pongan las manos en alto.

Fastul había sacado también su arma y la empuñaba a dos manos, puesto en oblicuo respecto del apaciguador y procurando no quitar ojo a cuantos se hallaban cerca, ahora detenidos de golpe ante aquella escena, en diversas actitudes.

—Usted —le dijo Rae a la mujer—. Apártese. Más; eso es. Las manos encima de la cabeza.

Uno de los espectadores se acercó la mano al bolsillo. Con un grito, Fastul volvió el arma hacia él. El otro reculó asustado, mostrando precipitadamente las palmas desnudas. Había sido sin duda un gesto inconsciente. Pero, se dijo Fastul, pero...

—Usted —Rae se dirigía ahora al hombre—: quítese la capucha. No, no toque el borde. Coja por la tela de encima de la cabeza. Así. Ahora tire hacia atrás.

El otro obedeció con manos lentas; la prenda le resbaló entre los hombros. Hubo un instante como de inmovilidad. Fastul, de reojo, pudo entrever un rostro de lo más anodino, sin un sólo rasgo destacable, ni para bien ni para mal. Si en efecto se trataba de Muna, se le ocurrió en ese momento, el cirujano había hecho bien su trabajo, porque aquella cara era de las que costaba recordar.

—Gruu Muna —dijo luego el apaciguador—. Hay una orden de busca y captura federal a su nombre.

Se produjo otro lapso. El uno y el otro se miraban, mientras la mujer que iba con aquél observaba hecha un manojo de nervios a ambos. También los espectadores

permanecían inmóviles, a distancia, y sólo Fastul se movía, procurando no quitar ojo a nadie y cubrir todo el campo de tiro a espaldas del apaciguador.

—No voy a volver a un laboratorio —respondió por fin Muna.

—No sé nada de ningún laboratorio. La orden ha sido cursada en Tani Xuoc IV, por la comisión de múltiples delitos.

—No voy a volver.

Esta vez Rae ni respondió. Muna pareció examinar a aquel personaje muy alto y huesudo; el pelo blanco, la piel oscura, las ropas negras.

—Tengo entendido que en este planeta uno tiene derecho a retar a cualquiera que pretenda detenerle.

—Tiene entendido mal —repuso aburridamente Rae—. A lo que tiene derecho es a resistirse a la detención: puede sacar su pistola e intentar matarme. Pero, si lo intenta, será usted el muerto.

—¿Usted apuntándome y yo con la pistola en el bolsillo? No me parece que sea un duelo muy justo.

—La Justicia no es más que una entelequia; una teoría de los humanos, sin ninguna existencia real...

Muna, las manos todavía en alto, le miró con un rostro que, aún bajo el brillo rojo de Panac, se veía más gris que la ceniza. Más tarde, al pensarlo, Fastul se preguntaría qué podría haber pasado entonces por la cabeza de un ser así —alguien capaz de prever los distintos futuros posibles— al darse cuenta de que todo estaba en contra suya. Porque, sin duda, en aquel instante, Muna debió «ver» que, hiciese lo que hiciese, estaba condenado a la catástrofe, sin opción ya de salida.

—No. No me interesa lo más mínimo la filosofía —chirrió, con una especie de desafío postrero, echándose ya mano al interior de la hopalanda.

La mujer que le acompañaba chilló. El apaciguador hizo un solo disparo y el otro no llegó ni a sacar el arma. Salió volando hacia atrás, dio dos tumbos sobre el suelo y quedó tirado boca arriba.

Rae bajó el arma y, con la zurda, se quitó despacio la placa de la sien. Luego, volviéndose hacia la antarca, la contempló brevemente.

—Vete —le dijo, con una sombra de amabilidad en la voz.

Ella reculó unos pasos, aún mostrando las palmas, antes de darse la vuelta y escapar hacia las salidas. Viéndola alejarse, Fastul se preguntó qué historia habría tras todo aquello. No le asombró que Rae la hubiera dejado ir sin más; los apaciguadores, quizás por su condición de casamenteros, solían contemplar con benevolencia cierto tipo de circunstancias.

El apaciguador, rebuscando en su hopalanda, había sacado una bala suelta. La hizo saltar en su palma y se acercó a Muna. Éste quizás aún respiraba, caído con los ojos cerrados y una gran herida en el pecho. El apaciguador cargó la bala en su pistola.

—¡Por Todo! —Fastul se apartó precipitadamente, dándose de repente cuenta de

lo que el otro iba a hacer.

El hombre de negro disparó al yacente entre las cejas y la cabeza entera estalló como una bomba, salpicando de sangre y restos en todas direcciones.

—Se acabó. —El apaciguador guardó con aire distraído la pistola.

Fastul asintió, impresionado.

—Me pregunto —dijo pensativamente, mientras devolvía su arma a la funda de la axila—. Me pregunto adónde iban.

—¿?

—Qué nave pensaban tomar.

El apaciguador le miró para después encogerse de hombros.

—Ya, qué más da...

—Supongo que no. ¿Y ahora?

—Ahora rutina. Váyase si quiere.

Haciéndole caso, Fastul se marchó muy poco después. Dio la espalda al muerto y se abrió paso entre los curiosos, dirigiéndose al exterior; pero, en el último instante, cambió de idea para encaminarse a las cabinas de la estación. Optando por una comunicación virtual, marcó los códigos y aguardó unos instantes. En seguida el aire tembló y, como por arte de magia, las cinco hermanas Bilgrum aparecieron ante él, observándole en diversas posturas que eran variaciones las unas de las otras. Las miró desconcertado y, al cabo de un par de segundos, renunció con un suspiro a descubrir cuál de ellas era su Bilgrum.

—Se acabó —dijo, dirigiéndose a ninguna en particular.

XI

FASTUL SE PUSO UN CIGARRILLO en la comisura y, haciendo pantalla con la mano, consiguió a duras penas encender la punta de tabaco, antes de volver los ojos a la pista. Allí, una lanzadera mixta despegaba ya con enorme estruendo, iluminando la oscuridad con un vendaval de llamas. Se remontaba más y más, al principio con pesadez, luego más ligera, y en seguida estuvo alta en el cielo nocturno de Ercunda.

La siguió de vista, viéndola cruzar delante de la inmensa luna roja, subiendo, subiendo sin cesar. Una ráfaga de viento le golpeó, haciéndole tiritar; se arrebujo en su hopalanda ocre y, con un último vistazo a la lanzadera y su estela de fuego, regresó adentro.

Pero aún se detuvo a mirarla desde el interior acristalado. Aquella lanzadera se llevaba a Bilgrum, intermediaria de la nave en tránsito que habría de dejarla en Antar Acea. Fastul había ido a despedirla, pero ella no se había apartado de sus hermanas clónicas, de forma que él había pasado esos últimos momentos juntos en compañía de las cinco. Sin embargo ahora, viendo cómo la lanzadera subía y subía, no dejaba de admitir que quizás en parte hubiera sido lo mejor.

Dio la espalda a la cristalera, no queriendo mirar más. Consultó la hora, pero aún quedaba hasta la salida del próximo aerobús, así que echó a andar sin rumbo, sólo alejándose de aquel mirador. La terminal de pasajeros —paredes de piedra, adobe y azulejos, muebles de cuero y metal— estaba en penumbra, silenciosa y casi desierta. Sólo al fondo, en la cantina, podía verse un mínimo de movimiento, apenas un puñado de personas tomándose algo en barra.

La mayoría eran empleados del espaciopuerto o de las compañías, pero entre ellos Fastul pudo distinguir a un viejo conocido; el doctor Tegré. Éste, que se estaba tomando parsimoniosamente una taza de café, le vio casi al mismo tiempo y se apresuró a hacerle una seña. Fastul se acercó y se estrecharon las manos.

—Tengo un asuntillo que resolver aquí, en aduana —le dijo el doctor.

Fastul asintió sin mucho interés, sabiendo que Tegré era de esos que siempre tienen una docena de negocios de poca monta entre las manos.

—Yo he venido a despedir a mi chica. Iba en la lanzadera que acaba de despegar.

—Ella es antarace, de la embajada, ¿no? ¿Se va de vacaciones?

—No. Cambio de destino: vuelve a casa. —Se acercó al despacho autómatas y se sirvió otra taza de café—. Yo también me voy dentro de poco del planeta.

Su interlocutor le miró. La gente como él solía tener los oídos alertas y sin duda habría escuchado esos rumores que ahora le señalaban como un agente del régimen de Teicocuya. Y quizás también supiera algo del cúmulo de circunstancias que habían fraguado tal opinión.

—Comprendo —dijo por fin.

Fastul se encogió filosóficamente de hombros.

—¿Sabe? —añadió entonces Tegre—. Se le va a echar de menos cuando se haya ido.

—Ah. —Cogido a contrapié, se sonrojó—. Bueno, yo también voy a echar de menos a muchos. Y también a este planeta: después de todo, son más de diez años en Ercunda.

—Todo se acaba. —Sonriendo enigmáticamente, se acarició la barba blanca y bien cuidada—. ¿Y a dónde piensa ir?

—Ni idea. —Hizo una mueca displicente—. Cogeré pasaje en la primera nave y, cuando me deje en algún planeta, ya veré qué hago.

—Así se habla: la galaxia es muy grande y hay mucho que ver. —Dio un sorbo a su café—. Le hubiera venido bien todo ese dinero que daban por la cabeza de Gruu Muna.

—¿?

—¿No lo sabía? Había un par de terranos que ofrecían una verdadera fortuna a cambio de la cabeza de ese tal Muna.

—La cabeza, ¿literalmente?

—Sí. Pero a D. Rae no se le ocurrió otra cosa que meterle una bala explosiva entre ceja y ceja. —Se encogió con resignación de hombros—. Qué gente...

—Mejor así —repuso despacio Fastul, pensando en Gruu Muna y en su extraño cerebro de tres lóbulos—. Mejor así.

Por toda respuesta, el doctor volvió a encogerse de hombros y, tras una pausa bastante larga, fue Fastul quien volvió a hablar.

—¿Sabe? Yo estaba en palacio durante los incidentes del Anarsegut.

—Sí, algo oí.

—El caso es que me hirieron de gravedad y estaba pensando en recurrir a la cirugía...

—Usted dirá. —El doctor se acodó en la barra, animado por la perspectiva de algunos créditos.

—Es un asunto un poco... —Titubeó—. En fin, ¿podría enseñárselo?

—Hombre... —El otro se echó a reír—. Depende.

Devolviendo la sonrisa, Fastul se abrió con alguna dificultad la chaqueta y la camisa, permitiendo entrever el hombro derecho.

—Ah, biometal. Puedo sustituirlo por piel en una sola sesión; es una operación sencilla.

—No quiero sustituirlo. Las cicatrices...

—¿Las cicatrices? Eso no es nada, acabarán por desaparecer.

—De eso se trata. —Un poco embarazado, acarició la trama de líneas rosadas—. Quiero conservarlas.

—Aaah. —El doctor Tegre asintió, sin inmutarse—. Pues claro hombre, sin problema. Pásese cuando quiera por mi consulta.